

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

LICENCIATURA GENERAL DE BIBLIOTECA

SINUÉS



LA MISIÓN
DE
LA MUJER

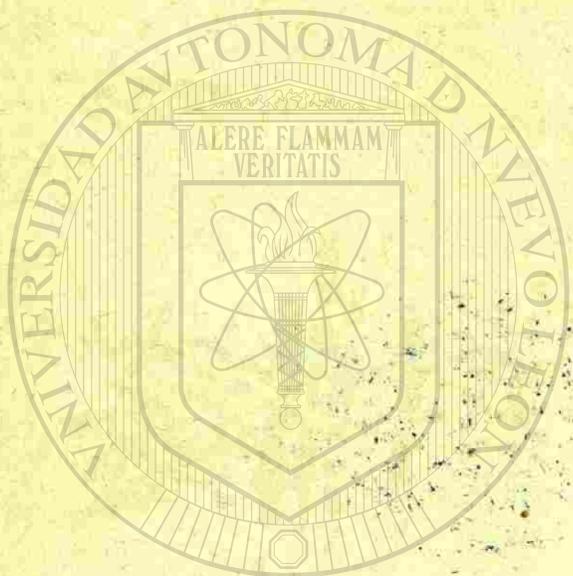
P06567

.S5

M5



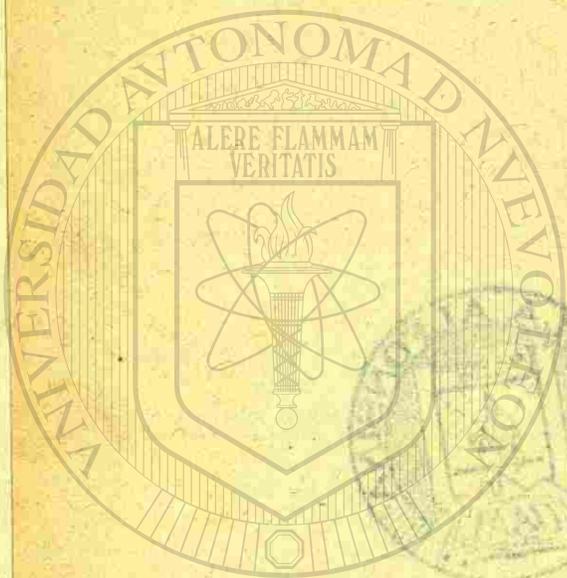
1020027425



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA MISIÓN DE LA MUJER

FONDO
RICARDO CORRALBA
N
Núm. Clas. 5614m
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 33886
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

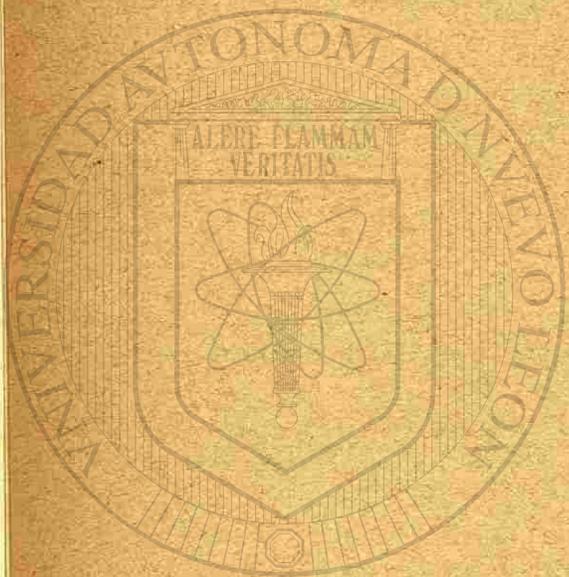
MARIA DEL PILAR SINUÉS

LA

MISIÓN DE LA MUJER

NOVELA ORIGINAL

NUEVA IMPRESIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48-Preclados-48

1908

100510

33886



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

PQ 6567
S 54
M 4

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID: 1908.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello,
Carrera de San Francisco, 4.

LA MISIÓN DE LA MUJER

Bueno es que padezcamos algunas veces contradicciones y que sientan de nosotros mal, aunque hagamos bien y tengamos buena intención: estas cosas de ordinario nos enseñan á ser humildes y nos apartan de la vanagloria.

Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por de fuera somos despreciados y no nos dan crédito.

(Imitación de Cristo.)

I

No hace todavía muchos años que en un pueblecito de Aragón había una infeliz familia de labradores, tan dividida, tan desgraciada, que el techo de la casa que la cobijaba parecía cubierto de una densa y negra sombra.

El pueblo se llama Cabañas, y la que esto escribe ha pasado en él algunas horas muy dichosas.

Tan alegre aldea parece como coronada por el sol cuando éste se levanta, y cercada de verdura como el nido de una paloma en medio de un bosque.

Sólo tiene una calle larga y dos pequeñas que la atraviesan; pero el campo se ve por todas partes con su risueño y espléndido verdor.

Entre casa y casa asoman los verdes álamos sus ramas; las margaritas coronan los tejados, y la golondrina cuelga su nido en las paredes de todos los edificios, como una viajera amiga que va á llevar á los que le dan asilo la alegría y la felicidad.

Al final de una de las calles pequeñas ó de traviesa, se hallaba la iglesia, y al lado, la casa del señor cura: la vista de esta casita regocijaba los ojos y el corazón.

Junto á la gran puerta, ojiva, vieja y maciza de la iglesia, se veía la que daba entrada á la habitación del señor cura, que era muy humilde.

Encima de esta puerta había un balcón pequeño, todo cargado de macetas, y á los lados se veían dos rejas, igualmente adornadas de macetas de barro que contenían plantas olorosas de rica lozanía y espléndido verdor.

El balcón lucía todos los primores de un colosal ramillete.

En el mes de Mayo, el color de las rosas se mezclaba con la blancura de los jazmines, con el lila pálido y claro amarillo de las pasionarias y

con el dorado fuerte de las capuchinas, que se enredaban como una caprichosa, espesa y embalsamada cortina.

Las macetas eran pequeñas, todas de barro colorado, fresco y alegre; una fila ocupaba el piso del balcón, y luego, sobre una tabla, había otra segunda fila cuyas plantas llegaban al antepecho.

Detrás de aquella cortina, se veía, por las tardes, al señor cura rezando en su breviario: era aquél un anciano alto y delgado, de fisonomía que aún conservaba restos de una gran belleza y el sello augusto del talento, esa brillante luz que ilumina el rostro como un reflejo del alma en que se alberga.

Sus grandes ojos pardos tenían una mirada fija y penetrante como la del águila, pero llena de nobleza y dulzura; su nariz aguileña, su boca de gruesos labios, su espaciosa frente coronada de cabellos grises, su barba cuadrada, su tez blanca y rosada, hacían del vicario de Cabañas un tipo que era muy difícil olvidar después de haberle visto una sola vez.

Su edad pasaba de los cincuenta y cuatro años; sus manos eran blancas y estaban cuidadas con esmero, pues don Benigno—que así se llamaba el sacerdote—creía que nunca estaban demasiado pulcras las manos que cada día levantaban á Dios en el altar.

Sus hábitos eran de rica calidad, amplios, elegantes, majestuosos; su rica media de seda en ve-

rano, y de fino estambre en invierno, dejaba ver lo diminuto de su pie, que calzaba zapato con hebilla de plata; por debajo de la manga de su sotana salía un rico vuelo de batista.

Don Benigno, hijo de una persona muy rica y de elevada jerarquía, había visto lo que es el mundo y había sido militar antes que ministro de Dios; había disfrutado de todos los placeres de la vida y de la opulencia; pero su espíritu se fatigaba en la ardua lucha que tenía que sostener contra las miserias de la sociedad.

La elevación de su alma vencía siempre, y don Benigno se quejaba en medio de los más espléndidos goces materiales. Poco á poco, un hastío profundo fué invadiendo á aquel brillante coronel de treinta años, y empezó á disgustarse de todo lo que la vida le daba á manos llenas: se aburría en los festines, en los convites, en los bailes y hasta en los teatros, donde las obras que veía le parecían basadas en falso y sostenidas por recursos ridículos ó exagerados, y era que, para aquel genio colosal, las concepciones del talento eran tan poca cosa que ningún interés podían ofrecerle.

Retiróse del mundo y quiso escribir para aliviar aquella fiebre del alma que le devoraba, aquella languidez del cuerpo, aquel hastío doloroso que todo le traía y que empezaba á empujarle hacia el sepulcro; se entregó al trabajo mental, esa panacea de los dolores humanos; su pluma dejó las asperezas de lo común y se remontó á regiones

elevadas: un aplauso unánime recibió sus concepciones; pero la envidia fué levantando traidoramente su horrible cabeza detrás de la luminosa faz del entusiasmo: se buscaron defectos á sus obras, se fingió hallarlos, se le ultrajó con sofismas, con sarcasmos, con burlas; los que no le comprendían se indignaron con él, y se levantó una cruzada rugiente y amenazadora contra aquel genio brillante que convertía á todos en pigmeos.

El coronel venció á las turbas, y luego se dijo que el mundo en que vivía no estaba formado para su alma y que había hecho demasiado en dejarse engañar tanto tiempo.

Un día se aseguró en los salones de Madrid que el elegante, el sabio, el valeroso coronel D... había entrado en un seminario, dejando el casco guerrero por la sagrada tonsura: tal determinación, tan extraño é impensado acontecimiento llenó á todos de asombro; se achacó á un amor mal pagado, y, en efecto, el amor era el que tenía no pequeña parte en su resolución; pero el amor no hallado jamás y que en vano había buscado como él lo comprendía y lo necesitaba.

Una mujer había subyugado su corazón durante mucho tiempo; pero, por una fatal coincidencia, aquella mujer estaba próxima á casarse y no tuvo bastante decisión para romper sus compromisos.

Casada ya, ambos se buscaban como el cuerpo á la sombra, sin hablarse, sin cambiar más que un mudo saludo, una inclinación de cabeza; pero sus

ilusiones cayeron rápidamente al ver que no guardaba con todos la compostura y frío decoro que con él, y que reía y coqueteaba con los demás con una frivolidad muy general y de buen tono en los salones: fácil conquista le hubiera sido la de Valeria, y, sin embargo, por su misma facilidad le halagaba tan poco, que renunció á ella sin esfuerzo y sin pena, llorando más bien la pérdida de sus ilusiones que la de una conquista que apenas estimaba.

En fin, aquella alma grande se volvió toda entera á Dios como el supremo consolador de todos los males, como la fuente de eterna salud, como el que ve un puerto largo tiempo buscado y encontrado después de mil fatigas y tropiezos. Don Benigno se abrazó á la cruz de Cristo; se hizo amigo de los pobres, el padre de los huérfanos, el protector del desvalido, y deseando la calma y la soledad, pidió y obtuvo aquel curato de aldea, al que le siguió su madre, que sentía haberle visto tomar semejante partido, porque le cerraba el brillante camino de la vida, y á la par se alegraba de que le hubiera elegido, porque le ponía á salvo de mil sinsabores que ya le había visto sufrir.

Durante diez años le acompañó la virtuosa anciana en su voluntario destierro; al cabo de este tiempo, el ángel de la muerte descendió á la tierra y agitó sus alas sobre la frente venerable de la madre del vicario, llevándose al cielo su alma.

Aquéel era el último lazo que unía al mundo á

don Benigno: mucho lloró la pérdida de su amada madre; él mismo la envolvió en su sudario y la colocó en un modesto sepulcro de mármol blanco, símbolo de la pureza con que aquella noble señora había vivido; sobre la piedra tumularia había grabada una corona de duquesa, esculpida en oro: era el postrer tributo consagrado á la elevada clase en que Dios había querido colocarla.

El sepulcro se halló siempre cubierto y rodeado de flores, que llevaban, no sólo el hijo, sino también las labradoras á quienes la anciana señora había socorrido y consolado en sus adversidades.

Don Benigno olvidó hasta la última memoria de su corona ducal; ya no quedó de ella otro resto que la corona que adornaba la tumba de su madre.

Una labradora de edad madura, viuda y pobre, pero aseada y limpia, fué á cuidar del señor cura; su hijo, que era pasante de la escuela con una peseta diaria que le daba el maestro, servía de sacristán y de ayuda de cámara de don Benigno.

Cabañas no volvió ya á conocer ni el hambre ni la escasez.

Ardía una casa, y el señor cura daba para levantarla de nuevo.

Se perdía la cosecha, y el señor cura indemnizaba á los labradores.

Había enfermedades en una familia, y el bolsillo del señor cura estaba pronto para atender á los gastos necesarios.

En una palabra, don Benigno era la providencia del lugar; pero no una providencia con zapatos rotos, sotana grasienta y manteo remendado.

Verdad es que don Benigno era muy rico y podía vestir bien; pero aunque hubiera sido muy pobre, jamás hubiera sido su aspecto indigno y miserable, sino aseado y pulcro.

Su dignidad le hubiera impedido ir haraposo, pues uno de los axiomas que más procuraba inculcar en el ánimo de sus feligreses era que el que no se respeta no merece ni tiene que esperar el respeto de los demás.

Nunca, ni antes ni después de pertenecer á la Iglesia, había pensado en agradar á nadie al hacer su *toilette*, sino en complacerse á sí mismo: se vestía por su propio decoro y no para parecer mejor ó peor.

Limpiaba su hermosa dentadura; cuidaba sus manos, que eran muy bellas, y llevaba sus hábitos talares cortados por el mejor sastre de Madrid.

La elegancia de aquel sacerdote era una segunda naturaleza: don Benigno era elegante en sus pensamientos, en sus maneras, en su traje y en todas sus acciones.

Pasaba muchas horas del día leyendo; no pocas en oración; dos paseando, y las restantes visitando á sus enfermos y á sus pobres.

Recibía casi todos los periódicos y libros que en París y Madrid se daban á luz, y juzgaba sus páginas con una lucidez tan sorprendente, que le

hubiera dado, á haber hecho públicos sus fallos, la fama del más consumado crítico.

Dirigía cada día al pie del altar una breve alocución á sus feligreses, y cuando predicaba sus sermones de Cuaresma ó de las festividades de la Virgen, iba gente á Cabañas de lejanas poblaciones y hasta de Madrid.

Era su elocuencia la dulce y persuasiva del sacerdote sabio y virtuoso, del hombre que ha sufrido mucho y que todo lo espera de la divina misericordia, creyéndola la única fuente de paz y de felicidad.

En su casa era alegre y sencillo como un niño. La señora Andrea y Tiburcio, su hijo, le adoraban y decían que, al entrar en casa don Benigno, entraba un rayo de sol; que sin él se hallaban como á obscuras, y que sólo su vista les hacía dichosos.

En la comida era sobrio, y de tal suerte, que apenas se comprendía que viviese con tan poco alimento; pero aunque comía manjares muy ordinarios, le agradaban bien hechos, y ante todo condimentados con un aseo exquisito.

Su mesa estaba servida con modestia; la ropa blanca era casi pobre; la plata no muy abundante, pero brillaba de tanto limpiarla; la vajilla era blanca, de porcelana, con ligeros filetes dorados.

A su mesa tenía muchos días á tres ó cuatro niños, aseados de antemano por sus padres con especial primor, y cuando, al andar por la calle, las labradoras querían impedir á sus hijos que le

molestasen por el afán de apoderarse de su mano para besarla, el bondadoso sacerdote decía imitando al Divino Maestro:

—Dejad á los niños llegar hasta mí.

Tal era don Benigno, en cuyo retrato quizá me he detenido demasiado; pero le copio del natural, y lo hago con tanto placer, que todavía me estaría hablando de él más tiempo, si el curso de mi historia no me exigiese ya que dé á conocer á nuevos personajes.

II

Hacia el fin de la misma calle en que estaba situada la iglesia y en que habitaba el señor cura, había una casa de buena apariencia, habitada por uno de los labradores mejor acomodados de la aldea y aun del contorno.

Este labrador se llamaba Juan Pedro, siguiendo la devota costumbre de muchos del país que adoptan el nombre de los dos apóstoles.

Tenía dos hijas y un hijo, y además una mujer que era para la familia, según decían todos, una cruz de las más pesadas que Dios puede enviar á una casa.

En efecto: Lorenza—éste era su nombre—hacía diez años que estaba privada de la razón; su locura, muchas veces pacífica y melancólica, era en otras ocasiones violenta y casi furiosa: la infeliz gritaba, se golpeaba contra las paredes de su cuarto, aullaba, gemía y acababa por acurrucarse en un rincón, yerta de fatiga y de espanto y presa de un temblor convulsivo.

¿Por qué había perdido el juicio aquella mujer desdichada?

Nadie sabía más que una causa para justificar

molestasen por el afán de apoderarse de su mano para besarla, el bondadoso sacerdote decía imitando al Divino Maestro:

—Dejad á los niños llegar hasta mí.

Tal era don Benigno, en cuyo retrato quizá me he detenido demasiado; pero le copio del natural, y lo hago con tanto placer, que todavía me estaría hablando de él más tiempo, si el curso de mi historia no me exigiese ya que dé á conocer á nuevos personajes.

II

Hacia el fin de la misma calle en que estaba situada la iglesia y en que habitaba el señor cura, había una casa de buena apariencia, habitada por uno de los labradores mejor acomodados de la aldea y aun del contorno.

Este labrador se llamaba Juan Pedro, siguiendo la devota costumbre de muchos del país que adoptan el nombre de los dos apóstoles.

Tenía dos hijas y un hijo, y además una mujer que era para la familia, según decían todos, una cruz de las más pesadas que Dios puede enviar á una casa.

En efecto: Lorenza—éste era su nombre—hacía diez años que estaba privada de la razón; su locura, muchas veces pacífica y melancólica, era en otras ocasiones violenta y casi furiosa: la infeliz gritaba, se golpeaba contra las paredes de su cuarto, aullaba, gemía y acababa por acurrucarse en un rincón, yerta de fatiga y de espanto y presa de un temblor convulsivo.

¿Por qué había perdido el juicio aquella mujer desdichada?

Nadie sabía más que una causa para justificar

tan horrible desgracia: su madre, que vivía en una casita inmediata y que había sacado uno de los premios mayores en la lotería de Madrid, amaneció un día muerta y robada.

Desde entonces, como si el cielo hubiera querido compensarla de la muerte de su madre, su casa empezó á prosperar, y bien pronto llegó á un estado, no sólo de comodidad, sino hasta de riqueza.

Lorenza, hija única de una madre tierna y buena como pocas, cayó en una tristeza profunda, y pocos días después en una demencia espantosa.

El mayor de sus hijos era un muchacho de veinte años y hermosa presencia, que se llamaba Antonio.

Trabajaba con ahinco por el adelanto de la casa, tanto porque era algo ambicioso, cuanto porque se quería casar con Gregoria, la hija del molinero, que era mucho más rica que él.

Después de esta cualidad, recomendable hasta cierto punto, todas las demás del carácter de Antonio eran poco dignas de alabanza.

Orgullosa, pendenciera, maldiciente, glotón y dotado de un genio violento, áspero y despreciativo, era generalmente malquisto en la aldea; tenía pocos amigos, y éstos de tan mala cabeza como él, á los que dominaba y manejaba á su gusto: sólo á su padre, cuyo carácter duro y brutal conocía, tenía miedo, y era que, cobarde, co-

mo por lo regular lo son todos los malos, se doblegaba á una fuerza mayor que la suya.

La segunda hija de Juan Pedro se llamaba Lucía: todo el pueblo se la envidiaba á su padre y todos admiraban su graciosa belleza, que era verdaderamente notable.

Tenía la tez morena, los ojos negros como los cabellos, cuyas largas trenzas bajaban, al desprenderse, hasta el borde de la falda que vestía.

Su nariz era delgada, la boca lindísima, la frente estrecha y llena de gracia; respiraban sus facciones la alegría, el descuido, la felicidad; todo lo que, al pensar en su estado, no hablaba muy en favor de la sensibilidad de su alma.

Lucía tenía diez y siete años; era bastante alta y vestía con primor, no porque su padre fuese muy espléndido con ella, sino porque ella era primorosa con el arreglo de sus galas, y porque su hermano Antonio le daba de vez en cuando alguna cantidad de sus ganancias al juego.

Exceptuando lo que trabajaba en el arreglo de sus trajes y de los de su hermano, Lucía no hacía más que componerse, hablar con las vecinas, reírse y cantar.

Todos los quehaceres de la limpieza, de la cocina, del cuidado del establo, estaban á cargo de Teresa, la hija menor de Juan Pedro, que cuando perdió su madre la razón contaba sólo cuatro años de edad.

En el momento de darla á conocer en esta his-

toría, tenía ya catorce; pero agobiada de trabajo, olvidada de todos, enfermiza, doliente y contrahecha, la pobre Teresa no aparentaba ni once con su exigua talla.

Era jorobada, pequeñita, endeble y de aspecto tan triste, que causaba pena al mirarla.

Su cuerpo, envuelto en harapos, parecía demandar el descanso y la piedad, y, sin embargo, su padre le mandaba cada cosa que quería que hiciese con un puntapié, y su hermano le daba dos por la causa más insignificante.

Teresa se levantaba antes del día; iba al fogón, encendía la lumbre y hacía el almuerzo para toda la familia: cuando el calor abrasaba la tierra, tenía que hacer también el de los segadores ante la hoguera que le quemaba el rostro y la hacía sudar con una angustia mortal.

Los trabajadores, despiadados y duros de corazón, por el hecho de estar sujetos á una faena superior á sus fuerzas, ó se reían de la *rata*—así llamaban á Teresa,—ó se enfadaban con ella poniendo faltas al almuerzo, reconviniéndola con aspereza y diciéndole mil cosas groseras é insultantes denuevos.

Teresa, fatigada y afligida, se metía en el camaranchón que ocupaba detrás de la cocina y se ponía á llorar con desconsuelo.

Cuando ya todos los trabajadores salían al campo, tenía que dar el almuerzo á su padre y á sus hermanos: éstos, si el manjar estaba á su gusto,

no decían una sola palabra en su alabanza; pero si tenía una falta, por leve que fuese, le disparaban un sinnúmero de amenazas.

—¡Si otra vez me das así esta tortilla, te confundo de un puntillón, mal bicho!—le decía su padre.

—¿No había sal en la tienda? Pues podías haber ido á comprarla,—gruñía Lucía dándole un puñetazo.

—¡Ya podías haber hecho cocer más estos toreznos, escuerzo!—añadía Antonio tirándole de una oreja.

Teresa bajaba la cabeza, callaba y seguía sirviendo á su inhumana familia.

Así que su padre y su hermano salían de casa para ir al trabajo, y que Lucía se iba á peinar, Teresa se iba á los graneros y abría una puerta que daba á un cuarto abuhardillado. Al subir, llevaba siempre en la mano un plato con una jícara de chocolate rodeada de rebanaditas de pan.

En dicho cuarto estaba la loca.

Generalmente Teresa la hallaba echada en la cama boca arriba y con los ojos muy abiertos.

El aspecto de Lorenza era casi espantoso: su delgadez había llegado al extremo de hacerla semejante á un esqueleto; ya no había rastro alguno de belleza en su semblante, tan perfecto en otro tiempo. Lorenza había sido más hermosa que su hija mayor; pero entonces al verla causaba espanto.

Tenía el pelo cortado al rape; las mejillas tan flacas, que cada una formaba un hoyo muy grande; los labios tan delgados, que dejaban ver todos sus dientes blancos y agudos.

Sus ojos, negros, parecían salirse de las órbitas por los accesos de furiosa locura que de continuo les hacían revolverse con las agitaciones del delirio, y, sin embargo, cuando tenía algún intervalo lúcido, aquellos ojos estaban bañados de una ternura infinita; en sus cabellos cortados había ya muchas canas, á pesar de que la infeliz sólo contaba cuarenta años.

La estancia no podía ser más miserable en su aspecto y en sus accesorios: el catre de tijera de la loca tenía las sábanas y el cobertor desgarrados; una mesa y un banquillo, clavados en el suelo, eran todos los muebles de comodidad de la pobre Lorenza.

En tanto que la desgraciada demente vivía en el seno de aquella miseria espantosa, su hija mayor y su hijo gastaban cuanto querían y lo pasaban con la mayor esplendidez, viendo la vida por su lado rosado y venturoso. El mismo Juan Pedro se regalaba á más y mejor, y aunque silencioso y sombrío, se pasaba en casa las horas de frío de la madrugada y de la tarde en el invierno, así como las de calor muy fuerte en verano.

En estas horas, Teresa, semejante á una hormiga, iba y venía, fregaba y limpiaba la casa, desplegando una actividad admirable; temerosa de

despertar las iras de su padre ó de su hermana, hacía el menor ruido posible, y hasta cuando subía á sus respectivos aposentos para mullirles la cama, trabajó que rendía sus brazos infantiles, se hacía todo lo más chiquitita posible para que no la vieran y tropezasen con ella.

Daba compasión el ver aquella pobre criatura, escuálida y contrahecha, entregada á las más rudas faenas, y algunas veces llorando bajo el peso de su inmensa fatiga.

En todo tiempo llevaba un vestidillo de india agujereado en mil partes, los pies descalzos y sin pañuelo ni abrigo alguno, ni aun en los días más crudos del invierno.

Su padre le profesaba una especie de odio profundo é interesado; sus hermanos la miraban como á un animal que tenía la obligación de servirles.

Lucía tenía novio: la pretendía Casimiro, el albéitar, mozo rumboso, lechuguino y gran bebedor, no menos que gran tocador de guitarra.

Gregoria, la hija del molinero, tenía sorbido el seso á Antonio y le seducía con su enorme talla y crecido dote.

Juan Pedro pasaba algunos ratos en compañía de Braulia, la tabernera, viuda de cuarenta años, con más bigote que un granadero, y que, según decían malas lenguas, había muerto á su marido de una navajada.

Con aquella amistad, estaban el señor cura, el alcalde y todo el pueblo muy descontentos; pero ya duraba hacía años y no llevaba trazas de acabarse en la vida.

Resultado de todo, era que Juan Pedro, Lucía y Antonio vivían á su gusto, y que en la casa había otros tres seres muy desdichados.

Estos eran la loca, la jorobadita y León, un viejo mastín al que todos pegaban y que se hubiera muerto de hambre en pago de sus buenos y leales servicios, á no haberle dado de comer Teresa á escondidas de su familia.

Era una noche de Diciembre, y el pobre perro, que se había echado al sol durante la tarde, se había quedado en la calle al cerrar la puerta; aullaba de frío, y Antonio, incomodado de oírle, salió con un palo y le castigó cruelmente, dejándole fuera otra vez.

Mientras que esto sucedía, estaba Teresa dando de cenar á su madre; hallábase la loca sentada en el borde de su lecho, y su hija, en pie delante de ella, le iba dando algunas cucharadas de potaje, único alimento que destinaba su familia á aquella desventurada.

Al oír los aullidos de León, desvió ésta la manecita que le acercaba el alimento y preguntó:

—¿Eres tú mi niña Teresa?

—Sí, madre mía,—respondió la jorobadita, de cuyos ojos caían dos lágrimas al ver que no podía evitar el castigo que imponían al perro.

—¿De veras?—volvió á preguntar la loca mirando con avidez á su hija.

—Yo soy Teresa, madre mía.

—¿La que era tan querida de mi madre porque era contrahecha?

—La misma.

—¿Conoces á León?

—Sí, señora.

—¿Es ese que llora?

—¡Ay! ¡Sí, madre mía!

—¿Por qué llora?

—Porque le pegan.

—¿Y qué ha hecho?

—No lo sé, madre.

—Pues yo sí. Mira, yo creo que tú no eres mi Teresita: á aquélla me la mataron... eres un ángel que Dios me envía para que me cuide; pero no importa, te diré lo que necesito decirte: yo sé por qué le pegan á León y le matarán, porque en aquella noche... en aquella noche terrible... quería matar á Juan Pedro.

La niña se estremeció como siempre que su madre hablaba de este modo: no comprendía lo que quería decir; pero su sangre se helaba al oír las misteriosas palabras de la loca.

El pobre perro seguía aullando.

—Anda, ángel mío—dijo Lorenza:—tú que tienes la cara de mi Teresita, corre á buscar á León y tráemele aquí. Mi madre le estimaba mucho; ella le crió y yo no quiero que le maten.

—¡Ay, madre mía!—exclamó Teresa,—¡yo no puedo traer á León! ¡Ya oye usted cómo se queja y ve la pena que me causa; pero me es imposible evitarle los golpes!

—¿Y por qué?

—Porque me pegarían á mí, y me pondrían enferma, y no podría cuidar á usted.

—¿Y quién te había de pegar?

—Mi padre y mis hermanos.

—¿Quién es tu padre? ¿Es Juan Pedro?

—Sí, señora.

—¿Y tus hermanos?

—Lucía y Antonio.

—Anda, corre á buscar al perro—dijo la loca con acento imperioso;—no te detengas: quiero tenerlo á mi lado.

Teresa se puso á temblar.

¿Cómo había ella de obedecer á su madre?

¿Cómo había de exponerse á la cólera de su hermano, que estaba enojado con el perro y que se oponía á que entrase?

El sudor frío de la angustia corría por su frente.

La loca rehusó la cucharada que la niña iba á ponerle en la boca, y repitió:

—El perro llora; tráemelo en seguida.

Teresa alzó los ojos al cielo y se dirigió á la puerta. En el fondo de su alma pedía fervorosamente á Dios que la socorriese y le diese valor para complacer á su madre.

Bajó quedito. Su padre y su hermano habían

salido: aquél para ir á casa de la viuda, éste para ir al molino.

En la cocina había algunas muchachas, amigas de Lucía, charlando alegremente con ella.

Teresita respiró y rezó un Avemaría á la Virgen.

Se dirigió á la puerta de la calle y la abrió con todo el silencio posible: el perro estaba echado á la parte de afuera, recibiendo la helada que caía; pero, amedrentado por los golpes, no se atrevía á quejarse.

Teresa dijo con su dulce vocecita:

—¡León! ¡Ven, León!

El perro saltó al patio con mayor ligereza de la que se podía esperar de su vejez.

—¡Calla y no hagas ruido ninguno, mi pobre León!—dijo Teresa cruzando el patio y dirigiéndose á la escalera de tierra que conducía al cuarto de la loca;—calla y sígueme: te ocultaré allá arriba... donde está mi madre y donde tengo aquel bonito libro que me dió Tiburcio: allí estará todo lo que me gusta y todos los que me queréis.

El animal, como si entendiera estas palabras, siguió en silencio á la joven, que sin otra luz que el débil rayo de luna que penetraba por un agujero que había en la escalera, la subió seguida del animal.

—Madre—dijo al llegar á la puerta,—al fin le he podido traer á usted á León.

La loca se levantó del lecho, y á la luz del ve-

loncillo que ya estaba ardiendo sobre la mesa, vió á su hija y al perro. Entonces dejó escapar un grito de alegría y se adelantó hacia León.

El animal la reconoció al instante y se acercó á ella meneando la cola y dejando escapar dulces aullidos de alegría: hacía que no la veía cuatro años, y, sin embargo, la había reconocido.

Lorenza se arrodilló delante de él, y empezó á hablarle con tanto juicio como si le hubiera tenido sano.

—¡Sí, tú eres León!—exclamó;— ¡pero qué flaco y qué malo estás! ¡Y qué bonito eras cuando mi madre te trajo á casa! ¡Cómo corrías por el campo! ¡Cómo jugabas con Lucía y con Antonio! ¡Y luego, cuánto querías á mi Teresita, que era tan pequeñita y tan delicada! ¿Te acuerdas de Teresa, León? Mi madre me decía:—A esta hija debes quererla más que á los otros, Lorenza, porque es más desgraciada: por eso he querido tenerla en la pila y que se llame como yo; los otros no necesitan de nadie para ser felices, y esa sí. No la castigues nunca, ni la hagas trabajar más de lo que pueda ó quiera.— Esto decía mi madre, que era tan buena: ¿te acuerdas, León? Tú vivías con ella y eras su única compañía; y aquella noche en que la mataron, quisiste matar al asesino... bien te portaste, querido León, y Juan Pedro llevará, mientras viva, la señal de tus dientes en su brazo derecho... ¡Ja, ja, ja!... ¡La llevará mientras viva!

Teresa sintió que su sangre se helaba, como siempre que su madre aludía á aquel acontecimiento, impenetrable para ella: la infeliz creía que sus palabras eran hijas de la demencia, y, sin embargo, un vago terror la hacía estremecerse.

Entonces recordó vagamente que su padre tenía en el antebrazo derecho la señal ya cicatrizada de una gran mordedura que le había hecho, según se decía, un perro de una granja vecina.

¿Se la había hecho el perro de su abuela?

En este caso, ¿por qué disfrazar la verdad?

¿Habría algún misterio sangriento oculto bajo las palabras de su madre?

Teresa tenía ya catorce años y discurría como una mujer; además, la desgracia madura el raciocinio, y Teresa era la más desgraciada criatura del mundo.

Como si la razón de la loca se hubiera reanimado al calor de los recuerdos, se volvió hacia la jorobadita, se sentó en la silla y la puso sobre sus rodillas.

—¡Dios mío! ¡Teresita de mi corazón! ¡qué flaca estás!—exclamó cubriéndola de besos.—¿Qué tienes? ¡Habla! ¡Tú eres mi Teresa, te reconozco! ¡Estos son los hermosos ojos de mi madre, su frente santa y tranquila, su boca sencilla, en la que jamás estuvo la mentira!

Teresa oía hablar á su madre con profunda admiración: su lenguaje culto era el lenguaje de los

libros que leía, y no se parecía en nada al toscos de su padre y de sus hermanos. En los ojos de la loca brillaba una ternura infinita; en sus facciones todas se retrataba una triste ternura: por entonces, al menos, había recobrado la razón.

De repente gruesas lágrimas empezaron á correr por sus mejillas: había reparado en la horrible desnudez, en los harapos que apenas cubrían el cuerpo flaco de su hija.

—¡Pobrecita mía! ¿por qué vas así?—exclamó; —¿no tienes otros vestidos? ¿Tu hermana se los guarda todos para ella? No lo dudo, porque tiene el alma de tu padre: nadie te cuida, nadie te protege, nadie te ama, ¿es verdad? Déjame salir de aquí. ¡Tu madre vive y te cuidará, Teresa mía! Para mí no eres fea ni contrahecha; para mí eres la hija de mis entrañas. Vamos, vamos... yo soy hija, no de labradores toscos, sino de un hombre noble y honrado á quien la desgracia condujo á la pobreza y á la muerte: mi madre y yo vinimos á este pueblo para vivir con lo menos posible; pero yo era una señorita y sabía leer, escribir y dibujar: todo esto te enseñaré á tí, hija mía, y peinaré tus hermosos cabellos rubios, y te lavaré, y te cuidaré con esmero.

Apagóse la voz de Lorenza por la fatiga misma de sus emociones; la infeliz se dejó caer sobre el lecho, cerró los ojos y se quedó dormida con un sueño tranquilo.

León subió á la cama y se acostó á los pies,

después de haber comido los restos de la cena de la loca, que le dió Teresa.

Esta tomó la luz, bajó quedito y se metió en su camaranchón, especie de agujero que había al lado de la puerta de la cocina, y en el cual tenía una miserable cama, que se componía de un jergón y una manta muy vieja.

Se acostó; pero el frío, la fatiga y las revelaciones confusas, pero aterradoras, de su madre, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

Alguna cosa terrible se agitaba en su cerebro.

Eran las espesas sombras de su pasada ignorancia con la claridad de la razón.

Temblaba sin saber por qué.

Pensaba en su madre, y lloraba.

Pensaba en su padre, y se sentía helada de terror.

Mucho rato después de estar acostada, oyó la puerta de la calle y el paso pesado de Juan Pedro.

Poco después llegó Antonio.

—El perro no está á la puerta—observó éste: —¡tal paliza le dí!

—Si vuelve, le atas al cuello una piedra y al río con él,—dijo Juan Pedro con su voz hueca.

Teresa rezó una Salve á la Virgen, y le pidió que no le ocurriese á León bajar del camaranchón de su pobre madre.

La infeliz niña no tenía ni confiaba en otra protección que en la de la Virgen; pero en ésta tenía una confianza ilimitada.



III

Era una clara noche de Enero, tan fría, y, por decirlo así, tan transparente, que las estrellas parecía que brillaban más que otras veces en la nítida pureza de la atmósfera.

Helaba.

La luna se alzaba sobre la espesura del bosque, á la manera que en la sagrada selva de los Druidas; empero las aves no se oían, porque la mayor parte de ellas habían ido á buscar otro clima más suave.

El bosque era de olivos y pertenecía á Juan Pedro, á quien le daba cada año muchas arrobas de aceite, que después se convertían en dinero.

Más lejos del olivar, un grupo de álamos alzaba su ramaje descarnado y seco, al parecer, por los rigores del invierno.

Al pie de aquellos álamos brotaba una fuente, produciendo un agradable murmullo.

El señor cura se hallaba en su cuarto sentado y cenando en su modesta y elegante mesa, que le servía la señora Andrea, su ama y criada todo en una pieza.

Era ésta una mujer no muy alta y bastante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

gruesa, colorada y risueña, ostentando esa alegría que nace de un alma pura.

Tiburcio estaba en pie detrás de la silla de don Benigno; su madre enfrente y también de pie.

—Este brasero tenía hoy demasiado fuego— dijo el vicario señalando debajo de la mesita en que comía.—Andrea, mañana enciéndame usted la chimenea: es un lujo al que mi salud no quiere renunciar. Hoy me duele mucho la cabeza.

—Mañana, señor, para cuando usted se vista, tendrá Tiburcio encendida la chimenea con un buen tronco; ¿pero no prueba usted siquiera ese pollo?

—No tengo gana.

—¡Qué! ¿Se va usted á quedar con la verdura?

—Sólo; eso me basta.

—¡Vamos, anímese usted!

—No puede ser.

—¡Pero, señor, se va usted á poner malo si da en la manía de comer tan poco!

—No lo crea usted, Andrea: lo que pone enfermo es comer sin apetito. Mire usted, este pollo le vendrá muy bien á la pobre Lorenza, la loca.

—Bien; pero...

—Que se lo lleve Tiburcio mañana por la mañana.

—Así se hará, señor.

—Ahora me voy á dar un paseo.

—¡Un paseo, con el frío que hace!

—Me embozaré bien en la capa; tengo que re-

zar, y lo hago mejor en el campo que en casa: allí veo el cielo, y me parece que estoy más cerca de Dios.

—Así me pasa á mí—dijo Tiburcio.—Cuando voy al campo, se me pasa todo el mal humor.

—Tú no debes tener nunca mal humor—observó gravemente la señora Andrea.—¡Mire usted, á los diez y siete años, qué penas puede tener éll!

—A nadie le faltan penas, madre. Cuando veo á la pobrecita Teresa ir á lavar al río con la helada, jorobada, y con un saco de ropa más alto que ella...

—Dolor es, por cierto—dijo la señora Andrea.—Quien ha conocido á su madre, como yo, lo puede sentir más que tú, hijo mío. Lorenza era una joven como pocas, educada á lo fino en la ciudad, y tan hermosa como buena: la pobre pagó caro su empeño en casarse con Juan Pedro, que ha tenido siempre un geniazo como un Nerón; pero era tan buen mozo, que Lorenza se enamoró de él como una loca.

—Aquí está la capa, señor cura—dijo Tiburcio poniéndola sobre los hombros del vicario.—¿Quiere usted que le acompañe?

—No: me gusta y necesito la soledad. Hasta dentro de un rato.

Don Benigno salió.

Iba triste y cabizbajo.

Pensaba, desde hacía algunos días, en la suerte de una criatura miserable, de una pobre niña

desgraciada: en la suerte de Teresa, que quería aliviar sin saber cómo lograrlo.

Había oído contar tantas cosas acerca del maltrato que se daba á aquella criatura, y la había visto, aunque de lejos, en tan deplorable estado, que aquella inmensa desventura en el pueblo que regentaba, aquella injusticia bárbara, tenían su corazón profundamente contristado.

Al salir de su casa, tomó el camino del olivar y se internó en él á paso lento.

Antes de rezar, quería meditar.

Trataba de arrancar á Teresa del poder de su padre cruel y llevarla á su casa; pero la niña tenía ya catorce años, y, aunque contrahecha de cuerpo, su cara era extremadamente bella.

Tiburcio contaba diez y siete años y vivía también en su casa.

Además, su padre podía negarse á que se llevaran á su hija.

Pensaba ponerla en una casita con su madre, la loca; pero igualmente se podía negar Juan Pedro á dejar á la madre y á la hija.

No hallando solución posible, quiso pedir á Dios que le iluminara: se sentó al pie de un árbol cerca de la fuente y de cara á la luna, alzó los ojos al cielo y empezó á orar.

A su espalda, y distante sólo unos pocos pasos, corría el río con sordo rumor.

El ministro de Dios sintió descender la calma á su espíritu en medio del augusto silencio de la

noche, y olvidó los dolores de la tierra y sus miserias para remontarse al cielo en alas de su fervorosa oración.

De repente oyó un ruido como de pasos leves: se volvió, y vió una figurita que se adelantaba con lentitud.

Aquella figurita se inclinaba hacia el suelo, y parecía que, aprovechando la luz de la luna, buscaba y recogía algo: no podía ser otra cosa que pedazos de leña seca.

Don Benigno se hallaba sentado y la contemplaba absorto. Cuando se aproximó más á él, reconoció á la pobre jorobadita, que era todavía menos que una mendiga, puesto que no tenía ni aun el recurso de la limosna.

La desventurada criatura temblaba de frío bajo su haraposos y miserable vestido. Llevaba, según costumbre, los pies casi descalzos, y de cuando en cuando alzaba hasta la boca su mano derecha para calentarla con su aliento.

Á la luz de la luna, y cuando ya estuvo cerca de él, el señor cura vió que llevaba un hacecito de sarmientos.

Pasó cerca de la fuente, dejó junto á ella la leña, y se sentó como desfallecida y abrumada de cansancio.

Entonces el señor cura oyó una vocecita débil y dulce que expresó algunas quejas llenas de angustia y desesperación.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la voz,—¿por qué

no me sacáis del mundo donde tan desgraciada soy? ¡Nadie me quiere, ni tengo á quien querer tampoco! ¡Todos me maltratan! ¡Estoy yerta de frío! ¡Tengo hambre! ¡Dios mío, yo quiero morir para descansar, porque ya no me es posible sufrir más!

Teresa pareció como extraviada por el amargo peso de sus reflexiones, y se levantó tambaleándose; pasó por junto al haz de su leña, que era ya bastante abultado, y echó á correr con dirección al río.

El vicario la siguió.

Así que llegó á la orilla, Teresa se arrodilló é hizo una corta oración á media voz; levantóse después y extendió los brazos para arrojarlos al agua.

Una mano fuerte la contuvo.

Teresa se volvió; reconoció al señor cura, y se quedó delante de él muda y temblando.

—Dios te dió la vida, y sólo Dios puede quitártela, hija mía—dijo don Benigno.—La tierra es el tránsito para la eterna patria: caminemos con paciencia.

Dichas estas palabras, el sacerdote asió la helada mano de la niña y se dirigió con ella hacia el sitio donde había estado sentado.

—Mira ese estrellado cielo—dijo á Teresa;—esa blanca luna; esta naturaleza tranquila y majestuosa: por dolorida que esté tu alma, ¿no te dice nada el augusto silencio de la noche? ¿No oyes en

el espacio el himno consolador y celestial de la naturaleza? Aprende, hija mía, á elevar el pensamiento, y sepárate de las miserias de la tierra para contemplar las grandezas del cielo.

—Señor—murmuró Teresa,—mi madre está loca; mi padre y mis hermanos me maltratan de suerte que á veces no puedo sufrir tanta angustia; trabajo más de lo que mis fuerzas me ayudan: ¿qué haré?

—¿Quieres venirte á mi casa?—preguntó el señor cura.—Vivirás como si fueras hija mía y estarás bien cuidada.

—¿Y mi madre?—preguntó Teresa;—¿cómo abandonarla, señor? ¿Quién velará por ella?

—¿Cómo es que no pensabas en eso cuando tratabas de darte la muerte?

La pobre niña bajó la cabeza.

—Vive para ella—prosiguió el señor cura:—éste es tu deber. La misión de la mujer es consolar y aliviar á todos los que sufren en torno suyo. Dios le ha dado una pesada cruz; pero le guarda, en cambio, una hermosa palma: ahora vamos á tu casa; yo te acompañaré.

El vicario asió el haz de leña, y, seguido de la atónita Teresa, tomó el camino de la casa de Juan Pedro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

IV

Cuando llegaron á casa de su padre, Teresa empujó la puerta, que estaba entornada, y entró seguida de don Benigno, que iba cargado con el haz de leña.

Eran cerca de las diez. En la cocina se hallaban Juan Pedro y su hija Lucía, que hablaba con otra jovencita de aspecto risueño y feliz.

Esta joven era hija del herrero y se llamaba María.

Tenía sólo un año más que Teresa, y era mucho más alta que ella.

El herrero era el mejor hombre del pueblo.

Tenía seis hijos, á los que había criado con el único auxilio de un honrado é incesante trabajo.

María era la mayor y la que ayudaba á su madre en las faenas de la casa y en el cuidado de sus hermanos.

La señora Petra, esposa del herrero, era una de esas mujeres buenas, amantes y cristianas, que aman á su familia sobre todas las cosas, y que no tienen más mundo que su esposo y sus hijos; ni la señora Petra concebía que hubiera otro que el que se encerraba bajo el cielo de Cabañas, en donde tenía sus alegrías y sus dolores.

Reducíanse aquéllas á cuidar á sus hijos y á su Cristóbal, y los segundos á sentir cuando veía enfermos á estos seres que le eran tan queridos.

La señora Petra y el señor Cristóbal adoraban á su hija María. Habíanse casado muy enamorados, y aquella primera hija resumía para ellos todas las alegrías de su amor; además, era tan buena y tan bonita, que, como su padre decía, era preciso quererla.

Otras dos niñas y tres muchachos formaban el total de la prole del herrero.

El buen hombre, en pie, delante de la fragua desde que Dios enviaba al mundo la primera luz, machacaba el hierro y cantaba con toda la afición que cabía en su robusto brazo y su alegre carácter.

Los dos muchachos mayores seguían el oficio de su padre; el menor iba á la escuela, donde aprendía con Tiburcio á escribir, á contar y la gramática. El maestro apenas se entendía con aquel discípulo, que, en cambio, se entendía á las mil maravillas con Tiburcio.

Como el herrero vivía en la misma calle que Juan Pedro, María se había criado con los hijos de este último y había tenido gran amistad con Teresa, que, como queda dicho, sólo contaba un año menos que ella; pero la suerte de la pobre jorobada se había ido ennegreciendo, al paso que el horizonte de la vida de María permanecía cubierto de rosados matices.

Ésta era adorada de su familia.

Teresa odiada de la suya.

Ocupada en servir á todos, en trabajar mucho más de lo que sus fuerzas permitían y en cuidar á su madre, Teresa dejó de jugar.

Un día que iba á comprar pan, vió á María á la puerta de su casa.

—Ya no me quieres,—le dijo ésta con acento de queja amistosa.

—Como siempre,—respondió dulcemente la pobre Teresa.

—¿Por qué no vienes á jugar conmigo como antes?

—Porque no puedo.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque tengo que trabajar.

—¿Tú?

—Ciertamente.

—Yo también trabajo: coso, cuido de la ropa blanca de mis hermanos; todo el día estoy ocupada.

Teresa calló. Sus abrumadores quehaceres eran muy distintos de los que ocupaban á la feliz María; mas para hacerle entender esto tenía que culpar á su hermana, y prefería guardar silencio.

Poco á poco se fué aflojando aquel dulce lazo de la infancia, y al fin fué completamente desatado.

María, buena, pero risueña y descuidada, no simpatizaba mucho con el aspecto triste de Tere-

sa, y se fué apegando á Lucía, que era, como ella, bonita, coqueta y alegre.

La desgracia silenciosa y resignada atrae las simpatías de los que sufren también ó han sufrido mucho; mas para las personas que son felices, para las que tienen un carácter alegre, es muy desagradable compañera.

Cuando era niña, Teresa entraba en casa del herrero y pasaba allí algunos ratos; pero á medida que fué creciendo, su deplorable suerte llegó á avergonzarla, y huía de todos, no sólo por no quejarse de su familia, sino por no presentarse á nadie tan miserablemente vestida.

Como se ve, Teresa iba siendo en el mundo una pobre paria olvidada de todos.

Al entrar don Benigno en la cocina llevando en la mano el haz de leña, todos se levantaron con respeto.

El mismo Juan Pedro, cuyo habitual ceño era sombrío, desarrugó la frente y trató de ensayar una sonrisa.

Teresa, asombrada y temerosa, se fué á sentar en el rincón más obscuro.

—Señor Juan Pedro—dijo el vicario,—necesito hablar á usted á solas, y le suplico que me conceda media hora de conversación.

El labrador, bastante contrariado, hizo una señal á Lucía y á la hija del herrero, que salieron de la cocina.

—Y tú, mal bicho—dijo Juan Pedro dirigién-

dose á su hija menor,—vete á acostar ahora mismo.

Teresa salió de la cocina.

Volviéndose después al vicario, el labrador añadió:

—Ya estamos solos y puede usted decirme lo que guste.

El cura iba á sentarse; pero Juan Pedro le dijo:

—Arriba, en mi cuarto de dormir, estaremos mejor.

—Este sitio le había parecido á usted bueno antes de venir yo—repuso don Benigno,—y es también bueno para mí: no hay, pues, necesidad de buscar otro, con tal de que aquí estemos completamente solos.

—Lo estamos.

—Pues empiezo. Esta noche he salido con el objeto de pasearme, y he visto á su hija de usted, señor Juan Pedro, á su hija menor, desnuda, fatigada, casi yerta de frío, recogiendo leña en el bosque como una mendiga: ¿por qué consiente usted que haga eso la pobre Teresa, bastante desgraciada ya con su deformidad física?

—Es querer saber demasiado el investigar el por qué de lo que en mi casa se hace, señor vicario—respondió Juan Pedro con una sonrisa bastante acre;—pero ya que usted quiere que se lo diga, ha de tener entendido que Teresa fué á recoger leña seca porque los troncos de casa están verdes y cuesta mucho trabajo hacerlos arder.

—En ese caso, señor Juan Pedro, perdone usted que le diga que era más natural que fuese su hijo de usted.

—¿Antonio?—preguntó el padre estupefacto.

—Creo que sólo tiene usted un hijo y que ese es su nombre. Contando ya veinte años, estaba más en el orden que fuera él á buscar leña, que su hermanita, que sólo tiene catorce.

—Sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, señor cura.

—No hay duda, y siempre me ha parecido ese refrán en extremo sabio—repuso el vicario;—pero debo decirle á usted que su conducta con su hija menor es inhumana; que todo el pueblo se halla escandalizado de ella, y que usted ofende á Dios con semejante injusticia, con ese odio, más bien, hacia una pobre criatura de quien es usted padre. ¿Por qué la aborrece usted? ¿Qué le ha hecho la infeliz? ¿Ni cómo es posible que un padre pueda aborrecer á su hija?

—Señor cura, yo no aborrezco á Teresa—respondió el labrador;—¿pero cree usted que me sirve de gusto el ser padre de semejante aborto?

—Ella no tiene la culpa de su imperfección—dijo don Benigno;—pero no es esa la causa que se atribuye á su desvío de usted para ella: la causa verdadera, según se dice, es que se parece á su abuela.

Juan Pedro palideció de una manera tan visible, que el cura pensó que se iba á caer.

Recobrándose algún tanto, á costa de un esfuerzo penoso, pudo el labrador balbucear:

—¿Qué tiene que ver eso?...

—No lo sé.

—¿Pues entonces?...

—Yo vine á este pueblo poco antes de que tuviera lugar la catástrofe que dió la muerte á aquella pobre anciana; pero he oído decir algunas veces que vivían ustedes sin paz y sin armonía, por lo que ella se separó de su lado y fué á habitar sola la casita en que, siete meses después, apareció degollada. Teresa, según se asegura y según lo que recuerdo de su abuela, se parece á ella mucho, tanto en el rostro como en la imperfección física que la distingue y que también su abuela tenía. Ahora bien, señor Juan Pedro: si la vista de esta desgraciada criatura le mortifica á usted, por cualquiera causa que sea, cédamela á mí y permita que me la lleve á mi casa.

—No puede ser,—respondió bruscamente Juan Pedro.

—¿Y por qué razón?

—Porque Teresa tiene que cuidar á su madre.

—¿No tiene usted otros dos hijos?

—Sí; pero éstos no quieren verla, porque les da miedo.

—¡Ahl ¡qué castigo del cielo sufrirán esos hijos!—exclamó el vicario.—¿Es, pues, la más pequeña y la más débil la destinada al sacrificio?

—Su madre se halla también mejor con ella.

33886

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Código 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Porque su otra hija ingrata no quiere verla! ¡Porque ya ha hecho que la olvide! Y, sin embargo, Juan Pedro, en el fondo del cerebro enfermo de Lorenza, tal vez está grabada la imagen de su hija mayor; ¡tal vez llama la desdichada á su hijo y echa de menos los cuidados de la una, la protección del otro, la ternura de los dos!

Juan Pedro parecía violento é irritado: moviase en su asiento, y apenas podía contener su cólera.

El vicario lo conoció, y dijo con más dulzura en la voz y en la mirada:

—He venido á molestar á usted sólo para decirle que me ceda á Teresa, y aun vuelvo á suplicárselo antes de abandonar esta casa.

—No puedo acceder á lo que usted me pide,—respondió lacónicamente el labrador.

—¿Se niega usted á ello?

—Me niego.

—Entonces, Juan Pedro, haga por borrar lo odioso de su conducta con esa niña; porque si los hijos tienen obligaciones muy sagradas para cumplir con sus padres, éstos las tienen también para los hijos: no olvide usted esto, y haga que los hermanos de Teresa la traten como á tal y no como á una esclava. Señor Juan Pedro, si usted se acercara al Tribunal de la Penitencia, al menos con la frecuencia que la Iglesia lo ordena, su vida de usted sería más conforme con la moral y la religión. Sí—prosiguió el vicario con firmeza al ver

el gesto amenazador con que Juan Pedro se levantaba:—su vida de usted es el escándalo del pueblo, y, según dicen las personas que le han conocido, no era así por cierto su padre de usted. ¿Son esos los ejemplos que le ha dado? Si de un padre bueno ha salido tal hijo, ¿qué puede usted esperar de los suyos teniendo á la vista los deplorables que usted les ofrece?

—Señor cura—repuso con ira el labrador,—yo creo que no es de la incumbencia de usted el entrometerse en casa ajena, y yo quiero que salga de la mía.

—He venido á cumplir con mi deber—repuso el vicario;—he venido á ver si podía mejorar la suerte de su pobre hija de usted, á ver si conseguía hacerle comprender que su conducta en lo moral y en lo cristiano era altamente pernicioso. Hablo á usted en el nombre de Dios; si no quiere oirme, tanto peor: yo no cesaré de amonestarle, en cumplimiento de mi obligación, para que cambie usted de vida.

—Y perderá usted el tiempo,—repuso burlonamente Juan Pedro.

El sacerdote no dijo una palabra más.

Al trasponer el umbral de la puerta, una persona que entraba tropezó con él.

Era Antonio.

Este reconoció al vicario y se quitó el sombrero, saludándole con respeto, á pesar de lo preocupado que llegaba.

Don Benigno correspondió á su saludo y salió de la cocina.

Antonio tendió una mirada torva en derredor suyo: vió que su padre estaba solo, y, después de hacer un violento esfuerzo para dominar la tempestad que rugía en el fondo de su alma, se acercó á él y se sentó en el banco del fogón que daba frente al que ocupaba Juan Pedro.

Este, desde la salida del vicario, se hallaba cabizbajo y sombrío.

No hay alma, por depravada que sea, que no sienta una profunda impresión de vergüenza al oír las palabras de justicia y de deber.

Antonio se dirigió á una alacena que había en un ángulo de la cocina; sacó una botella de vino y un vaso; llenó éste y se lo bebió de un golpe, como si necesitase desterrar una violenta preocupación, ó tomar alientos para una gran empresa.

Después de esto, volvió á sentarse enfrente de su padre.

Tosió, escupió y dijo con voz que él quería hacer firme y que sólo era insolente:

—Padre, esta noche vamos á hablar claro.

Juan Pedro alzó la cabeza bruscamente, miró á su hijo con extrañeza y le dijo:

—Déjame en paz: no tengo gana de conversación.

—La tengo yo, y hemos de hablar—repuso Antonio:—ha de saber usted que probablemente no me casaré ya con Gregoria.

Juan Pedro se encogió de hombros con una indiferencia casi brutal.

—¡Ya sé que mi suerte y la de todos sus demás hijos le es á usted indiferente!—exclamó Antonio, que se iba acalorando; —¡ya sé que nada somos para usted; ya sé que el trato que tiene desde hace tantos años con la tabernera le hace descuidar su casa y su familiar ¡Todo eso me consta! ¡Lo que no sabía, y esta noche me lo ha dicho el molinero, es que la Braulia le consume á usted el dinero que sacamos de las cosechas; que no se ocupa usted para nada de la hacienda; que estamos casi arruinados!

—Con hijos como tú, no es extraño—repuso el labrador con un tono injusto y amargo:—trabajas poco y mal.

—¿Y usted qué hace? ¿Trabaja usted acaso? ¿Cuánto hace que no va al campo ni á dar una vuelta á los peones? ¿En qué piensa usted más que en estar al lado de esa mujer, en emborracharse cada día en su taberna? ¿Ni qué se puede esperar del hombre que hace ocho años que no ha visto á su mujer, viviendo bajo el mismo techo que ella, y que tiene á su hija menor como una esclava?

—¿Qué es esto?—exclamó el labrador levantándose con ímpetu furioso.—¿Todos venís hoy contra mí? ¡Acaba de echarme el cura un sermón, y vienes ahora tú á romperme la cabeza con habladurías! ¡Déjame en paz ó sabrás quién soy!

—¡Dejar en paz!—repitió Antonio con la inso-

lencia del hijo mimado y consentido. Tengo veintiún años, soy un hombre y quiero hablar. Desde hoy, ha de cambiar usted de vida; desde hoy, dejará las relaciones de la tabernera, ó voy á su casa y le rompo los huesos; desde hoy, cuidará usted de la hacienda; desde hoy, ocupará mi madre otro cuarto mejor que el granero en que está; desde hoy, se tomará una criada, y Teresa no trabajará sobre sus fuerzas. Lucía cuidará de la casa, que, abandonada á la niña, se parece á una pocilga; en fin, desde hoy, esto será casa y no una cueva de gitanos.

Antonio, al hablar así, animado por el enojo y por el vino, se había ido enardecido hasta la cólera más violenta.

Como todos los hijos consentidos, se sublevaba contra su débil padre, que no había sabido inspirarle, con su conducta, el debido respeto, ni, con su ejemplo, la afición á la moderación y á la virtud.

—Veamos—dijo Juan Pedro con una calma que tenía mucho de amenazadora;—y si no hago nada de todo eso que te propones, ¿qué vas á hacer tú?

—Me iré de esta casa,—respondió resueltamente Antonio.

—¿Y á dónde?

—A ser soldado... ó á otra cosa peor.

—¿Y qué otra cosa es esa?

—A ser contrabandista.

—Pues ya puedes irte desde ahora, porque no te quiero más en casa: te arrojo de ella y te desheredo.

—No puede usted quitarme la parte de mi madre,—dijo Antonio rechinando los dientes.

—No la tendrás hasta después de mi muerte.

—Eso lo veremos.

—Lo veremos.

—¡Pues no faltaba más!

—Ahora vete.

—Mañana me iré.

—Ha de ser ahora mismo.

—Pues ahora no me voy.

Al oír esta contestación, Juan Pedro echó mano á un hacha de partir leña y la arrojó ciego de ira contra su hijo.

Este trató de huir el golpe; pero le alcanzó hiriéndole en la cabeza.

Antonio cayó bañado en su sangre.

Al ruido acudieron Lucía y la hija del herrero, y empezaron á dar gritos pidiendo socorro, y uniéndose á sus voces la de Teresa, que salió de su camaranchón más muerta que viva.

Antonio estaba, al parecer, inanimado.

A los gritos de las jóvenes acudieron los vecinos, le recogieron del suelo y le tendieron en su lecho; otros fueron á avisar al alcalde y al barbero, pero Cabañas no tenía por entonces médico en propiedad, y tenía que servirse, cuando lo necesitaba, del que había en otra villa cercana.

Cuando llegó la justicia, quiso buscar á Juan Pedro; pero fué en vano.

El labrador había desaparecido á favor del tumulto y de la confusión.

Lucía, que amaba á su hermano, se dedicó á cuidarle, pues la pobre Teresa no podía atender á tan arduos cuidados.

Al amanecer llegó el médico, á quien se había llamado, y declaró, después de un detenido reconocimiento, que la herida era peligrosa, pero no mortal.

En cuanto á la justicia, al oír este fallo, dijo que un padre puede castigar á su hijo cuando éste peca de inobediencia y rebeldía, y se retiró.

Al día siguiente, Juan Pedro, avisado por el alcalde, que era pariente suyo, volvió á su casa, seguro de que nadie le incomodaría; pero no entró á ver á su hijo, contentándose con preguntar á Lucía por su estado.

La joven respondió con una frialdad que demostraba su repugnancia: amaba á su hermano, y la crueldad de su padre le inspiraba una sorda aversión.

Todo lazo se había roto ya entre el padre y los hijos.

Una noche, Lucía se hallaba en el cuarto de su hermano.

Ardía sobre la mesa una vela con una pantalla de papel verde.

Teresa hacía calceta, sentada junto á ella, y

Lucía dormitaba sentada á la cabecera del lecho del herido.

Serían como las once.

Juan Pedro se hallaba en su cuarto.

De repente se oyó en la escalera que conducía á los sobrados un paso débil y vacilante como de una persona que bajaba.

Lucía se estremeció; se volvió á su hermana, y le preguntó:

—¿Dejaste cerrada la puerta del cuarto de madre?

—Como siempre,—respondió la niña.

—¿Le dejaste luz?

—Como me tienes mandado que la apague, así lo hice; yo también tengo miedo de que se quemé: por fortuna, hoy hace una luna tan clara, que ilumina todo su cuarto.

Al acabar de decir Teresa estas palabras, apareció en la puerta del aposento una figura fatídica. Era una mujer alta, flaca, y cuya cabeza cadavérica, con el pelo cortado al rape, tenía un poco de horrible.

Lucía dejó escapar un grito de horror y fué á ocultarse detrás del lecho de su hermano.

Teresa, la débil niña, se aproximó á la loca, le tomó la mano sin temor y le dijo con voz dulce:

—¡Madre mía!

—¿Estás aquí, ángel mío?—preguntó la loca.—Te venía buscando para que me digas quién se quejaba tanto esta mañana.

—Era mi hermano,—dijo Teresa, atrayendo á su madre hacia una silla y procurando hacerla sentar; pero Lorenza se resistió y preguntó:

—¿Tu hermano?

—Sí, madre.

—¿Es mi hijo?

—Sí.

—¿Mi Antonio?

—El mismo.

—¿Está enfermo?

—Sí, señora.

—¿Y dónde está, dónde?

—Allí, en la alcoba.

—Llévame á verle.

—¡No, no! ¡No la acerques!—exclamó Lucía.
—Tengo miedo.

—¿Miedo de madre?—dijo con sublime asombro Teresa.—Déjame que la complazca en su deseo de ver á nuestro hermano: puedes estar tranquila, porque mi voz le es conocida y le devuelve la calma.

—Verdad es—dijo la loca.—Tu voz, hija mía, es para mi oído una música divina, porque tú eres mi hija, mi Teresita, y esa voz que he oído ahí detrás de la cama, es la de Lucía: no estoy tan loca como pensáis y como vuestro padre quiere hacer creer; hoy estoy bastante bien, y os conozco á las dos; pero ¿dónde está Antonio?

—Aquí—dijo Teresa:—mírele usted.

Y la jorobadita mostró á Lorenza el joven que

estaba adormecido á causa de la debilidad ocasionada por la pérdida de la sangre.

La pobre madre se acercó y contempló ávidamente el semblante del herido; inclinóse hacia él, le miró algunos instantes y exclamó con el acento de la mayor ternura:

—¡Antonio!

El enfermo abrió los ojos; miró vagamente á su madre, pero sin reconocerla, y los volvió á cerrar.

—¡Sí, tú eres mi Antonio!—prosiguió Lorenza;—aquel Antonio que yo tenía y que era ya un hermoso muchacho alto y de magníficos ojos; tenías once años, y yo me acuerdo muy bien de que todas las madres me envidiaban al verte tan bueno y tan cariñoso... Y aquí está Lucía, que era pequeña aún, y ya sus largos cabellos, tan negros y tan hermosos, me costaban tanto trabajo de peinar. ¡Hijos míos! ¡mis queridos hijos! ¡Yo creí que vuestro padre os había muerto como á ella!

—¿Como á quién?—exclamó Lucía.

—¡Qué! ¿no sabes?...

—No...

—¡Como á mi madre!

—¿Qué dice?

—Él, él la mató. ¡Él fué quien la mató! ¡León le mordió el brazo! ¡Yo le ví la herida!

—¿Pero quién fué?—preguntó Lucía que temblaba.

—¡Tu padre! ¡Juan Pedro!

Al oír esta tremenda acusación, Antonio abrió de nuevo los ojos como espantado, y los fijó en la loca.

—¡Ahl ¿Es usted, madre mía?—exclamó.—
¿Soñaba? ¿Quién hablaba aquí del asesinato de mi abuela? ¿Quién la mató?

—Tu padre,—respondió Lorenza.

—¡Mi padre!

—Sí, tu padre fué, para robarle el dinero que pocos días antes había ganado en la lotería. Desde entonces está rico... que nosotros éramos muy pobres... pero ¡cuánto más vale que la riqueza una conciencia tranquila! El terror de vivir con el asesino de mi madre me ha quitado el juicio, aunque no siempre me falta.

—¿Pero cómo sabe usted eso, madre?—preguntó Lucía;—¿quién le ha dicho á usted que mi padre fué quien mató á mi abuela?

—¿Quién, hija mía? Tu abuela misma: vivía cerca de nuestra casa. Una noche, tu padre tardaba á venir, lo que no me parecía extraño, pues ya sabía que pasaba las noches en la taberna de la Braulia. Yo le esperaba llorando... dieron las doce, la una, las dos... tu padre no venía; yo estaba con mucha pena y me asomé á la ventana para oír el ruido de sus pasos: era invierno; la noche oscura... De repente, oí gritos ahogados que pedían socorro, y creí reconocer la voz de mi madre... á las voces se mezclaban los aullidos de un perro... era León. Vosotros dormíais los dos... Teresita, esta peque-

ña, se quedaba á dormir con su abuela, que la quería en extremo... se llamaba como ella... y se le parecía en todo... yo bajé desalada á la calle, corrí á la casa de mi madre y empujé la puerta... ésta cedió y entré... había luz en su cuarto... los gritos eran más distintos... subí... mi madre... vuestra abuela estaba ya mortalmente herida... vuestro padre tenía aún en la mano el cuchillo ensangrentado... mi madre murió aquella noche, y al día siguiente todo el pueblo se agrupaba á la puerta de la casa y se preguntaba quién era el ladrón y el asesino, porque toda la fortuna de vuestra abuela había sido robada.

Calló Lorenza, cuyo juicio, al menos en el tiempo que duró su narración, había conservado una completa lucidez: su pecho se levantaba con agitada respiración; sus mejillas estaban pálidas, y todos los músculos de su rostro temblaban agitados por una convulsión terrible.

En cuanto á sus hijos, los dos mayores habían escuchado su narración silenciosos é inmóviles, con la frente cubierta de palidez.

Cuando Lorenza acabó de hablar, permanecieron algunos instantes callados.

Antonio fué el primero que tomó la palabra.

—¡De modo—dijo,—que la fortuna de mi abuela se la quedó mi padre!

—Sí, hijo mío—respondió la loca:—tu padre la tiene. Desde entonces nuestra casa, pobre antes, empezó á prosperar; yo á perder la razón. ¡Cada

instante veía á tu abuela cayendo bajo los golpes del cuchillo de tu padre! ¡Cuanto miraba en casa, me parecía teñido con su sangre! ¡Lo que comía era el precio de su muerte!

—Lucía—dijo Antonio,—así que aparezca la luz del día, saldré del pueblo y procuraré olvidar de quién soy hijo.

—Y yo también—respondió la joven.—Si quieres llevarme contigo, te seguiré; no quiero dar el nombre de padre al asesino de nuestra abuela.

—Tú, Teresa—añadió Antonio,—vendrás con nosotros; Lucía y yo trabajaremos y nada te faltará.

—¡Ah! ¿Os vais?—preguntó Lorenza;—os vais todos, y me llevaréis, ¿verdad, hijos míos? ¡Bendito sea Dios!

Los dos hermanos mayores se miraron indecisos.

—¡Imposible!—dijo Antonio.

—¡Imposible!—repitió Lucía.

—¿Qué haríamos con nuestra madre, hallándose privada de la razón? ¿Cómo trabajaríamos?—prosiguió el hermano.

—¡Pero dejarla aquí!—murmuró Lucía:—¡la infeliz ha sufrido tanto!

—Su cabeza está trastornada... ya no sufre... Lucía, yo puedo encargarme de tu suerte y de la de Teresa; de la de nuestra madre no es posible... es demasiado gasto para quien, como yo, no cuenta ningún recurso, y demasiada responsabilidad

además: dejémosla aquí, y, si podemos algún día, volveremos á buscarla.

En tanto que los dos hermanos hablaban, la pobre loca había inclinado la cabeza sobre el pecho y balbuceaba una canción monotonamente; su razón, momentáneamente reanimada por el dolor de sus recuerdos, había vuelto á apagarse; sus ojos habían recobrado la expresión extraviada que antes se advertía en ellos, y sus facciones retrataban el salvaje idiotismo que de continuo las desfiguraba.

—Ya lo ves—dijo Antonio á su hermana:—es imposible llevarla.

—Es imposible,—repitió Lucía.

—Á la que no quiero dejar aquí—prosiguió el hermano,—es á Teresa. Lucía, tú has sido muy dura para esta pobre niña, y es preciso que en adelante la mires como á nuestra hermana: sólo á este precio te llevaré conmigo. Ve á disponerte, Teresita.

—No—respondió la niña con dulzura y tomando las manos de la loca:—yo no abandono á mi madre, ni puedo abandonar tampoco á mi padre.

—¿Qué dices?—exclamó Lucía.—¿No sabes ya quién es? ¿no sabes lo que ha hecho?

—Sólo sé que, al verse abandonado de vosotros dos, será muy desgraciado.

—¿No consideras el crimen que ha cometido?

—¿Pero acaso deja de ser mi padre?

—Acércate, Teresa—dijo el hermano mayor á la niña;—acércate y escucha.

La jorobadita obedeció.

—Mira—continuó Antonio:—aquí estás maltratada, trabajas sobre tus fuerzas, andas desnuda y hambrienta. Nuestro padre—¡horror me causa darle este nombre!—no te ama, pues que no ha procurado sacarte de tan triste estado. Sea efecto de que la memoria de su crimen le persigue, sea perversidad de su naturaleza, no se cuida nada más que de estar en la taberna donde la Braulia le va gastando la fortuna robada á nuestra abuela. Pues bien: esa mujer, esa Braulia, vendrá á esta casa así que nosotros hayamos salido de ella; mandará aquí, tomará el puesto de nuestra madre, te maltratará, llevarás una vida todavía más miserable que llevas ahora.

—¡Sí! — murmuró sordamente la loca:—¡la Braulia! Por dar dinero á esa mujer mató á mi madre: si ella viene á esta casa, hijos míos, os maltratará. ¡Vámonos, vámonos todos!

—Con nosotros—dijo Lucía dirigiéndose á su hermana,—nada te faltará; estarás bien vestida, verás tierras que no conoces... ¿Qué dices?

—¿Dejar á nuestros padres? ¿Dejar á mi padre solo y triste, á mi madre loca, por irme con vosotros que estáis buenos, que sois jóvenes y libres? ¡Nol! ¡Eso jamás!

—¿Pero qué harás aquí?

—Mi deber.

—Y vendrá la tabernera.

—Tendré paciencia.

—Y te pegará, y no te dará de comer, y te hará trabajar mucho.

—Ya estoy acostumbrada á todo eso—respondió Teresa con una sencillez que era para su hermana la más terrible acusación:—me quedo aquí.

—Un estorbo de menos: déjala—dijo Lucía.—Los dos haremos antes fortuna. Teresa, llévate á madre á su cuarto, que voy á prepararlo todo para nuestra marcha.

Lucía se acercó y echó los brazos al cuello de su madre. Una lágrima rodaba por sus mejillas.

Ella misma aproximó á la pobre loca á la cama de Antonio, que la abrazó también en silencio.

—Si algún día podemos, volveremos á buscarla,—dijo Lucía enjugando sus ojos.

Teresa salió con su madre, que se dejó conducir dócilmente sin interrumpir su melancólica canción.

La condujo á su camaranchón, la desnudó y la hizo acostar. Así que la vió dormida, bajó otra vez al cuarto de su hermano.

Este se hallaba ya vestido.

Lucía estaba reuniendo en un lío la ropa blanca de los dos y un traje para cada uno.

—Al fin, ¿os vais?—exclamó dolorosamente la pobre jorobada.

—Sí—respondió Antonio.—Decídetes y venid con nosotros. Nada echarás de menos á nuestro

lado. Lucía, desde hoy, será para tí lo que debe ser, porque el dolor es buen maestro y cura de todos los descuidos; además yo la obligaría á ello. Has de saber, Teresa, que la disputa que tuve con nuestro padre fué por tí.

—¡Por mí!—repitió la niña estupefacta y mirando á su hermano.

—Sí, por tí: le dije que quería ya verte, como debías estar, en la casa de tus padres y hermanos; que quería que nuestra hermana hiciera su deber: ya ves, pues, que no te faltará mi cariño ni mi protección. Vente conmigo.

—No—insistió la niña con firmeza y dulzura; —no quiero abandonar á nuestro padre desgraciado, á nuestra madre sin juicio: aquí me estaré con ellos, y rogaré á Dios que los haga dichosos.

—¿Es esa tu última decisión?

—Sí.

—Piénsalo bien.

—Ya lo tengo bien pensado.

—Adiós, pues; vámonos, Lucía.

La joven abrazó á Teresita, y ésta le dijo al oído:

—¿Y tu novio?

—Siento mucho dejarle—murmuró Lucía; —pero no quiero vivir aquí por más tiempo.

Teresa, al abrazar á Antonio, le dijo también al oído:

—¿Y tu novia?

—Quiero á toda costa dejar este pueblo,—contestó el interpelado.

Los dos hermanos partieron.

Ya apuntaba la luz del día.

Teresa se asomó á la ventana y les vió huir, sin volver los ojos á la casa maldita donde moraban el crimen y la locura.

La desgraciada niña sintió que con aquellos hermanos ingratos se iba el último rayo de luz y de alegría que había alumbrado su existencia; se echó á llorar y se dejó caer de rodillas, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas y valor!

Poco después, el nuevo día se levantaba detrás de los montes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

V

Pasados algunos meses, la suerte de Teresa había cambiado algún tanto.

Trabajaba la jorobadita casi lo mismo que antes; pero estaba mejor vestida, se sentaba á comer en la mesa al lado de su padre, y se veía calzada y peinada con un aseo que se acercaba al primor.

Y, sin embargo, había tenido el dolor de ver á Braulia, la tabernera, ir á gobernar la casa de su madre y á ocupar su sitio.

Las predicciones de Antonio habían salido ciertas.

Juan Pedro se hallaba envejecido, encorvado, abrumado por un inmenso dolor.

La huída de sus dos hijos mayores había sido para él un golpe terrible.

A pesar de su pereza para el trabajo, de su codicia, de su afición á la embriaguez, los amaba apasionadamente, como lo probaba la debilidad con que en todo y por todo los dejaba hacer su gusto.

Todas las malas pasiones habían nacido de su amor á Braulia, que era una mujer de un cora-

zón malo y de absoluta carencia de ideas religiosas.

El hombre es casi siempre lo que la mujer quiere que sea.

Poned á su lado una mujer impúdica y descreída, y el hombre perderá toda la idea moral y cristiana.

Acercadle una mujer buena, sensible, religiosa, que ame el trabajo, el orden y la economía, é insensiblemente se irá acostumbrando al bien, á la equidad, á la piedad y á la justicia. Braulia había sido el ángel malo de Juan Pedro: de ella provenía toda la ruína de la casa de éste.

Sin embargo, tal era el abandono á que esta casa había llegado, que la presencia en ella de la causante del mal produjo una apariencia de bienestar.

La tabernera cerró la taberna, sobre la que ya debía mucho dinero; pagó con el caudal de Juan Pedro, y se propuso descansar gobernando la casa del labrador.

Pero la vista de la pobre Teresa le causó una profunda pena, y más humana que los propios hermanos de ésta, la vistió, le compró calzado y tomó para sí el desempeño de las labores más pesadas.

La instalación de la tabernera en casa de Juan Pedro produjo en el pueblo un gran escándalo.

El vicario amonestó por separado á Juan Pedro y á Braulia, instándoles á que pusiesen fin

á su culpable trato; pero Juan Pedro era demasiado débil para romper semejante lazo, y Braulia demasiado cínica é interesada para renunciar á sus ventajas.

Sin embargo, Dios había señalado, en su justicia, la hora del castigo y de la expiación.

La pobre loca, á pesar de los cuidados y de la compañía de Teresa, cayó en una extrema prostración de fuerzas; consumíase cada vez más: hubiera podido decirse que los destellos de razón que brillaron el día de la huída de sus hijos habían sido los últimos.

Aquellas horas de lucidez habían avivado todos los dolores de su alma, y al contacto de los recuerdos, sus heridas se habían enconado más y más que antes.

Una terrible languidez la devoraba, y su locura se había hecho tan apacible é inofensiva, que Teresa había alcanzado de Braulia el permiso de que su madre bajase de su camaranchón y la llevase por todas las demás habitaciones.

Lorenza iba, pues, andando por aquella misma casa en que había sido señora, como una sombra triste y fugitiva. A quien nunca veía era á su marido. Este huía de su presencia como un culpable huye de su juez; una sola vez que le vió la loca se echó sobre él dando alaridos y pidiéndole con terribles gritos que devolviese la vida á su madre.

Tal era el estado de la casa algunos meses

después de la salida de ella de los hijos mayores de Juan Pedro.

Los intereses iban menguando entre las manos de Braulia.

De las fincas compradas con el caudal heredado de la madre de Lorenza, se habían vendido ya tres, y quedaba solamente una que también se iba á vender.

Juan Pedro, para olvidar la huída de sus hijos, bebía cada día más, y apenas salía de su estado de completa embriaguez.

Una mañana muy temprano, Teresa entró en su cuarto: hallábase despierto, porque el sueño rara vez visitaba sus ojos.

—¿Qué quieres?—le preguntó con su habitual y helada dureza.

—Padre mío—respondió Teresa,—quiero hablar con usted un rato y pedirle una cosa.

—Habla—dijo Juan Pedro;—pero pronto y sé breve: hoy estoy muy malo de la cabeza.

—No le molestaré á usted mucho, padre—repuso Teresa:—se trata de mi pobre madre.

—¿De tu madre?—repitió el labrador echando sobre su hija una mirada llena de desconfianza.

—Sí, señor... de mi madre: ya ve usted qué mala se va poniendo. Yo le pido á usted, padre mío, el permiso de salvarle la vida y acaso de devolverle la razón.

Juan Pedro se estremeció.

—La señora Andrea—prosiguió Teresa,—tie-

ne un cuartito desocupado que da al huerto del señor cura: es alegre, soleado en invierno, y en el verano sube hasta la ventana el buen olor de las flores. Al ver á mi madre tan mala, le ha ocurrido la idea de que quizá mejorará variando de plan de vida y de habitación; no le costará á usted nada el médico, y allí estará bien cuidada.

—¿Es decir, que quieres irte á vivir con tu madre á casa del señor cura?

—Solamente por el deseo de que se mejore. Nada cuesta probar, querido padre.

—¿Con que por el deseo de que tu madre se mejore, eh? ¿Por qué no eres más franca y dices que por el de estar cerca de Tiburcio?—repuso Juan Pedro con sardónica dureza.

—¡Cerca de Tiburcio!—repitió Teresa.

—¿Acaso no saben todos en el pueblo que anda detrás de tí? Tienes ya quince años y deseas casarte, para abandonarme como tus hermanos.

La joven estuvo algunos instantes sin responder.

Era cierto que el sacristán se le aparecía alguna vez en el camino cuando iba á buscar agua á la fuente; pero siempre lo había creído efecto de la casualidad y no de intención premeditada.

En cuanto á que ella pudiese inspirar un afecto vivo y verdadero, lo había creído siempre imposible, y cada día se convencía más de ello al mirarse en el pedazo de espejo que tenía en su cuarto.

Sin embargo, el sacristán había reparado bien

en sus hermosos y expresivos ojos oscuros, en las espesas trenzas de cabellos que caían á lo largo de su espalda, en su preciosa boca guarnecida de dientes como perlas; y siendo él sencillo, tímido y por demás rudo, se había dicho que, á no ser Teresa, nadie podía hacerle caso.

En el alma de los dos adolescentes se había ya despertado esa vaga necesidad de afecciones que señala al corazón la transición de la infancia á la juventud.

Tiburcio era el muchacho simple, cándido, desconfiado de sí mismo, que sentía simpatías por el ser más humilde, más desvalido, más desgraciado que veía en torno suyo.

Este ser era Teresa.

Todas las demás muchachas del pueblo eran coquetas, porque eran felices, y reían ruidosamente: sólo la pobre Teresa no reía nunca; sólo ella no tenía novio, ni amigas, ni aun familia que la la amase.

Toda la ternura que guardaba en su alma la desgraciada niña, se había fijado en su madre y en su viejo perro León, que vivía siempre al lado de la loca, sin que bajase nunca al piso bajo, porque Teresa temblaba de que le diesen la muerte.

Teresa, pálida, solitaria, consumida de tristeza desde que había tenido noticia del crimen de su padre, era para el buen Tiburcio más simpática que todas las felices muchachas del pueblo.

—No nos iremos si usted no quiere, padre,—dijo la joven con su sumisión habitual.

—Al contrario: puedes irte con tu madre hoy mismo—repuso Juan Pedro.—Cuanto más solo esté, mejor.

Dichas estas palabras, salió bruscamente de la habitación.

Teresa subió al camaranchón de su madre y empezó á recoger sus escasos efectos, llevándolos ella misma á casa del señor cura, que desde su balcón, entoldado de flores, la vió llegar con júbilo.

—¿Vienes aquí por fin?—le preguntó;—¿traerás á tu madre?

—Sí, señor: hoy mismo dormiremos aquí madre, yo y León.

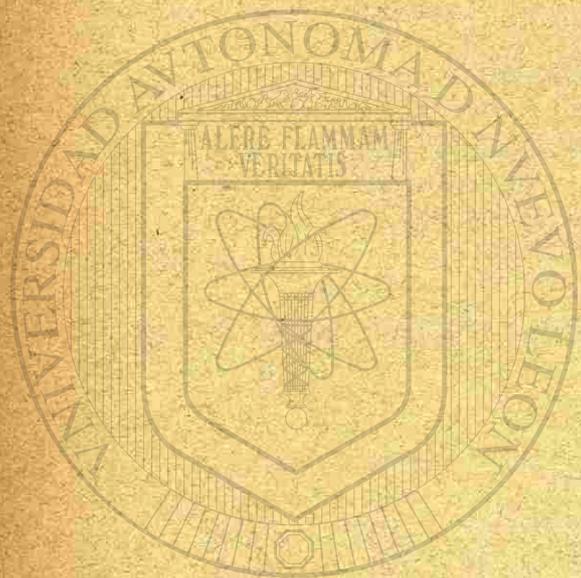
—¿Y tu padre qué ha dicho?

—No le ha sabido muy bien; pero, al fin, no me ha prohibido que venga.

—¿Pues acaso hay alguna cosa en el mundo que le sepa bien á tu padre?—preguntó riéndose el sacristán, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—No hables mal de mi padre, te lo suplico, Tiburcio—dijo Teresa:—tiene su genio; pero yo debo respetarle.

—Dios te dará larga vida sobre la tierra, porque respetas y honras á los que te dieron el ser, hija mía—observó don Benigno apoyando su mano en la cabeza de la joven,—y Dios te dará, al fin, la felicidad, porque comprendes la misión de la mujer, que es la de perdonar y amar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Hay en Madrid algunas calles estrechas, sombrías y húmedas, á las que jamás descende el sol, y en las que nunca se respira una atmósfera pura y saludable.

Estas pobres calles podían llamarse, con justicia, desheredadas de la luz: tanto es lo que la luz rehusa penetrar en ellas y alegrarlas.

Algunas de ellas tienen entrada y salida: la que vamos á visitar nosotros tiene lo primero; pero carece de lo segundo.

Sólo tres casas se veían en ella.

La tienda de un carbonero, negro depósito que aún ennegrecía más la calle con su desagradable aspecto; la casa de un usurero, y otra casa muy alta, habitada por muchos vecinos, y cuyo piso bajo estaba tan bajo que casi tocaba á la calle.

La casa del prestamista era tan negra y sombría como la del carbonero; la que tenía muchos vecinos era lo que llamamos una casa de vecindad.

El piso principal era bastante decente; el segundo lo era ya menos; el tercero y cuarto tenían

corredores, y las habitaciones estaban numeradas.

En cuanto al piso bajo, era el más pobre de la casa.

Desde la calle se podía ver que constaba de dos salitas; pero la humedad y la falta de luz las hacían mortalmente tristes.

La primera servía como de recibimiento y de cuarto de dormir; en la de más adentro se veían utensilios de cocina y otro lecho pequeño y colocado en un rincón.

Las dos salitas tenían á la calle dos estrechas ventanas, cuyas puertas de vidrios se hallaban cubiertas á medias por cortinas de muselina muy barata.

Alguna cosa anunciaba allí la presencia de una mujer, y de una mujer joven y bonita; porque la belleza tiene afecciones particulares que no ha conocido nunca la extrema fealdad.

Donde veáis una maceta cuidada con esmero, un lazo de cinta, allí hay una mujer bonita y en cuya alma viven aún muchas ilusiones.

La fealdad del cuerpo y del alma es casi siempre desolada, solitaria y triste, sobre todo la primera.

Indicaba, pues, en el piso bajo de aquella casa la presencia de una mujer bonita, un rosalito colocado en una maceta de barro y un lazo de cinta en cada una de las cortinillas de la primera ventana.

El rosalito era muy joven, y sus ramitas, balanceadas por el aire húmedo é insalubre que pasaba á través de las altas paredes del callejón sin salida, empezaban á desplegar tiernas y verdes hojitas.

¿Llegarían á dar flores?

Esta pregunta se la hubiera hecho, con un sentimiento de tristeza, cualquiera persona que sabiendo pensar y sentir, dos cosas que no todos saben, hubiera fijado, al pasar, su vista en el tierno rosal.

Empezaba Abril, y el sol se asomaba por los altos tejados á mirar la obscura callejuela, sin que, ni aun al retirarse á su lecho, le ocurriese pasar por ella.

Una mañana muy temprano la primera ventana se abrió, y apareció en ella la mujer que anunciaban la maceta y los lazos de cinta.

Era, según indicaban estos objetos, joven y bonita: apenas se leían en su frente, que no era ni morena ni blanca, diez y ocho primaveras; sus grandes ojos negros se armonizaban muy bien con su tez trigueña y con su cabellera rica y espesa, del mismo negro de azabache que sus ojos.

Su boca, pequeña y fresca, estaba guarnecida de una diminuta dentadura blanca, igual y de nacarado esmalte; su nariz, llena de gracia, era un poco levantada; su estatura, más bien alta que baja; delgada, y llena de natural coquetería y *dominance*.

Su traje era el de una obrera joven: un vestido de lanilla muy barata y ya un poco usado, un delantal negro de seda, y un cuellecito blanco, le componían; pero todo estaba llevado, arreglado y puesto con gran esmero y limpieza exquisita.

La joven fué, andando de puntillas, á buscar una silla baja; la colocó al lado del balcón, y se dirigió de nuevo al fondo de la salita, de donde volvió con un bordado en la mano.

Después se sentó y se puso á bordar.

Apenas acababa de dar dos ó tres puntadas, el carbonero de enfrente abrió su puerta y dispuso á la vista su negra mercancía para la venta.

Alzó la cabeza, vió á la joven y le dijo:

—¡Eh! ¡Buenos días, señorita Lucía!

—Buenos días,—respondió secamente la joven.

—¡Qué temprano está usted peinada!

Esta observación no obtuvo ninguna contestación.

—¿Se ha levantado ya su hermano de usted?

—No,—respondió brevemente la joven.

—Parece que hoy no tiene usted gana de conversación,—observó el carbonero con socarronería.

—No tengo ninguna.

—Y, sin embargo, si usted supiera el recadito que tengo para usted, me haría más caso.

—¡Un recado para mí!—exclamó Lucía, á cuyas mejillas subió un vivo carmín;—¿de quién?

—¿No lo supone usted?

—No... no por cierto.

—¿Desde cuándo se ha vuelto usted tan torpe? Vamos, el recado es de Federico, y me lo dejó anoche: allá va.

—Espere usted... asegúrese antes de que no mira algún vecino,—exclamó Lucía.

—¿Qué importa? ¡Más enterados que están ya todos!...

—Porque usted les habrá dicho algo.

—¿Yo? ¿Qué falta hace que yo lo diga? En esta calleja, por la que no pasan ni perros, ha de llamar la atención una persona como don Federico, que pasa todos los días dos ó tres veces y habla con usted. ¡Eh! Allá va la carta...

—¿Es una carta?—murmuró Lucía.

—Una carta de papel muy fino y que transcien- de de buen olor... ¡Parece un ramo de flores!

Lucía dejó su labor, tomó la carta, y se inter- nó en la sala con ella en la mano.

—¡Eh, Andrés! ¿Ya le has dado el recado?— preguntó en el fondo de la tienda una voz cascada.

—Ya le tiene,—respondió el carbonero.

—Pues mira, no tomes otro—dijo la misma voz;—que todo el oro del mundo no paga la tran- quilidad de la conciencia.

—Pero, madre—observó el carbonero,—dos duros por dar una carta á la vecina, no eran de perder.

—Esos dos duros no te han de lucir.

—¡Qué aprensión!

—No es aprensión.

—¿Y por qué?

—Ya lo verás.

—¡Bah, bah! madre, ya están en el bolsillo, y usted se comerá hoy una chuleta buena y se beberá un vasito de vino.

—No tocaré á ese dinero maldito,—dijo la anciana con firmeza.

—Pero, señora, ¿cree usted que si yo no le hubiera dado esa carta á la señorita, hubiera faltado quien lo hiciera?

—Ya sé que no.

—¿Pues entonces?...

—Que cargue otro su conciencia y no graves tú la tuya.

—Esas son antiguallas, madre. Hoy el dinero es todo.

—¡Y yo digo que no! Lo primero es la conciencia, el dormir en paz... así es uno feliz con pan seco y con un jergón por cama. Has de ver cómo esa carta da que hacer: ese señorón, porque de sobra se conoce que lo es, no viene por aquí con buen fin.

—Eso es cuenta de don Antonio, el hermano de la muchacha.

—¡Don Antonio, don Antonio! Lo mismo que á mí, y aun peor, le pega á ese joven el *don*. Es más basto que un mozo de esquina, y de fijo no es tan honrado; pasa las noches jugando.

—¿De qué lo sabe usted?

—De que me lo ha dicho la criada del cuarto segundo de su casa, que se lo ha oído á su señorito, que juega también.

—¿Y de qué habían de vivir si no buscasen arbitrios? La aguja de ella no les dará ni para pagar el pan y el agua: tanto ganarían ellos trabajando como si yo vendiera el carbón bien pesado. Madre, por el camino legal no se hace nada en el día: hay que ingeniar y buscárselas.

—¡No hables así!—exclamó la anciana.—Si robas á los parroquianos, no me lo digas: ya rezo por tí todos los días y doy limosna á los pobres.

—Y así me arruina usted. ¿De qué me sirve entonces dar los pesos faltos?

—De nada—respondió la anciana:—cuanto tú quitas á los parroquianos, lo doy yo á los pobres. ¡Así Dios lo torne en descargo de tus culpas!

Aquí llegaban de su conversación el carboneero y su madre, cuando la joven de la ventana volvió á sentarse de nuevo con su labor en la mano.

Su fisonomía estaba radiosa y parecía mil veces más bella que antes de leer la carta.

Brillaban sus mejillas, estaban sonrosadas, y una dulce sonrisa entreabría sus labios, dejando ver sus menudos dientes.

Empezó á trabajar, pero tan distraidamente, que se conocía que su pensamiento se hallaba muy lejos de la labor.

Bien pronto sus labios murmuraron una canción, y su aguja corrió con mayor rapidez.

Pero su asiduidad fué de corta duración.

Oyéronse en la callejuela unos pasos de hombre, y apareció en ella un caballero de gallarda figura y vestido de negro.

Parecía tener de veintiocho á treinta años, y todo su traje respiraba la más perfecta elegancia.

Lucía conoció aquellas pisadas, y antes de que llegase el transeunte, dió á entender que le esperaba.

Al verle, una grata sonrisa volvió á entreabrir sus labios; el paseante se sonrió también y se acercó á la ventana.

—¿Le han dado á usted una carta?—le preguntó á media voz.

—Sí, señor,—respondió Lucía con grande emoción.

—¿La ha leído usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha decidido?

—Todavía nada.

—Veo que no eran infundadas mis sospechas,—dijo con despecho el desconocido.

—No pueden serlo más, caballero.

—Pues pruébelo usted.

—¿De qué modo?

—Haciendo lo que le digo en la carta.

—No puede tomarse tan de ligero semejante

resolución—respondió Lucía:—he de pensarlo hasta mañana.

—Entonces volveré mañana á estas horas con el objeto de saber lo que usted ha decidido.

El desconocido dirigió á Lucía una última mirada y se alejó.

La joven le siguió con la vista, y cuando hubo desaparecido se puso de nuevo á trabajar, pero desanimada y triste.

—Si yo pudiera hablar á esa joven—dijo la madre del carbonero que la observaba desde el interior de la tienda,—le diría que cerrase los oídos á las palabras de ese tentador.

—Suponiendo que lo sea, madre—observó su hijo,—necesita la pobre mucha paciencia para consumirse ahí trabajando sin luz y sin sol, cuando el espejo le dice todos los días que es bonita y cuando ese señor se lo dice también.

—¿Y piensas tú que será más feliz con él que trabajando?

—No hay duda.

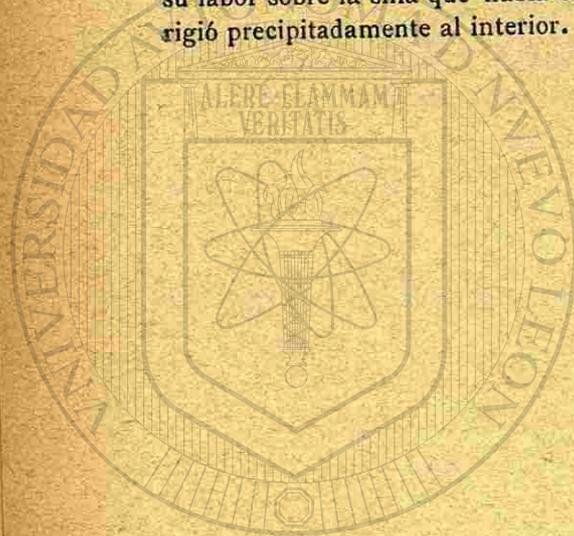
—Pues te equivocas. Hay dentro del alma que permanece fiel á sus deberes cristianos, una luz que todo lo ilumina: al ceder á las tentaciones, se apaga esa luz, y aunque en lo que se ve haya galas y flores, y fiestas y alegría, adentro todo es sombra y obscuridad.

—Madre, todas las personas de su edad de usted dicen lo mismo,—observó el carbonero.

—Es porque á mi edad, hijo mío, ya no hay

vendas en los ojos, y se ven esta vida y la otra tales como son.

Oyóse el sonido de una campanilla en la habitación en que se hallaba la joven, y ésta, dejando su labor sobre la silla que había ocupado, se dirigió precipitadamente al interior.



VII

Cuando Lucía entró en la sala donde había sonado la campanilla, que era la segunda y la que servía de cocina—según indicaba un fogón de yeso que había arrimado á la pared,—un hombre había aparecido en la estancia y se paseaba por ella de mal humor y á pasos desiguales.

Era un joven de elevada estatura y figura, aunque vulgar, gallarda y bien proporcionada.

Su tez morena estaba empañada por una palidez hija de los desórdenes; palidez que no puede equivocarse con la dulce y distinguida del estudio, ni con la interesante que extienden en las facciones los cuidados y las penas de la vida.

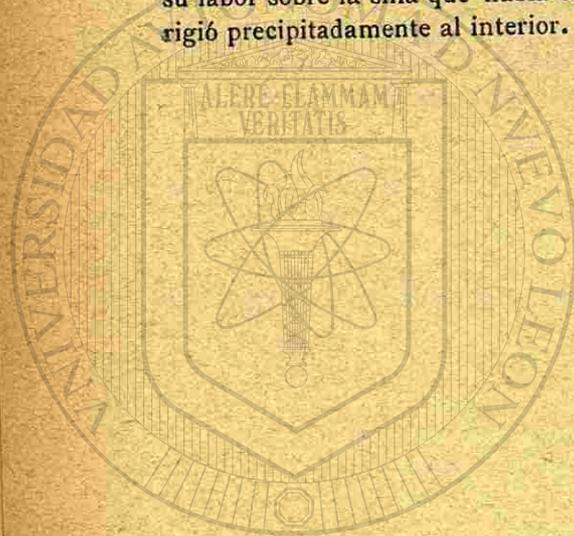
Sus ojos negros, de duro y receloso mirar, estaban rodeados de círculos morados, que acusaban asimismo graves desórdenes en su método de vida y gran falta de sueño tranquilo.

Tenía los cabellos negros y hermosos, naturalmente rizados, y en sus facciones había alguna semejanza con las de la joven, ó más bien lo que suele llamarse *aire de familia*.

—¡Yo pensé que estabas sorda!—dijo con enojo á su hermana, pues aquellos jóvenes no eran

vendas en los ojos, y se ven esta vida y la otra tales como son.

Oyóse el sonido de una campanilla en la habitación en que se hallaba la joven, y ésta, dejando su labor sobre la silla que había ocupado, se dirigió precipitadamente al interior.



VII

Cuando Lucía entró en la sala donde había sonado la campanilla, que era la segunda y la que servía de cocina—según indicaba un fogón de yeso que había arrimado á la pared,—un hombre había aparecido en la estancia y se paseaba por ella de mal humor y á pasos desiguales.

Era un joven de elevada estatura y figura, aunque vulgar, gallarda y bien proporcionada.

Su tez morena estaba empañada por una palidez hija de los desórdenes; palidez que no puede equivocarse con la dulce y distinguida del estudio, ni con la interesante que extienden en las facciones los cuidados y las penas de la vida.

Sus ojos negros, de duro y receloso mirar, estaban rodeados de círculos morados, que acusaban asimismo graves desórdenes en su método de vida y gran falta de sueño tranquilo.

Tenía los cabellos negros y hermosos, naturalmente rizados, y en sus facciones había alguna semejanza con las de la joven, ó más bien lo que suele llamarse *aire de familia*.

—¡Yo pensé que estabas sorda!—dijo con enojo á su hermana, pues aquellos jóvenes no eran

otros que Antonio y Lucía, los hijos de Juan Pedro y de Lorenza.—Tráeme el chocolate.

—No está hecho todavía,—respondió Lucía con timidez.

—¿Cómo?

—Que aún no está hecho: hoy te has levantado más temprano de lo que acostumbras.

—¿Estoy obligado á levantarme á una hora fija?

—Yo no digo eso... sino que te has levantado antes que otros días y que no está aún el desayuno... Voy á preparártelo.

—No es menester,—dijo Antonio deteniendo á su hermana con un gesto imperioso.

—¿No te desayunas?

—Iré al café, ya que para nada sirves.

—Antonio—dijo la joven,—esta vida no puede durar para mí: eres muy injusto conmigo. Has de saber que no está aún tu chocolate, porque no lo había en casa... ni tenía con qué ir á comprarlo: no me atrevía á decírtelo; pero ya que te irritas tanto por lo que no puedo remediar, es preciso que te lo diga: hoy no hay nada en casa para comer. Hermano, ¡esta situación no puede prolongarse por más tiempo!

—¿Y qué quieres decir con eso?—exclamó el joven lanzando á su hermana una mirada colérica.

—Que voy á tomar un partido... de esta manera sufro demasiado.

—Justo castigo de haber dejado la casa de tus padres,—observó Antonio.

—¡Y tienes valor de reconvenirme por haberlo hecho!—exclamó amargamente Lucía.—¿Qué hallaba ya en la casa donde hemos nacido? ¡A mi padre criminal! ¡A mi madre local! ¡A una mujer devorando el precio del crimen que se imputa á mi padre! ¿Debía quedarme allí?

—Sí: ese era tu deber.

—Tú me propusiste que huyera contigo.

—Y tú debiste rehusar. Nuestra hermana menor te daba el ejemplo.

—Lo hecho, hecho está, y no me arrepiento de ello—dijo Lucía;—pero no puedo vivir más á tu lado, Antonio. Tendría valor para compartir contigo una vida de trabajo, de escasez, de privaciones, si como compensación tuviera algún rato tu compañía y siempre tu interés y tu cariño; pero te has abandonado á una existencia de perdición, al juego, al ocio, á la estafa... me dejas sola toda la noche, todo el día, sin dinero, sin qué comer... ¿Cómo he de conformarme con esto?

—¿Pero cómo has podido pensar que al traerte conmigo me iba á constituir en tu acompañante perpetuo, en tu esclavo?—prorrumpió Antonio.—Déjame que busque á la fortuna, y, cuando la haya hallado, quéjate si no te doy tu parte.

—¡Ah! ¡No es el que has emprendido el mejor camino para hallar á la fortuna!—exclamó Lucía,—¡ni de ese modo la encontrarás jamás! La fortuna sólida y estable viene sólo por el trabajo y el talento.

—¡Palabrotas de tus novelas!

—A lo menos leo, es verdad: tú ni aun eso haces; pero los libros y mi propia razón me dicen que no es por medio del fraude y del juego como se adquiere la fortuna.

—¿Y de qué modo la puedo yo adquirir? ¿Qué sé yo hacer? ¿Para qué valgo? Para arar la tierra, y de eso me despedí ya para siempre.

—¡Y de eso te arrepentirás!—observó Lucía.—
¡No recaía sobre tí el deshonor de las faltas de nuestro padre, y lejos de eso era á tí á quien correspondía velar por la suerte de tus hermanas! ¡Tú debías haberme guiado en el camino del deber y haber sostenido mi fortaleza! A tí te pedirá Dios cuenta de todo lo que yo pueda hacer en adelante.

Antonio, que hasta entonces se había ido vistiendo, se puso la levita, tomó el sombrero y se dirigió á la puerta murmurando:

—¡Ya estoy harto de letanías!

—¿Te vas?—preguntó Lucía con voz alterada.

—Ya lo ves,—respondió Antonio.

—¿Y cuándo volverás?

—¿Cuándo?

—Sí.

—No sé.

—¿No me dejas dinero alguno?

—No tengo un ochavo.

—¿Sabes que no puedo comer hoy ni un pedazo de pan?

—Lo siento; pero te repito que no tengo qué darte.

Antonio desapareció al acabar de pronunciar estas palabras, y Lucía, dejándose caer sobre una silla, prorrumpió en lágrimas de cólera.

—No—dijo después de haber llorado durante algunos instantes,—no sufriré más esta vida vergonzosa y miserable. El escaso producto de mi bordado es también consumido por el juego, por esa maldita pasión que se ha apoderado de mi hermano: hasta hoy me han sostenido los preceptos de moral y de religión que mi madre me repetía en mi niñez; pero ya no quiero luchar más, es inútil... La virtud es á veces una gran tontería... Ese hombre tiene razón: los que vivimos mártires del deber somos unos necios.

Y esto diciendo, sacó Lucía de su bolsillo una carta, la desdobló, y se puso á leerla atentamente, como si desease afirmarse en una resolución vacilante todavía en su alma.

La carta decía así:

«¿De qué le sirve á usted, hermosa niña, vivir en la más triste soledad, y consumir sus días en un asiduo trabajo? ¿Quién le agradece la triste existencia que pasa? No puedo creer que sólo el cariño fraternal la impulse á tan inmenso sacrificio: si le une á usted otro afecto á su compañero, muy cobarde y muy infame es éste en pagar su amor con tal abandono; si es un esposo, no merece que usted guarde fidelidad á un amor que, si

existió, se ha apagado completamente, á juzgar por la conducta de ese hombre: como quiera que sea, no rehuse los medios que le ofrezco de romper ese odioso lazo, y fíese á mi amor.

»He pasado por su casa de usted á todas horas del día y de la noche, y la he visto siempre solitaria y triste: en las horas en que todos nos entregamos al descanso, usted vela infatigable y sola, sin oír una palabra dulce que la consuele, sin contemplar una boca amiga que le sonría. Pues bien, pobre niña: tan aflictiva situación puede cesar, y para ello sólo tiene usted que decir una palabra; un sí al pasar yo, sea pronunciado, sea escrito en un papel, y en la próxima noche, á la hora que usted designe, un poco de valor para abrir la puerta y salir á la calle. No necesita usted más.»

—¡Tendré todo ese valor y más que fuese necesario!—exclamó Lucía.—Sí: esta noche saldré de esta casa; pero ¡ay! ¡Para lanzarme al camino de la infamia no había necesidad de haber abandonado la casa de mi padre! ¡Allí era sólo desgraciada... aquí, además, seré culpable!

VIII

Lorenza halló en casa del vicario un bienestar y una tranquilidad que disiparon las sombrías nieblas de su alma, y la luz de la razón apareció de nuevo entre ellas más durable y más hermosa que nunca.

La vista de su alegre cuartito, embellecido por el cuidado y la grata presencia de Teresa; la satisfacción de hallarse rodeada de continuo de rostros serenos y apacibles; la compañía de León, que le lamía la mano frecuentemente; los alimentos sanos, y el descanso tranquilo, cambiaron el curso desordenado de sus pensamientos, y éstos hallaron un dique, á la manera que un desbordado torrente lo halla en un espeso bosquecillo de floridos arbustos.

Pero si tan risueñas imágenes curaron la alteración de su espíritu, no alcanzaron otro tanto con la de su salud, y á medida que su razón lucía más clara, su cuerpo se debilitaba y se iba inclinando hacia el sepulcro.

El vicario y Teresa lo conocieron así, y procuraron por todos los medios que la muerte de la in-

feliz esposa y de la desventurada madre fuese más feliz y tranquila de lo que lo fué su vida.

Lorenza se informó con sorprendente lucidez de todos los acontecimientos de su casa, y supo con resignación la instalación en ella de la taberna, causa de todas sus desgracias; pero al saber la huída de sus hijos, lágrimas arrancadas al fondo de su corazón subieron á sus ojos.

—¡Y he de morir sin verlos!—exclamó uniendo sus manos y alzándolas al cielo;—¡he de salir de este mundo sin darles mi última bendición y mi último consejo! ¡Dios mío! ¡este postrer dolor es el más grande, el más insoportable de todos!

El vicario le dirigió algunas palabras consoladoras, y le dijo que debía dar gracias á Dios porque aún le había dejado la compañía de Teresa.

—¡Yo se las doy desde lo más íntimo de mi alma!—exclamó la pobre Lorenza;—¡yo se las doy porque ha hecho de mi hija el ángel salvador de su padre y el mío! ¡Hija querida, tú serás dichosa porque has sabido llenar la misión de la mujer, que, como dice el señor cura, consiste en perdonar y amar! No la abandones nunca, porque el recuerdo de haber cumplido con su deber es la única felicidad positiva de la tierra.

Lorenza se iba extinguiendo poco á poco; pero la conformidad y la resignación parecían quitar todo el horror á su muerte.

Una tarde rogó á la buena Andrea que hiciera llamar á su marido.

—Me voy—dijo,—y quiero despedirme de él. Durante algunos años he sido dichosa al lado suyo, y aún lo sería á no haberse interpuesto entre ambos la fatal mujer que le ha perdido.

Contra lo que esperaban el vicario y la señora Andrea, Juan Pedro acudió al lecho de muerte de su mujer, que pidió que la dejaran sola con su marido.

Parecióle á Lorenza que le veía por la primera vez después de muchos años; pues aunque realmente había pasado algunas veces por debajo de la ventana de su cuarto en el tiempo de su demencia, nunca había llegado á verle de cerca.

Al mirar viejo, abatido, flaco y con la angustia del remordimiento en la frente, al hombre que había amado joven, alegre y honrado, Lorenza experimentó un sentimiento de profunda lástima.

—¡Qué cambiado te hallo, Juan Pedro!—exclamó mirando al desgraciado, que, sentado junto á su lecho, tenía la cabeza inclinada y una actitud profundamente abatida.—Cuando vaya á ver á mi pobre madre, que será hoy mismo, podré decirle que has expiado el crimen de darle la muerte.

—¡Perdón, Lorenza!—murmuró Juan Pedro cubriéndose el rostro con las manos.

—Te he querido mucho y durante mucho tiempo para no perdonarte ahora—dijo Lorenza;—y has sufrido tanto, que también mi madre debe haberte perdonado ya. Pobre, abandonado de tus hijos, perseguido por los remordimientos, ¿qué

más castigos puedes ya sufrir? ¡Sólo te queda el camino del arrepentimiento, y únicamente en él hallarás la luz! Juan Pedro, renuncia á esos lazos malditos, á los cuales has sacrificado el amor de tu familia y el reposo de tu vida entera; ¡arrepíentete! Haz penitencia para que puedas esperar á la muerte sin terror; abandona á esa mujer, y ve á buscar á tus hijos para separarlos, si puedes, del camino de la perdición.

—¡Á buscarlos! ¿Dónde habrán ido? ¿Dónde los encontraré?

—En Madrid. Teresa oyó decir á su hermana que se iban allí; ve tú también y haz por encontrarlos.

—¡Imposible!—murmuró Juan Pedro.—¿De qué medios he de valerme?

—Nada es imposible cuando hay una firme voluntad.

—Y además, ¿qué prestigio puedo yo tener ya sobre mis hijos? De seguro que han huído de mi lado porque saben mi crimen.

—Lo saben y por eso han huído.

—Serán sordos á mi voz; ¡se burlarán de mí!

—Esa es la primera expiación que Dios te impone por esta boca que en breve va á quedar muda para siempre—dijo Lorenza.—De los bienes de mi madre apenas ha dejado ya nada la voracidad de esa mujer; lo que queda debe ser de lo poco que poseíamos: reúnelo todo y vete con Teresa. Cuando no sepas qué hacer, consúltaselo á ella, que es

un ángel de talento y de bondad. Tus hijos han huído de tí, porque eras culpable: búscalos arrepentido, y luego emplea el resto de tu vida en pedir al cielo tu perdón.

Una congoja apagó al llegar aquí la voz de Lorenza, que cerró los ojos y quedó inmóvil.

Su marido, asustado, pidió socorro, y la loca volvió á recobrar el conocimiento.

—Que venga Teresa—dijo.—Pronto, pronto, porque ya me restan pocos instantes de vida.

Un momento después, Teresa se inclinaba sobre el lecho de su madre con el rostro lleno de lágrimas.

—Hija mía—le dijo Lorenza,—á tu padre y á tí os dejo una misión ardua y difícil de cumplir: la de buscar á tus hermanos. No le abandones tú, ayúdale, guíale, aconséjale y no te separes de él; no pienses en que es culpable ni en la dura indiferencia con que te ha tratado, ni en sus crueldades conmigo: piensa sólo en que es tu padre, en que es desgraciado y está triste; en que tú eres su único apoyo en el mundo y la sola persona que le puede amar. Hija mía, no te separes de él... ¿me lo prometes así?

—Sí, madre mía—respondió Teresa:—no me separaré de su lado.

—¿Le seguirás á Madrid?

—Sí, señora.

—¿Tendrás valor para alejarte de Tiburcio?

—¿Por qué no le había de tener, madre mía?

—Él te quiere... Desde que mi razón ha vuelto, he vuelto también á ser madre: yo lo he conocido, y tú, hija mía, no puedes esperar muchas afecciones sobre la tierra.

Teresa enjugó una lágrima y dijo haciendo un esfuerzo:

—Seguiré á mi padre.

—Tu destino es sin duda vivir entre el dolor y las penas, pobre ángel mío—dijo Lorenza besando á su hija en la frente;—pero acéptale sin murmurar; también lo ha sido el mío: he sufrido mucho, pero en silencio... tú lo sabes... he perdonado... he amado... y ahora voy á buscar confiadamente el eterno descanso.

Lorenza, fatigada, calló, y sus labios se movieron desde entonces suavemente como si rezase.

Teresa, de rodillas junto al lecho, lloraba en silencio.

Una cabeza juvenil, pero llena de tristeza, se asomó á la puerta y contempló un instante á la madre y á la hija, retirándose en seguida.

Dos horas después, Lorenza exhalaba el último suspiro, rodeada del vicario, de su esposo y de su hija.

Un poco antes de morir, tomó la mano de Teresa y buscó la de Tiburcio, que también se hallaba allí, procurando unirlos.

Pero sus fuerzas no llegaron á conseguirlo, y la infeliz miró de una manera suprema al sacerdote.

Éste leyó su pensamiento en aquella mirada é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Juan Pedro salió para su casa, que estaba cerca de la del cura.

Era al caer de la tarde.

El sol se escondía, y las flores daban sus más dulces y penetrantes perfumes.

En la iglesia se oían los cantos de las jóvenes del pueblo que celebraban el primer día de Mayo.

Juan Pedro se detuvo, creyendo, en la ilusión de su cerebro debilitado por los excesos y las vigiliass, que eran voces de ángeles que llevaban al cielo el alma de su mujer.

Su fisonomía se transfiguró y adquirió una expresión de melancolía muy distinta de la feroz tristeza y amargo malestar que antes se advertía en ella.

Aproximóse el labrador á la iglesia, elevó al cielo los ojos, unió sus manos y se dejó caer de rodillas sobre la verde alfombra que cubría el campo.

—¡No me atrevo á entrar en vuestra casa, Señor!—dijo.—Estoy manchado de sangre, y antes es preciso que deposite mi crimen en el Tribunal de la Penitencia; pero desde aquí pido perdón á vuestra misericordia, y os doy gracias porque habéis suspendido sobre mi cabeza la espada de vuestra justicia. Sin duda que las nuevas ideas que germinan en mi alma se deben ya á que la santa compañera de mi vida ruega por mí en el cielo... ¡Bendito seáis, Señor, porque, aun des-

pués de su muerte, habéis permitido que vele por este miserable pecador!

Juan Pedro se levantó después de haber rezado durante algunos instantes.

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus facciones, tanto tiempo comprimidas por la cólera y el dolor, parecían como dilatadas por una dulce esperanza.

¡Cosa extraña! De la muerte de una santa y sencilla mujer, brotaba la vida del alma del hombre fuerte y culpable.

Encaminóse Juan Pedro á su casa y entró en ella sin llamar, porque estaba la puerta abierta; después se dirigió á su cuarto, y lo halló solo.

Corrió en seguida á la sala contigua, y la halló también abierta y sola.

Los cofres tenían las tapas levantadas y estaban vacíos.

Una antigua cómoda, que allí había, estaba asimismo abierta y desocupada.

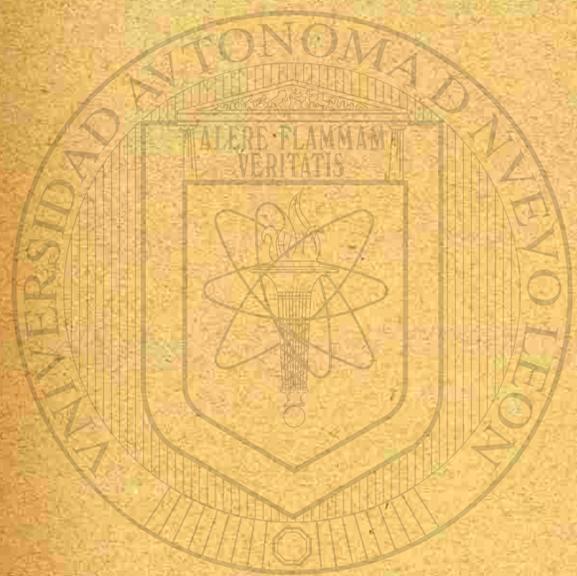
Juan Pedro comprendió á la primera ojeada que le habían robado.

Pero en vez de acongojarse, su corazón se sintió aliviado de un peso terrible, al pensar que la autora del hurto era Braulia, y que ésta debía haber huído con el producto de su crimen, dejándole libre.

Juan Pedro recorrió la casa llamando á la antigua tabernera, y únicamente halló el silencio por respuesta.

Fué al sitio donde tenía el dinero: todo había desaparecido.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó;—ya estoy libre de esa mujer; por ella robé, y ella me alivia del peso de mi robo y de su odiosa presencia. ¡Ahora no abandonéis á mi Teresal Haced que halle siquiera el pan de la limosna para dárselo, y concededme la dicha de encontrar á mis desgraciados hijos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

—Verdaderamente, señor don Benigno, que así Tiburcio como yo vamos á quedarnos ahora como cuerpos sin sombra,—decía tristemente la señora Andrea, arreglando en una maleta la ropa blanca del señor cura, que, sentado ante su mesa de escritorio, ponía en orden algunos papeles.

—¿Por qué dice usted eso, querida Andrea?—preguntó el amable párroco sin alzar la cabeza.

—¿Por qué lo he de decir, señor? Ya ve usted, Teresita se marcha... y usted también; ¡hasta la pobre Lorenza acaba de morir! Se va uno quedando sin amigos, y sin usted, que es lo peor.

—Ya sabe usted que volveré muy pronto.

—Ya sé que va usted á hacer una obra de caridad; pero, francamente, me parece que es demasiado pesada, y yo no la haría.

—La caridad, Andrea, es siempre un peso muy ligero.

—Para usted.

—Debe serlo para todos.

—Lo que es yo, repito que no haría tanto por ese Juan Pedro, que jamás ha sido bueno.

—Al malo es á quien hay que ayudar; el bueno no necesita socorro.

—Como si no supiéramos todos que él ha ocasionado la locura y la muerte de la pobre Lorenza, á la que tuvimos que sacar de su poder.

Don Benigno sonrió tristemente.

Nadie sabía en el pueblo que Juan Pedro era el asesino de su suegra; sólo sus hijos estaban enterados de su crimen: dos de éstos, los mayores, habían huído, y para la menor era más fácil morir que descubrir á su padre.

Y, sin embargo, como el crimen lleva consigo una marca terrible, todos, sin duda por instinto, temían y odiaban á Juan Pedro.

—De modo—prosiguió Andrea,—que porque ese hombre se ha dejado arruinar por la mala mujer con quien ha tenido trato tantos años, ahora le da usted dinero para que vaya á buscar á los hijos que se fueron huyendo de él.

—Puesto que va á cumplir con un deber sagrado, con un deber que su mujer moribunda le encargó, es preciso ayudarle.

—¿Y es preciso acompañarle también?

—Sí, Andrea.

La buena mujer calló; pero meció la cabeza con aire de incredulidad y descontento.

—Es necesario que tengamos caridad para nuestros prójimos—dijo el párroco.—No solamente voy con Juan Pedro hasta Madrid, sino que luego le acompañaré á Roma.

—¿Y á qué va él á Roma, señor?

—No sé. Desea ir.

—Si por desearlo fuese, yo también iría.

Una voz dulce é infantil se oyó entonces debajo de la ventana, y el sacerdote hizo señas á la señora Andrea para que callase, acercándose para escuchar.

—No llores de esa manera, Tiburcio—dijo la vocecita argentina:—¡me partes el corazón!

—Poco se conoce cuando te vas—observó el hijo de Andrea.—¿Por qué no te quedas con nosotros?

—¿Y he de abandonar á mi padre?

—¿No va con él el señor cura?

—No importa: mi deber es seguirle.

—¡Tu deber! Dí que lo que quieres es ir á Madrid.

—¡Y para qué he de querer yo ir á Madrid!—exclamó la niña con una triste sonrisa;—¿qué he de hacer allí? ¡Si fuese bonital... Pero ¡ya ves cómo soy!

—¡Más lindas que tu cara no hay dos!

—Pero ¿y mi cuerpo?

—¡Yo no lo encuentro feo tampoco! Lo que sé decirte es que eres la que me pareces más bonita del pueblo. Cuando eras pequeñita, me dabas mucha lástima al ver la mala vida que te daban; más de una vez he llorado al encontrarte camino de la fuente con un cántaro que pesaba más que tú...

—Y que me llevabas hasta la puerta de mi casa casi siempre.

—¡Si hubiera encontrado entonces á tu hermana!... No puedes imaginarte cuánto la aborrecía, porque te dejaba cargar con tan rudos trabajos: hubiera querido estar en el lugar de Antonio para haberle hecho andar á ella bien derecha; y por ir ahora á buscar á esos hermanos ingratos, ¡dejar el pueblo y á los que tanto te queremos!

—¡Dios sabe cuánto lo siento, mi buen Tiburcio!—exclamó dolorosamente Teresa.—¡Dios sabe que aquí se queda la mayor parte de mi corazón! Pero debo acompañar á mi padre.

—¡Sí: como te ha dado en este mundo tantas pruebas de cariño!

—Eso no es cuenta mía.

—Teresa—exclamó el sacristán exasperado de la terquedad filial de la joven,—he de hablarte francamente: yo te he querido siempre y te quiero aún con toda mi alma; pero...

—¿Pero qué?—preguntó Teresa con una angustia que no podía disimular.

—Que cuando tú vuelvas es fácil que me halles casado.

—¡Casado!—repitió la joven palideciendo,—casado!

—Sí, casado con María, la hija del herrero: ella me tiene afición; su padre y su madre lo han conocido y desean que se lleve á cabo la boda: ya sabes que es bonita, muy bonita...

—¡No niego yo que lo sea!—exclamó tristemente Teresa,—no. Soy la primera en reconocer su belleza y mi deformidad.

—Y, sin embargo, Teresa, tú me gustas más... á tí te quiero con pasión... ¿Por qué me dejas?

—Porque es mi deber. Mira, Tiburcio, si fuera tu mujer, haría lo mismo por tí: sería tu compañera, tu amiga, la que consolaría tus penas constantemente; así comprendo el matrimonio. Ahora me debo á mi padre.

—Sólo con que se lo propusieras, te dejaría en el pueblo.

—Jamás haré semejante cosa, Tiburcio.

—¡Porque no me quieres!

Teresa miró al sacristán de un modo que no dejaba lugar á la menor duda acerca de su cariño.

—¿Quieres que se lo insinuemos mi madre ó yo?

—No.

—¿O que se lo diga el señor cura?

—Tampoco.

—¿Pero por qué?

—Basta que te asegure, Tiburcio, que aunque mi padre quisiera dejarme, yo no me quedaría.

—Entonces—dijo friamente el sacristán,—repite lo dicho: me encontrarás casado cuando vuelvas.

—Tú harás lo que quieras.

—Puedes hacer tú lo mismo en Madrid.

—¡Yo casarme! ¿Quién me ha de querer á mí?

—preguntó Teresa con una triste sonrisa.

—¿No te he querido yo?

—No hallaré otro.

—¡Y, no obstante, me dejas! Esto prueba que cuentas con que otro amor ocupe el lugar del mío.

—Tiburcio—dijo Teresa, cuya voz tomó un acento grave y solemne,—te aseguro que no me casaré con nadie: Ahora tú cástate si quieres; eres dueño de tu voluntad, y no te reconvendré por lo que hagas.

Dichas estas palabras, Teresa corrió al lado de su padre para ayudarle en los preparativos de su viaje.

—¡Pobre Tiburcio!—exclamó la señora Andrea, quien, lo mismo que el vicario, había oído toda la conversación precedente.

—¡Pobre Teresa!—repuso el cura.—Ha nacido condenada á ser mártir de su deber. Tal vez me engañe, y se lo pido á Dios; pero creo que sólo en el cielo hallará su recompensa.

X

Como un mes después del día en que tuvieron lugar las escenas referidas, y en un suntuoso gabinete de una casa de Madrid, se hallaban dos personas á eso de las nueve de la noche.

La una era una señora de edad avanzada, de figura noble y altiva, y cuyo semblante conservaba restos de hermosura y á la par de un orgullo extraordinario y lleno de dureza.

La otra persona era un sacerdote de hermosa presencia y también de edad avanzada, aunque no de tanta como la dama.

Lo que en ésta era dureza y altanería, en aquél era bondad y dulzura. Los grandes ojos del sacerdote, de un azul oscuro, retrataban á la vez un elevado talento y una sensibilidad exquisita; el semblante de la dama estaba contraído por la expresión de una profunda cólera; el del sacerdote expresaba, al mismo tiempo que un dolor agudo, una conmiseración que no excluía el desprecio.

La habitación era magnífica.

Por todas partes se veían dorados espejos y terciopelo; las consolas estaban cargadas de juguetes de la China, de plata y oro.

Pero, en medio de este fausto, se advertía al-

go de monástico y de profundamente devoto y riguroso.

Lo mismo expresaba el traje de la anciana señora: era de rica seda; pero hecho con una sencillez que alejaba toda idea de elegancia y de buen gusto.

Sus cabellos, ya grises, alisados con pomada, se recogían detrás de la oreja, con esa beatería que está á dos pasos de la estupidez; no llevaba ni cuello blanco, ni mangas de encaje, ni otra joya que una sortija de oro liso en el dedo anular de la mano izquierda, flaca y descarnada como su compañera.

Mirando bien á aquella señora, se comprendía que aparentaba más edad de la que realmente tenía, y que los rigores de grandes penas, ú otra cualquiera causa, la habían demacrado antes de tiempo.

Al sacerdote le conocemos, porque no era otro que nuestro amigo don Benigno, el virtuoso párroco de Cabañas.

—Emilia— dijo dirigiéndose á la dama, —pocas veces en mi vida te he encontrado razonable, ¡y, sin embargo, pocas veces lo he sentido tanto como ésta!

—Primo mío— repuso la dama, —ya sé que nunca nos hemos podido entender, por cuya razón no es extraño que ahora suceda lo mismo.

—¿De modo que accedes á que tu hijo se case con esa pobre joven?

—No solamente accedo, sino que lo deseo. El lujo de que la ha rodeado y su belleza han puesto tan en evidencia su trato escandaloso, que no queriendo él dejarlo, no hallo otro remedio que el matrimonio para asegurar su salvación y la de esa desventurada criatura.

—Vuelvo á repetirte que tu hijo no piensa ni ha pensado jamás en casarse con ella.

—Y yo te repito que ya lo sé.

—¿Y á pesar de eso?...

—A pesar de eso, quiero que se case y se casará.

—Y la hará infeliz.

—¿Qué importa? ¡Sobrada dicha es para esa labriega el alcanzar á mi hijo por marido!

—¡Es que él tampoco será dichoso!

—También lo supongo, porque es probable que, así que sea su marido, se le acabe el amor; pero los hombres se saben buscar distracciones.

—¡Emilia! ¿Es ésta tu rigidez en materia de religión? ¡De modo que piensas asegurar la tranquilidad de tu conciencia haciendo desgraciadas á dos personas, una de las cuales es tu hijo! ¡Extraña religión es la que profesáis los santurrones como tú!

—¡La tuya sí que es extraña!

—No hay tal.

—¿Es decir, que es preferible que continúe en su trato criminal? ¿Que esa mujer siga viviendo públicamente con mi hijo?

—Lo preferible y lo que debe hacerse es que ese trato se rompa, que ella se vuelva á su aldea y que él se case con una mujer á quien verdaderamente ame.

—Si tú puedes conseguir que Federico haga todo eso, creeré en la opinión de santo que tienes, primo mío.

—¿No le has hablado tú en ese sentido?—preguntó don Benigno desentendiéndose de la pulla de la beata señora.

—Sí; pero yo no tengo el poder de convencer á mi hijo. Si le ordeno, me obedece; pero nada más.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?—exclamó con amargura el sacerdote:—tu fatal sistema de dureza y de intolerancia! El haber querido ser siempre, antes que su amiga, su jefe supremo; el haber hecho de nuestra santa y hermosa religión, que tanto debe amparar á los jóvenes, el azote de todas sus inclinaciones! He ahí el resultado.

—Benigno—repuso la señora,—ya sabes que siendo muy jóvenes los dos, nos amamos, y que estuvo en muy poco el que nos uniéramos por los lazos eternos del matrimonio; y sabes también que, después de estudiarnos mutuamente, ambos renunciarnos á casarnos.

—Sí—respondió el párroco:—tú, educada por una madre demasiado devota, no podías tener las ideas que yo, educado por un padre demasiado... despreocupado; pero ¿cuánta más lealtad ocultaban los desórdenes de mi buen padre, que los alar-

des de santurronería de tu madre, Emilia? ¡Y cómo han dado ambas cosas sus necesarios resultados! Tú has llevado una vida bastante libre: te entregabas á todos los placeres durante seis meses, y pasabas luego un año encerrada, confesándote y haciendo penitencia; cuando te parecía que ya habías expiado tus culpas, volvías á cometer otras nuevas, y cada día decías con la más completa confianza:

—Hago mal, ya lo sé; pero luego rezaré y oiré muchas misas, y en todo caso, si algo dejo pendiente, me queda la vejez para arrepentirme.

—¿Era acaso más laudable el escándalo que daban las aventuras de tu padre y las tuyas también?

—¡Escándalos!—repitió con una generosa indignación el sacerdote.—Mi padre era hombre, y como tal, tenía pasiones; pero ¿ha habido modelo más cumplido que él de hidalguía, de nobleza y de generosidad? La alta, sabia y poderosa justicia de Dios habrá ya apreciado su vida; pero si aun en la justicia de los hombres se pusieran en una balanza lo que tú y los tuyos llamáis locuras y sus beneficios, seguro es que el fiel se inclinaría al lado de éstos. Yo nunca le temí como hoy te teme tu hijo, y él fué siempre mi mejor amigo.

—Bueno será que no perdamos el tiempo en convencernos hoy, cuando el amor no lo ha logrado—dijo secamente la anciana señora.—Fijemos lo que conviene hacer, porque mi hijo estará

pronto de vuelta: si tú puedes persuadirle de que debe dejar esas relaciones que son hoy el escándalo de Madrid, me alegraré mucho; si, por el contrario, se empeña en seguir así con esa mujer, que se case: esto es lo que me ha aconsejado mi confesor.

—¿Pero tú conoces á esa joven?

—No por cierto: jamás he sabido quién es.

—¿Y no la quieres ver?

—Hasta que sea la esposa de mi hijo, no.

—¡Mira, Emilia, que puedes arrepentirte un día de lo que sea!

—Me conformaré con la voluntad de Dios; miraré mis penas como el castigo de mis culpas.

El vicario hizo un gesto de impaciencia y permaneció silencioso durante algunos instantes.

Luego, como cediendo á una idea repentina, dijo á su prima:

—¿Sabes á lo que he venido yo á Madrid?

—Sin duda á asuntos de tu curato,—respondió aquélla.

—No: he venido acompañando al padre y á la hermana de Lucía. El padre viene á rescatar y á hacer volver al buen camino á esos hijos que huyeron de casa, porque Lucía se ha venido con un hermano suyo.

—Bien: ¿y qué?

—¿Qué? ¿No quieres ver á su familia? ¿informarte de ella?

—No creo que haya necesidad de hacerlo.

—¿Y si el padre fuese un malvado, un criminal?

—Dios me tomará en cuenta el dolor de semejante alianza.

—¡Qué triste manía es la de mezclar á Dios en todas las miserias humanas!—exclamó el párroco.

—¿Acaso negarás también que Dios está en todo?

—No puedo negar eso; ¿pero no nos deja Dios el libre albedrío? ¿No somos dueños de nuestro raciocinio? Emilia, nadie se alegraría tanto como yo de este casamiento, porque desprendido ya de todas las vanidades mundanas, mi mayor afán es el de ganar almas para el cielo; pero temo que en esta desgraciada unión haya para tu hijo muchos dolores, y para Lucía muchas lágrimas que hoy podrían evitarse.

—Ellos se arreglarán como puedan. De todas maneras, el matrimonio es siempre un manantial inagotable de pesares.

—¿Quién lo ha dicho?—exclamó don Benigno calurosamente.—¡El matrimonio manantial de pesares! ¿Dónde hay una institución más bella y más saludable?

—Dígalo el mío.

—Juzgando por tí, también deberías decir que no hay nada que cause tantas penas como el tener hijos, lo que sería otra blasfemia social y cristiana: de todas tus penas conyugales y maternas echa la culpa á tu sistema especial, no á la institución.

—¿Por qué has huído tú de tener esposa é hijos si tan buena cosa es?—preguntó la anciana con acritud y como herida del último argumento de don Benigno.

—No he huído de tenerlos—repuso éste:—es que no hallé en mi camino ninguna mujer que fuese digna de ser mi compañera, ni que reuniera las condiciones que yo deseaba para la que llevase mi nombre; y luego, querida mía, he sufrido algunos amargos desengaños; al fin de ellos hallé á Dios: ¡bendita sea su santa Providencia y su augusta mano que me atrajo hacia Él!

—¡Aquí está mi hijo!—dijo la señora oyendo la campana del portero, que anunciaba la llegada de una persona.—Háblale y mira á ver si renuncia á esa mujer. Si no la abandona, que se case al instante con ella: ¿lo oyes? ¡al instante!

Y para no dar á don Benigno lugar de que le hiciese ninguna otra objeción, la Condesa de Revilla—pues era el título que llevaba la orgullosa prima del sacerdote—salió de la habitación.

XI

Un instante después se oyeron los pasos ligeros de un joven, si bien en su modo de andar se percibía una timidez y una violencia como la que se emplea al entrar en la iglesia ó en un claustro.

Abrióse la puerta: el joven asomó la cabeza con recelo y miró al interior de la estancia.

Su figura era bella: en su semblante había todos los rasgos característicos de una naturaleza apasionada y vehemente; ardía en sus negros ojos el fuego de la juventud y de las pasiones, y en el ligero pliegue que se advertía á cada lado de su boca se veía retratada la firmeza, ó más bien la terquedad de una voluntad inquebrantable.

Al contemplar á la madre con su aspecto monástico y al hijo con el suyo violento y decidido, un pensador se hubiera estremecido por el presente y el porvenir del último: nada había en ambos de esa admirable semejanza que es hija de la íntima simpatía de la sangre y del cariño. Aquellas dos naturalezas se rechazaban, se repelían.

Era evidente y era también forzoso que la madre ordenase con despotismo, y que el hijo se rebelase con terquedad, aunque lo disimulase con hipocresía.

—¿Por qué has huído tú de tener esposa é hijos si tan buena cosa es?—preguntó la anciana con acritud y como herida del último argumento de don Benigno.

—No he huído de tenerlos—repuso éste:—es que no hallé en mi camino ninguna mujer que fuese digna de ser mi compañera, ni que reuniera las condiciones que yo deseaba para la que llevase mi nombre; y luego, querida mía, he sufrido algunos amargos desengaños; al fin de ellos hallé á Dios: ¡bendita sea su santa Providencia y su augusta mano que me atrajo hacia Él!

—¡Aquí está mi hijo!—dijo la señora oyendo la campana del portero, que anunciaba la llegada de una persona.—Háblale y mira á ver si renuncia á esa mujer. Si no la abandona, que se case al instante con ella: ¿lo oyes? ¡al instante!

Y para no dar á don Benigno lugar de que le hiciese ninguna otra objeción, la Condesa de Revilla—pues era el título que llevaba la orgullosa prima del sacerdote—salió de la habitación.

XI

Un instante después se oyeron los pasos ligeros de un joven, si bien en su modo de andar se percibía una timidez y una violencia como la que se emplea al entrar en la iglesia ó en un claustro.

Abrióse la puerta: el joven asomó la cabeza con recelo y miró al interior de la estancia.

Su figura era bella: en su semblante había todos los rasgos característicos de una naturaleza apasionada y vehemente; ardía en sus negros ojos el fuego de la juventud y de las pasiones, y en el ligero pliegue que se advertía á cada lado de su boca se veía retratada la firmeza, ó más bien la terquedad de una voluntad inquebrantable.

Al contemplar á la madre con su aspecto monástico y al hijo con el suyo violento y decidido, un pensador se hubiera estremecido por el presente y el porvenir del último: nada había en ambos de esa admirable semejanza que es hija de la íntima simpatía de la sangre y del cariño. Aquellas dos naturalezas se rechazaban, se repelían.

Era evidente y era también forzoso que la madre ordenase con despotismo, y que el hijo se rebelase con terquedad, aunque lo disimulase con hipocresía.

Y, sin embargo, aquella fisonomía, dura y contraída, se dilató, y se abrió, como una flor que recibe un rayo de sol, al ver al sacerdote.

Sus ojos se velaron con una lágrima de ternura; sin saberlo un largo suspiro de tranquilidad y satisfacción se escapó de su pecho, y sus labios se entreabieron con una bella sonrisa.

La nube negra de la hipocresía y del disimulo se disipó para dejar ver el cielo azul y puro de la hermosa juventud.

—¡Tío mío! ¡mi bueno, mi querido tío!—exclamó el joven estrechando contra su pecho al sacerdote;—¡gracias á Dios que puedo abrazarle á mi gusto! Ahora no está mi madre, y ya sabe usted que esta mañana sólo me permitió estrecharle la mano:

—No eres tú, hijo mío, el que halla más placer en que nos veamos solos—dijo don Benigno correspondiendo á las caricias del joven:—siéntate á mi lado, y hablaremos.

—Sí, sí: hablemos, querido tío.

—Tu madre acaba de salir de aquí—dijo el vicario,—y me ha encargado que me entienda contigo acerca de cierto asunto.

—¡Ah! ¡Ha salido ahora de aquí mi madre!—repitió el joven Conde de Revilla, en cuyo rostro se pintó la desconfianza.

Y casi en el mismo instante sus facciones se volvieron á encoger y cerrar como la sensitiva al aproximársele una mano ruda.

—Mi querido Federico—dijo con dulzura el párroco,—veo con gran pena que entre tu madre y tú no existe la mejor armonía, y esto es una cosa muy triste. Tú eres su hijo único: si no espera de tí respeto y cariño, ¿de quién puede esperarle?

—Cariño y respeto le doy, tío mío.

—Pero lo segundo en una dosis mayor que lo primero, ¿no es cierto?

—No lo puedo negar: mi madre es dura; yo al tivo; ella... madre; yo, hombre. Nada más tengo que decir á usted de lo que pasará entre los dos.

—¿Pero no amas á tu madre, hijo mío?

—La amo, y, sin embargo, no puedo olvidar que su carácter de hierro mató á mi noble y buen padre.

—Le hirió la muerte, porque Dios lo dispuso así.

—Mi madre le daba un pesar por hora, señor.

—Y bien, hijo mío: no eres tú el que debe pedir cuentas de eso á tu madre. Dios se las pedirá; entre tanto, sólo te toca obedecerla y respetarla.

—Ya la respeto y obedezco aún más de lo que usted puede pensar.

—Ahora voy á pedirte una prueba de ello. Tu madre desea que dejes unas relaciones que la hacen sufrir mucho, que hieren su conciencia y que, por lo mismo, le quitan el reposo.

—¡Jamás!—respondió Federico bruscamente.

—Y si yo te pidiese que las dejases, ¿qué me responderías?

—Que no podía complacerle.

—¿Por qué?

—Porque amo á esa mujer con toda mi alma.

—Hijo mío, es preciso que hagas un esfuerzo y que pruebes, á lo menos, á separarte de ella.

—¡Imposible, tío mío, imposible!

—Escucha antes de responder así. Esa mujer es hija de un hombre criminal: no puedo decirte lo que ha hecho; pero es un criminal, aunque arrepentido.

—Nada me importa.

—Su familia es muy humilde.

—Ya sé que Lucía es hija de labradores; pero labradores eran también nuestros primeros padres.

Esta filosófica respuesta hizo reir al venerable párroco, que prosiguió:

—Una hermanita suya ha quedado hoy colocada en el taller de una florista, porque su padre, á causa de sus muchos errores, se ve envuelto en la mayor pobreza: tanto es así, que tengo yo que mantenerle, y la niña quiere aprender á ganarse la vida.

—Yo la llevaré al lado de su hermana, para que tenga una existencia descansada y feliz.

—¡Al lado de Lucía, pervertida ya!—exclamó el sacerdote; —¡á ella, á Teresa, que es un ángel! ¡Jamás!

—¡Lucía es tan buena, tío mío! ¡tan buena y tan hermosa! Nada perdería su hermana en estar al lado suyo.

—Eso es imposible por ahora, y á menos que no adoptes un segundo partido que te voy á proponer. Oyeme aún con un poco de paciencia, hijo mío: yo vine á Madrid con el padre de Lucía, que quería buscar á sus dos hijos mayores, que habían huído de su lado; no quise dejar solo al pobre hombre en tan ardua empresa, pues el arrepentimiento de sus errores era muy reciente, y temí que no fuese tampoco muy durable; acompañé, pues, al desventurado pecador, y su hija menor no quiso dejarle: aún no sabía de qué medios valerme para hallar á sus hijos, cuando vine á abrazar á tu madre, á la que hacía bastante tiempo que no veía, aunque me escribía con alguna frecuencia. Ella se me quejó amargamente de tus extravíos, y me nombró al objeto de ellos, que era justamente una de las dos pobres criaturas que buscábamos.

—¡Y qué, tío mío! ¿Acaso usted y el padre de Lucía quieren que se vuelva á su aldea?

—Sin duda.

—¡Ah, ah, ah!... ¡Vaya una idea peregrina!—exclamó Federico riendo á carcajadas;—¡irse ella otra vez al lugar! Ella, tan loca, tan alegre, que monta á caballo como la mejor amazona, que dirige un coche admirablemente, que sólo vive del lujo, de las galas, de los perfumes, de llamar la atención, en una palabra. ¡Ah, tío mío! Usted, que

ha sido un hombre de mundo, la verá y se vencerá de que, aunque yo quisiera abandonarla —y nada está más lejos de mi pensamiento,— aunque se la llevaran diez veces al pueblo, otras tantas se volvería á Madrid, donde tanto nombre tiene, donde en cada paso que da obtiene un triunfo.

—¿De modo que no piensas romper esas relaciones?

—No, señor.

—Entonces, cástate con ella.

El Conde miró asombrado á don Benigno.

—Te repito que te cases con ella—dijo éste:— tu madre lo desea; es más, te lo exige.

—¡Mi madre!

—Sí: dice que su conciencia estará más tranquila con que el matrimonio ponga fin á esas relaciones, que con que sigan como hasta aquí.

—¡Entonces empezaré desde mañana á disponerlo todo!—exclamó Federico.—¡Oh, dichal ¡Oh, ventural ¡Oh, felicidad sin límites!

—¡Desdichadol—repuso el sacerdote;—¿darás tu nombre, el nombre respetado de tu padre, á esa mujer?

El joven miró á su tío casi con terror, y bajó los ojos.

—Señor—dijo,—Lucía era pura cuando me conoció: vivía de un trabajo material, agobiador, horrible. Si cedió á mis ruegos, fué porque la necesidad le asediaba: su hermano se llevaba al juego hasta lo que ella ganaba con su aguja.

—Hijo mío—dijo el sacerdote con la dulce calma que le era habitual,—puesto que crees posible casarte con esa pobre joven, no quiero—por si acaso esto sucede—envenenar tu ánimo infundiéndote recelos para el porvenir; pero piénsalo bien, y considera que puedes, haciéndote á tí muy infeliz, hacerla también á ella completamente desventurada; piénsalo hasta mañana, y deja que hable yo á Lucía.

—¿Para persuadirla de que se debe ir con usted?—preguntó sobresaltado el Conde.

—Sí: no quiero negártelo.

—¡Oh, sublime valor el de la verdadera virtud! ¡Qué distinto eres del cruel ensañamiento de la santurronería!—exclamó el joven;—mas á pesar de la magia de su lenguaje, no temo á la persuasión de usted, tío mío: Lucía me ama.

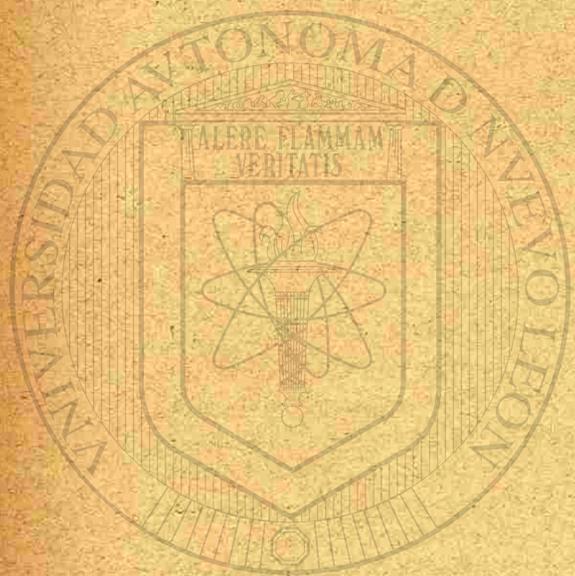
—¡Ojalá, hijo mío, que puedas decir siempre otro tanto!

—Tome usted las señas de la casa en que vive,—dijo Federico dando á su tío una tarjeta.

—Reflexiona hasta mañana por la noche, Federico; y cuando venga á verte, respóndeme de un modo definitivo.

—Mi respuesta será rogar á usted que se espere para bendecir mi unión con Lucía.

Tío y sobrino se estrecharon la mano, y el primero salió para buscar la casa de la hija de Juan Pedro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

En la noche de aquel mismo día, don Benigno se dirigió á casa de Lucía.

Ocupaba ésta un pequeño, pero suntuoso, palacio, situado en la calle de Alcalá, cerca ya de la salida del Prado, bañado de sol en el invierno y de sombra en el verano.

Después de la gran puerta de entrada, había una verja que llevaba á un reducido jardín, dentro del cual se alzaba la casa con su fachada blanca y graciosa y sus ventanas con persianas verdes.

No se oía allí ni ruido incómodo de coches y de vendedores, ni ninguno de esos importunos rumores de las ciudades populosas que la clase media sufre y que el rico no conoce.

Porque para la clase media son todas las desventajas de las grandes ciudades, y para los opulentos todos sus placeres.

Lucía no estaba, ni había estado nunca, en la clase media: de aldeana había pasado á la indigente posición del que vive con el trabajo de sus manos, y después, sin transición alguna, á todos los refinamientos del lujo.

Como queda dicho, reinaba en su casa un aristocrático silencio.

En la verja ardían cuatro grandes faroles que iluminaban el jardín con su clara luz.

Un criado que se hallaba sentado á la puerta se levantó políticamente y preguntó á don Benigno lo que se le ofrecía.

—Quisiera ver á la señora,—respondió el sacerdote.

—¿A la señorita Lucía?

—Justamente.

—Pasaré la tarjeta de usted, y, entre tanto, puede esperar en el jardín, donde hallará asientos y fresco, pues ya empieza á sentirse el calor.

Don Benigno se sentó en un banco de césped. La noche estaba hermosa; era una de esas noches estrelladas de Mayo: las flores exhalaban sus perfumes mecidas por la brisa fresca y suave, y el ruiseñor, ese huésped de la primavera, cantaba entre los árboles.

El vicario cayó en una profunda meditación: alzó al cielo sus ojos, y se sintió humillado más que nunca ante la impenetrable grandeza de los designios de Dios.

El crimen de un padre había arrojado á aquella joven de su hogar.

Débil y culpable ella á su vez, había venido á hallarse en el seno del lujo y de los placeres.

¿Encontraría en ellos la felicidad?

¿Disfrutaría esa dicha que se cree unida estrechamente á los goces de la riqueza?

¡No!

Cuando no hay en el alma de la mujer instintos de rectitud y religión, podrá embriagarse algunos instantes; pero la conciencia, alerta siempre, recobrará en otros su imperio, y su voz resonará en sus oídos.

En medio de aquel jardín delicioso, de aquellos perfumes, de aquel ambiente; á la vista de aquella morada encantadora, el regente de la parroquia de Cabañas compadecía profundamente á Lucía.

El criado volvió á buscarle, rogándole que le siguiese.

Ambos entraron en el palacio. Desde la primera antesala se hallaba ya todo elegantemente iluminado con lámparas que tenían globos de cristal blanco: cada lámpara salía de una maceta de flores.

Atravesaron dos antecámaras y llegaron á un saloncito, obra maestra de gusto y de coquetería.

Hallábase vestido de seda azul celeste con ramos de margaritas del campo; dos inmensos espejos reflejaban las bujías que ardían sobre dos mesas doradas con tableros de piedra blanca; la sillería era azul celeste, de seda, y el pavimento de marmolillos blancos con ligeros filetes negros y sin ningún dibujo.

Ante las dos ventanas caían cortinas de seda azul y muselina blanca.

Lucía se hallaba sola y recostada en un pequeño y cómodo diván de seda azul.

Al ver entrar al párroco, se levantó y dió algunos pasos para salirle al encuentro.

Aunque era tan conocida para don Benigno, éste quedó admirado del nuevo aspecto que Lucía presentaba.

Sus formas, algo adelgazadas por el clima de la corte y por la distinta vida que en ella hacía, habían adquirido una esbeltez encantadora; su tez parecía más blanca, por efecto de la falta de aire y de sol, y tal vez merced á la influencia de alguna maravillosa agua de tocador.

Toda su belleza tenía un tinte de gracia, de distinción, de delicadeza que la hacía doblemente interesante que antes; después de todo esto, su traje era de la elegancia más exquisita; un vestido de seda color claro, algunos encajes blancos de gran precio, algunos brillantes: he aquí lo que le constituía; sus cabellos se recogían en gruesas trenzas negras detrás de su cabeza, sujetos por una larga aguja de brillantes.

En suma: todo lo que había en Lucía de la aldeana había desaparecido, quedando una joven de maravillosa y delicada belleza.

—¡Ah, don Benigno! ¡Cuánto me alegro de ver á usted!—exclamó besando la mano del vicario y estrechándosela después con una efusión llena de respeto;—pero ¿cómo ha sabido usted dónde estaba?

—Soy tío del Conde de Revilla, hija mía,—respondió el vicario sentándose al lado de la joven.

—¿De Federico?

—Él mismo me dió las señas de tu habitación.

—¿Y mi padre? ¿y mi hermana Teresa?—preguntó Lucía, á cuyas mejillas había subido el doloroso carmín de la vergüenza.

—Están aquí.

—¿Aquí?—repitió Lucía palideciendo á la idea de estar tan cerca de su padre;—¿y desde cuándo?

—Han llegado conmigo hace dos días de nuestra aldea.

—¿Y sabe mi padre dónde estoy?—preguntó Lucía con terror.

—Nada temas: aún no lo sabe.

—¡Ah! ¡Qué ingrata soy!—exclamó la joven.—¿Y mi madre? ¿y mi pobre y desgraciada madre?

—Ya es más dichosa que tú, Lucía.

—¿Qué dice usted?

—Ya está en el cielo.

—¡Ha muerto!—exclamó Lucía, á cuyos ojos no acudió el raudal del llanto que el sacerdote esperaba y quería ver.—¡Ha muerto! ¡Y yo no le llevo luto! ¡Y nada sabía!

—Tú renegaste de ella.

—¡Si usted supiera por qué huí...!

—Lo sé; pero en tanto que estuviste bajo su mismo techo, fuiste también para ella desnaturalizada y dura.

Lucía bajó la cabeza, y entonces solamente corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—Tu padre está muy pobre—continuó don

Benigno,—y tu infeliz y angelical hermana Teresa se ha puesto ayer de aprendiz en un taller de modista. Nada poseen en el mundo: lo que restaba á tu padre se lo ha llevado Braulia, que ha huído.

—¡Justicia de Dios!—exclamó Lucía alzando al cielo sus ojos.

—Acuérdate de esas palabras—repuso el vicario.—La justicia de Dios es inmutable y recta: aun en esta vida hay castigo para el culpable y recompensa para el bueno.

—¿No podré ver á mi padre?—preguntó la joven con timidez.

—Hoy no; pero podrás despedirte de él antes de que emprenda su viaje á Roma.

—¿Va á Roma?

—A echarse á los pies del Papa, para que le imponga la penitencia de su pecado y le absuelva de él.

Lucía se estremeció.

—¿Y Antonio?—preguntó don Benigno;—¿le ves?

—Sólo viene alguna vez á pedirme dinero cuando lo necesita—dijo la joven con voz trémula:—su crueldad, su mala vida me han traído al precipicio en que estoy.

—¿Pensabas acaso que el hermano que te animó á salir de la casa paterna había de ser para tí noble y bueno? ¡Pensamiento vano! No esperes jamás hallar el bien en el fondo del mal, sea cual-

quiera la forma de que aquél esté revestido. Ahora escucha: como tú has dicho, estás en un precipicio; pero tienes dos medios de salir de él: el uno es volver á la aldea y allí trabajar modesta y silenciosamente, expiando tus faltas y mereciendo de nuevo la estimación de todos.

—¡Volver al pueblo! ¡Al trabajo, al desprecio general!—exclamó Lucía levantándose y retrocediendo dos pasos con horror.—¡Imposible, señor, imposible! ¡Antes morir!

—El otro medio te parecerá mejor—dijo don Benigno:—cásate con Federico.

—¡Casarme con él! ¡Ah, si esto fuera posible! Pero yo, pobre aldeana, ¿cómo puedo esperar semejante dicha?

—Nada más fácil, supuesto que él lo desea.

—¿Federico lo desea?

—Sí.

—¡Eso no es cierto! ¡Usted me engaña, señor!—exclamó la joven sentándose de nuevo al lado del vicario y mirándole enajenada.

—Te digo la verdad.

—¿Federico desea casarse conmigo?

—Sí, te lo repito.

—¡Pero Federico tiene madre! Una madre muy dura, según me han dicho, y que nunca lo consentirá.

—Su madre lo consiente.

—¡Será posible!

Y Lucía, agobiada con el peso de aquella re-

velación, quedó inmóvil y sin poder añadir una sola palabra más.

—Y, sin embargo, pobre hija mía —prosiguió el sacerdote, —yo que te amo paternalmente; yo que deseo tu felicidad, te aconsejaré que, de los dos medios, elijas el primero.

Lucía contempló á don Benigno casi con compasión.

Temía que se hubiera vuelto loco.

—¿Con que usted optaría por volver á la aldea? —preguntó.

—Sí, y te aconsejo que lo hagas, porque en la aldea tendrás paz y felicidad, en tanto que ese enlace no te proporcionará la una ni la otra.

—No es probable que esto suceda.

—Pues yo estoy muy seguro de que sucederá.

—¡Señor, Federico me ama! —dijo Lucía.

—Eso mismo me ha dicho él.

—¿Ha procurado usted disuadirle de que se case conmigo?

—Sí.

—¿Y qué ha contestado?

—Que no le hable de semejante cosa.

—¡Ah! ¡bendito sea Dios! —exclamó la joven uniendo sus manos y elevando al cielo sus ojos con una apasionada gratitud: —¡cuán grande es su bondad!

—No se llega al bien por el camino del mal, mi pobre Lucía —observó tristemente el vicario: —si te casas, formarás parte de esas gentes cuyo

exterior causa envidia á todos y cuyo interior es tan infeliz.

—Ya he dicho á usted que amo á Federico; que le amo con pasión, y además, tengo la firme intención de ser buena.

—Lo que no impedirá que seas muy desgraciada.

—Al lado de Federico no temo el dolor, padre mío.

—¿De modo que estás resuelta á casarte con él?

—Completamente resuelta.

—De ese modo, dentro de quince días serás la Condesa de Revilla.

El venerable párroco salió.

Lucía se entregó á un acceso de alegría insensata: empezó á bailar, á cantar, á batir las palmas y á reír.

Al ruido, entró su doncella y la miró asombrada, creyendo que se había vuelto loca.

—¡Pepa, Pepa! ¡Dentro de quince días seré la Condesa de Revilla! —gritó, arrojándose al cuello de la joven.

—¿De veras?

—¡Me caso, Pepa, me caso!

—¿Con el señor Conde?

—¡Sin dudal ¡Ya ves! ¡Voy á ser Condesa!

—¡En verdad, señorita, que es una suerte extraordinaria! —exclamó Pepa. —No la tuve yo así...

—¿Tú?

—Y eso que me dió palabra de llevarme ante el altar un señorito de una casa donde servía.

—¿Sí?

—Y me puso un cuarto muy bonito.

—¡Hola!

—Pero al poco tiempo, y cuando más enamorado le creía, desapareció y no le he visto más

—¡Qué picardía!

—¡Usted sí que es dichosa!

El carmín de la cólera subió á las mejillas de Lucía al considerar que su doncella osaba compararse con ella; pero á la vez reflexionó también que ella era entonces muy inferior á Pepa, porque ésta ganaba honradamente su vida.

—¿Pues no decían que tenía madre el señorito? —preguntó la camarera.

—La tiene, en efecto.

—¿Y no se opone á su boda con usted?

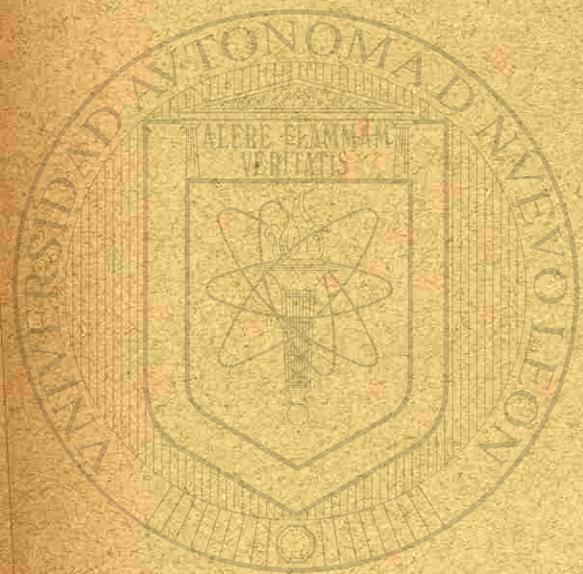
—No.

—¡Es cosa rara! —dijo Pepa:— ¡un casamiento tan desigual! Todos les sientan mal á las madres; pero éste es doblemente extraño que le parezca bien á la Condesa.

Lucía despidió á su doncella temiendo que no podría soportar por más tiempo sus impertinencias; desnudóse sola, y se metió en su lecho de encajes y batista.

Mil hermosos y dorados sueños revoloteaban entre las cortinas de su cama; pero la plegaria de gracias no acudió á sus labios.

En el alma débil de Lucía no había ideas muy sólidas de religión, y sólo las penas debían despertar la idea de Dios en toda su espléndida y majestuosa grandeza, en toda su augusta majestad y poderío.



XIII

En el taller de una florista, situado en la calle de Hortaleza, había reunidas seis jóvenes alrededor de una mesa redonda, una mañana á eso de las siete.

Todas parecían verdaderas hijas de Flora, según lo risueño de sus fisonomías; y aunque entre ellas las había bonitas, y otras que no lo eran tanto, en todas brillaba esa gracia descuidada peculiar de la juventud.

Ninguna pasaba de veinte años ni tenía menos de quince.

La que dirigía trataba de hacer alarde de gravedad; pero le era imposible sostenerla por largo rato.

Era una joven morena, fresca, con ojos y cabellos negros, que cada mañana iba al taller acompañada de un escribiente de loterías, y cada noche volvía á su casa en compañía de un estudiante de leyes.

Hacía ya mucho tiempo que su corazón vacilaba entre estos dos pretendientes, sin saber á cuál elegir.

Parecía que *un empleado* era cosa muy decente; pero pensaba también en que *un abogado* no era cosa para despreciarse.

En esta vacilación se hallaba hacía ya tres meses, sin saber por cuál de los dos decidirse.

El nombre de esta joven era Anastasia, nombre con el cual estaba muy disgustada porque le parecía muy feo; pero habiendo caído en sus manos la preciosa novela de Mr. Carlos Bernard, cuyo título es *La sortija de plata*, se reconciliaba con él, al ver que el gran novelista lo había puesto á su interesante heroína.

Algo había en la florista Anastasia de aquella Anastasia púdica, noble y desgraciada. Ninguno de sus dos adoradores podía hablar con razón de la ligereza de sus costumbres ni de la bajeza de sus pensamientos; á ninguno había concedido preferencias; mantenía á su madre anciana y enferma, y para proporcionarle algunas comodidades más, cosía en su casa por las noches las labores que le daban de una tienda, dedicándose al taller de la florista durante todo el día.

La madre, viuda de un comerciante que había tenido la desgracia de arruinarse, era mujer acostumbrada al trato del mundo y de gran penetración; se sonreía cuando su hija le pedía parecer acerca de cuál de los dos pretendientes elegiría, y le preguntaba:

—¿Cuál de los dos te gusta más?

—Me gustan los dos, mamá.

—Entonces, hija mía, es que no amas á ninguno de los dos. El amor no calcula ni discute; no gusta á medias de una persona: gusta á ciegas, exclusiva, absolutamente; cuando llegues á amar así, te aconsejaré que te cases.

—¿Casarme? ¡No pienso en eso, madre mía!—dijo Anastasia.—No quiero robarte mis cuidados y mi cariño.

—Para las madres que son un obstáculo á la felicidad de sus hijas, hay asilos, querida Anastasia; y yo, que estoy enferma, tengo mi sitio en el hospital de incurables.

Anastasia se puso á llorar amargamente al oír estas palabras.

—¿Qué he hecho yo para que tengas la crueldad de hablarme de ese modo?—exclamó la joven.

—¿Acaso no te amo más que á nadie en el mundo? ¿No adivino tus deseos? ¿Por qué dices que eres un obstáculo para mi felicidad, cuando ésta consiste en verte dichosa? No, madre mía: ningún hombre que no te respete y te ame será mi marido.

El escribiente *visitaba la casa*, según suele decirse, y á la madre le parecía un joven cándido y honrado, pero demasiado tonto para interesar á su hija.

El abogado jamás había querido subir á la buhardilla que Anastasia habitaba.

Pero á pesar de estas dobles penas de amor, Anastasia era feliz, y la risa se dibujaba constan-

temente en su hermosa boca, esperando siempre el instante de decidirse.

Las demás jóvenes del taller eran más vulgares que ella, y, por lo mismo, más habladoras y más ruidosas que ella también: la primera condición de la grosería es dejarse oír mucho.

Una de ellas era hija de un zapatero bien acomodado, y estaba cantando todo el día, á excepción de los cortos instantes en que la maestra daba vueltas al taller.

Otra la echaba de sentimental y lánguida, y las demás hablaban mucho de sus aventuras y conquistas de Capellanes.

En la mañana de que vamos hablando, todas estaban en torno de la mesa de labor, según costumbre, desde las siete en punto; la propietaria del taller se ocupaba en distribuir la obra del día.

—Usted, Anastasia—dijo al empezar,—armará estas rosas blancas y estos azahares en una corona de novia: es la que ha de llevar la joven que se casa hoy con el Conde de Revilla. ¡Bonita boda por cierto! No hay que perder las esperanzas de hacer buena suerte, niñas: la novia era una cualquiera, á la que el Conde sacó de la miseria, para casarse después con ella, y es hermana de Teresa, esa jorobadita que trabaja aquí desde hace poco.

—Señora, ¿qué dice usted?—exclamó la que estaba todo el día cantando:—¿la hermana de Teresa se casa con un Conde?

—Pasado mañana.

—¿De modo que ella no trabajará más?

—Trabajaré lo mismo que antes. Su padre, que es un hombre campesino y no muy listo por más señas, me ha dicho que va á hacer un largo viaje, y que entre tanto quiere dejarme á su hija á modo de pensionista.

—¡No le arriendo la ganancial—murmuró una de las concurrentes á Capellanes.—¡Pobre chica, qué esclavitud la espera!

Y separando su cabeza de la compañera á quien había dirigido estas observaciones, añadió en voz alta:

—¡Qué dichosa es en poder vivir con usted, señora! ¡Y cuánto la envidio!

La maestra, que era una mujer de aspecto duro y varonil, miró complacida á la adulatora y le dijo entregándole su parte de trabajo:

—Estas ramas de hiedra con sus campanillas azules son para un vestido de baile. Espero que las armará usted con la gracia y ligereza que le tengo recomendadas: así que estén, que las lleve Teresa á la modista para que las coloque. Corren prisa.

—Ya debía estar aquí Teresita—observó Anastasia.—¿Estará mala? ¿Le habrá ocurrido algo?

—Puede que haya tenido en la calle algún encuentro galante,—dijo soltando la carcajada la hija del zapatero.

—¿Ella?—exclamaron las otras.—No, no hay cuidado.

—¡Pues lo que es su cara es de las más lindas que yo he visto!—dijo Anastasia algo resentida de que se burlasen de Teresa, á la que amaba en extremo:—¡no hay aquí muchas que se le puedan comparar!

—¡Líbreme Dios de desear semejantes comparaciones!—dijo la romántica.

—¡Y á mí!—observó la hija del zapatero.

—¡Y á mí! ¡y á mí! ¡y á mí!—repitieron las concurrentes á Capellanes.

—¡Niñas, hagan ustedes el favor de callar!—dijo la voz de tambor mayor de la maestra.—¡A la obra! Y usted, Anastasia, cuando venga Teresa, llámeme para decirle yo lo que hace al caso.

Dichas estas palabras, salió con la majestad de Juno.

Anastasia inclinó la cabeza sobre su labor y se puso á trabajar en silencio.

—A la verdad—dijo Adela, la sentimental, cuya ambición se cifraba en ser admitida como corista en el teatro de la Zarzuela;—á la verdad, Anastasia, que no sé por qué tienes tal empeño en defender á ese mal bicho de Teresa: ¿qué te va ni te viene en que la regañe la maestra, y más cuando da motivo para ello?

—¿Quieres que vaya en contra suya como vais todas?—preguntó la joven.—A mí me interesa esa muchacha, porque es desgraciada y porque todas le hacéis la guerra.

—¡Qué lástima! ¡No, que la llenaremos de besos por ser jorobada!

—¡Le compraremos dulces, si no!

—¡O la tomaremos en la falda!

Todas estas ocurrencias fueron dichas casi á un mismo tiempo por aquella tropa revoltosa y maligna.

Anastasia no respondió una palabra: encogióse de hombros con desdeñosa frialdad, y se puso á trabajar.

Un instante después entró en la tienda Teresa.

Venía ojerosa y pálida; sus párpados estaban hinchados, y sus cabellos negros recogidos de prisa detrás de su cabeza.

Anastasia había dicho la verdad.

Pocas caras podían compararse con la de la jorobada.

Su cutis de nácar dejaba ver en las sienes y en la garganta el fino tejido de sus venas azules: bajo una frente alta y abovedada se abrían sus ojos oscuros, que, mirados á cierta luz, eran negros, y á otra de un gris azulado; dos cejas finas, arqueadas y que parecían dibujadas con tinta china, servían de dosel á aquellos ojos, á los que guarnecían largas pestañas negras; su boca pequeña y sonrosada, enseñaba, al sonreirse, dos filas de menudas y esmaltadas perlas; pero ¡ay! las sonrisas eran muy raras en la boca de la pobre Teresa.

Dos ricas trenzas de cabellos, negros y brillantes como el azabache, se enroscaban detrás de su cabeza, y se dividían en medio de su frente como una raya de plata.

La estatura de Teresa no era ya tampoco la exigua con que la hemos conocido: había crecido mucho, y la imperfección de su espalda parecía mucho menor: tal como era, no impedía que los jóvenes que la hallaban á su paso la llenasen de galantes requiebros al ver la peregrina belleza de su rostro.

Esta belleza misma, su modestia, su dulzura, su talento, la admirable distinción de sus maneras y de su lenguaje, herían á sus compañeras de taller y á su misma maestra, las cuales no comprendían á aquel ser delicado y superior.

Anastasia, más digna que todas ellas y más semejante á Teresa que ninguna, la comprendía mucho mejor.

Teresa iba muy modestamente vestida; pero comparada su humildad con la espantosa miseria en que había vivido, era casi una elegancia.

Hacía mucho calor, aunque sólo se estaba á últimos de Mayo, y el vestido de guinga de rayitas azules y blancas, que llevaba la jorobadita, armonizaba perfectamente con el caluroso día y con la deslumbradora luz que le animaba.

Un cuello blanco de hilo, puños iguales, y una mantilla de seda con un velito de tul y fleco en las puntas, era lo que constituía su atavío.

Iba calzada modesta, pero graciosamente, con unos botitos de merino negro que descubrían la pequeñez casi maravillosa de su pie.

—Buenos días, señoritas,—dijo al entrar.

Nadie más que Anastasia le contestó.

—Buenos días, Teresita—dijo.—¿Cómo ha tardado usted hoy tanto?

—Mi padre ha pasado hoy muy mala noche,—respondió tistemente Teresa.

Mirando luego en derredor suyo, preguntó:

—¿No ha dejado trabajo para mí la señora?

—¡Contenta está con usted la señora!—exclamó la hija del zapatero con su voz fuerte y su grosero acento.

—Ya sé que he tardado un poco—dijo con timidez la joven;—pero cuando sepa el motivo, dispensará la falta que he cometido.

—¿Un poco? ¡Media hora! ¡Si eso le parece un poco, puede volverse á marchar!

Teresa guardó silencio.

El rigor con que se la había dejado vegetar, pues no podía llamarse *vida* á la existencia que había arrastrado en su aldea, había hecho su carácter en extremo sufrido.

Por otra parte, la terrible idea del crimen atroz de su padre, y la vergüenza de la vida de sus hermanos, la hacía tan tímida, que no se atrevió ni á dejar oír su voz.

—Aquí tengo yo qué hacer para usted—dijo Anastasia compadecida de la pobre niña:—tome

usted estas rositas blancas, y haga un grupo con la gracia que usted sabe.

—No es eso lo que ha dejado mandado la señora—dijo lánguidamente la aspirante á corista:—ha mandado que, cuando viniera esta señorita, la llamase usted al instante.

—Para echarle una buena repasata,—agregó la hija del zapatero.

—¡Qué manía tienen ustedes de meterse en negocios ajenos!—exclamó Anastasia.—De lo que á mí me ha encargado, yo soy la sola responsable: no se cuiden ustedes de eso.

Las jóvenes se miraron sonriéndose maliciosamente; y ya se preparaban á atacar de nuevo á Teresa, cuando sonó en el taller la voz de bajo de la maestra.

—¿Ha venido Teresa?—preguntó sin asomarse.

—Ahora mismo,—respondió la lánguida Adela.

La maestra entró en el taller, se dirigió á la joven y se sentó á su lado.

Todas creyeron que le iba á echar una buena reprimenda; pero la sorpresa fué general al ver que le tomaba la mano y le decía con extremada amabilidad:

—Dentro de pocos días, señorita Teresa, estará usted aquí y no tendrá que ir y venir.

—Ya lo sé, señora—repuso la joven, confusa con la palabra *señorita*, que pensó se la dirigían por burla.—Mi padre me ha dicho que voy á venir aquí, en tanto que él va á hacer un largo viaje;

viaje, ¡ay de mí! que no sé si llegará á tener efecto, porque está muy delicado: ésta es la causa de no haber yo venido hoy á la hora en que debía. Mi pobre padre ha pasado una noche cruel.

—No soy yo quien reconvenirá á usted, mi querida señorita—repuso la maestra con la empalagosa dulzura que había adoptado,—¿ni cómo podría hacerlo á la hermana de la que va á ser Condesa de Revilla y me ha prometido surtir de flores en mi casa?

—¿Qué dice usted?—exclamó Teresa estupefacta.—¿Yo hermana de una Condesa? Señora, la han engañado á usted: yo sólo tengo una hermana, Lucía, á la que no he podido ver todavía.

—Y bien, señorita, justamente esa misma hermana de usted ha estado aquí anoche á encargarme su prendido de boda, y me dijo:

—Aquí tiene usted de aprendiz á una hermanita mía. Una persona muy respetable, un sacerdote, se la ha traído á usted: ¿no es verdad?

—En efecto,—le respondí.

—Así que yo pueda, me la llevaré á mi casa; y desde luego, mañana vendré á verla aquí, porque por ahora no me consienten llevarla.

—Por lo tanto, Teresita—prosiguió la dueña del taller,—hoy verá usted á su hermana, que espero vendrá así que se levante. En cuanto á que usted vaya á vivir en su compañía, no es ésta la intención del señor sacerdote que me la ha encargado, porque me dijo:

—Deseo que esta niña aprenda un oficio que la preserve de la miseria; pues aunque una hermana suya va á ocupar una brillante posición, nadie debe contar más que con lo que vale por sí mismo, y menos en España, donde tan pocos medios tiene la mujer de ganar honradamente su vida.

Teresa guardó silencio.

La sorpresa que le había causado la noticia de que iba á ver á su hermana y de que ésta iba á verse en una elevada posición social, había teñido sus facciones de palidez; pero una viva alegría era lo que producía aquella emoción, pues su corazón angelical no se acordaba ya de la bárbara indiferencia de su hermana cuando ambas se hallaban en casa de su padre.

—Yo he dado trabajo á la señorita Teresa, señora—dijo Anastasia:—está trabajando en la corona de desposada de su hermana.

—¡Por Dios, no me llame usted señorita!—dijo Teresa á su protectora.—Yo no soy más que una pobre obrera como usted, y mucho menos aún, puesto que usted tiene mucha habilidad y yo no tengo ninguna.

—¿Pero dejará usted de ser mañana hermana de la Condesa de Revilla?

—Mañana, como hoy, seré una infeliz jornalera, que tiene que mantener y cuidar á su padre anciano y enfermo, como usted á su madre; pero aunque la suerte me colocase en la posición más

elevada, lo que no deseo, siempre me acordaría de su afecto de usted hacia mí, de sus generosos deseos de protegerme.

—Siga usted cuidando de que no le falte trabajo á Teresita, querida Anastasia—dijo la maestra.—Después de terminada la corona, se ponen ustedes las dos á hacer rosas y margaritas para los cestillos de flores que han de adornar el gabinete de la Condesa de Revilla.

—¡Qué cargante está con su Condesa!—exclamó por lo bajo la zapatera.—Bien se conoce que le piensa sacar buenos cuartos.

—Pero, chica, ¿no sabes quién es la dichosa Condesa, hermana de la jorobada?—preguntó la lánguida Adela.

—¿Yo? No,—respondió Jacinta la zapatera.

—Pues es una mujer muy famosa que antes vivía de lo que cosía y que ha corrido por cuenta del Conde de Revilla. Por cierto que éste, por darle á ella dinero, debe en mi casa más de dos años de calzado.

—¿Qué me cuentas, mujer?

—La verdad; y además de esa hermana, que no es otra cosa que una mujer con mucha suerte, tiene un hermano.

—¿Un hermano?

—Un tuno de marca: á poco le echa á palos mi padre de casa.

—¿Por qué?

—Porque me hacía la corte. A mí me gustaba,

porque es guapo; pero mi padre, que es muy largo, le averiguó la vida, y supo unas cosas...

—¿Qué cosas?

—Que vive del juego; que no hace nada, ni sabe, porque en su pueblo era un destripaterrones; que el día que no juegue y gane, robará, é irá á un presidio: así es que mi padre se puso furioso. mi madre lloró, y yo le dí pasaporte al tal, porque me sobran los pretendientes honrados y no quiero casarme con un bribón. Ya ves qué buena gente es la de la *señorita Teresa*, como ese estfermo de maestra aduladora la llama.

—Pero, mujer, ¿cómo has sabido todo eso?— preguntó Adela.

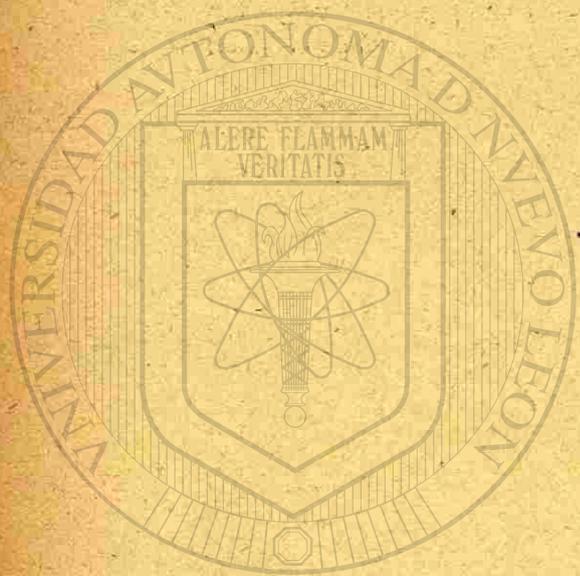
—De la manera más sencilla. Cuando yo oí decir aquí que la hermana de la jorobada se casaba con el Conde de Revilla, lo dije en casa acordándome de lo mucho que nos debe: esto fué anoche al salir del taller. Mi padre se fué al instante á averiguar si la boda era con alguna señorita rica, en cuyo caso tenía esperanzas de cobrar; pero se halló con que era todo lo contrario y con que la boda era con la que estaba metido y por la que está también lleno de deudas.

—¿De modo que no van á estar ricos?

—¿Qué han de estarlo? El título es pobre; y si antes andaba á la trampa, cuando daba á la Lucía lo menos que le era posible, figúrate ahora qué le tendrá que dar, como á su mujer que es.

La maestra acababa de revisar la labor de cada una, y se iba ya á retirar, cuando un carruaje se detuvo á la puerta.

La portezuela se abrió, y una joven, alta y de sorprendente hermosura, penetró en el taller.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XIV

La recién llegada vestía un largo y rico traje de seda oscura, que estaba hecho con la mayor sencillez, pero que aun así era espléndido por el valor de la tela y la regia abundancia con que se había empleado.

Un rico chal de merino negro y un sombrero de encajes, negro también y adornado con una rama de geranios encarnados, completaban su traje de mañana.

El sombrero tenía un velo que llevaba levantado, pero que caía algún tanto sobre la frente, resguardando el rostro de una manera tan descuidada, al parecer, como en realidad estudiada y graciosa.

La recién llegada tendió por el taller una mirada ansiosa, descubrió á Teresa y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

La joven la reconoció y se precipitó en ellos con un grito de alegría.

Pasado este primer instante, Lucía—pues ella era la joven que acababa de llegar—se volvió al ama de la casa, y le dijo:

—Señora, suplico á usted que me lleve á una

habitación donde pueda estar á solas con mi hermana.

—Por aquí, por aquí, mis queridas señoritas—dijo la maestra presurosa.—Subirán ustedes á mi sala, en la cual podrán hablar cuanto quieran sin que nadie las moleste.

Y la florista, dichas estas palabras, hizo una señal á Lucía y á Teresa para que la siguieran, desapareciendo por una puerta que había en el fondo de la tienda y que conducía á las habitaciones superiores.

Así que llegaron á la sala indicada y se hallaron solas, Lucía volvió á abrazar á su hermana.

—¡Ya sé que no tenemos madre!—murmuró dejando escapar una lágrima.—¡Dios me perdone el haberla abandonado en el triste estado en que se hallaba! Teresa, cuando pienso en eso, casi tengo miedo de mi felicidad. Tú recibirás tarde ó temprano las bendiciones del cielo; pero espéremos lo que la suerte nos destine, y hablemos de otra cosa: yo voy á hacer una alianza brillante y quiero que te vengas á mi lado.

—Imposible—respondió Teresa:—mi bienhechor, el bienhechor de nuestro padre, me lo ha prohibido.

—¿Don Benigno?

—Sí, Lucía. El dice, y yo le creo, que nuestros caminos en este mundo son muy distintos: yo pediré al cielo que te dé mucha felicidad en el tuyo; pero le obedeceré siguiendo el mío. Cuando

nuestro padre vuelva de Roma, á donde se va dentro de dos días, no me separaré de él, como lo he hecho hasta ahora.

Lucía inclinó la cabeza, y respondió después de algunos instantes de silencio:

—Tiene razón. Nuestros caminos son muy diferentes: sigue el tuyo, y si alguna vez necesitas de mí, no dudes que me encontrarás. Ahora, hermana mía, ¿quieres acompañarme á ver á nuestro padre? Esta noche debo recibir la bendición nupcial, y no quiero que caiga sobre mi frente sin tener antes la suya: ¡por culpable que sea, es nuestro padre!

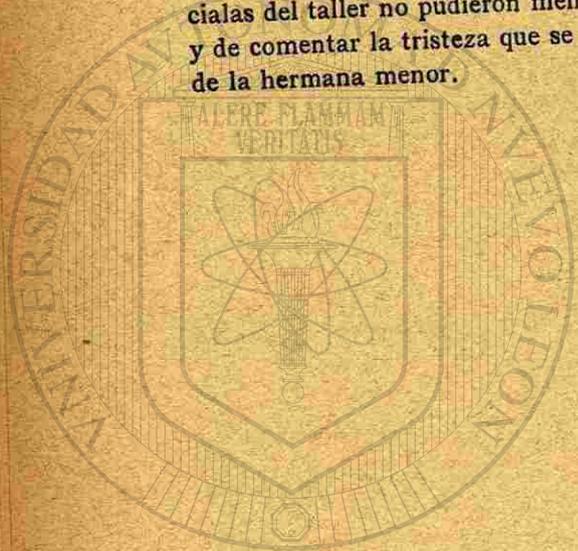
—Vamos—dijo Teresa.—Voy á pedir licencia á la maestra y te acompañaré: tu vista será un bálsamo para su dolencia. ¡Si pudiera ver también á Antonio!

—¿Quién sabe dónde está?—exclamó colérica Lucía.—¡Oh, si se hubiera decidido á dedicarse, como tú, á una vida de trabajo y de honradez! Pero él se lanzó en el camino de la ociosidad y de la perdición, que me empujó á mí para que le siguiese. No puedo explicarte cuánto sufrí en su compañía, cuántos días estuve sin comer, cuántas noches sin dormir esperándole. Mi fortaleza se agotó, y acepté el amor del Conde sin saber que lo fuese. Gracias á don Benigno, todo ha tenido el resultado más feliz. ¡Bendito sea, y bendito sea Dios que nos le ha enviado!

Teresa salió para pedir á la maestra el permi-

so, que le fué concedido en seguida, para acompañar á su hermana.

Las dos hermanas subieron al coche, y las oficiales del taller no pudieron menos de admirarse y de comentar la tristeza que se leía en el rostro de la hermana menor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XV

En un cuarto modesto, situado en el piso segundo de una casa de huéspedes, se hallaba un hombre encorvado, más que por el peso de los años, por el de amargas penas, según lo daba á entender la tristeza de sus ojos.

Estaba vestido de paño negro, como un artesano, es decir, con pantalón, chaqueta y calzado grueso, y sentado en un sillón de vaqueta.

Era Juan Pedro.

No sabiendo leer ni escribir, no podía entretenerse en nada, y los sombríos pensamientos que asaltaban su espíritu no podían ser interrumpidos por ninguna ocupación.

Su indisposición, además, le sujetaba en aquel sitio, y se hubiera entregado á la desesperación en su soledad, si la soberana misericordia de Dios, penetrando en su alma, no hubiera vertido en ella raudales de claridad y de esperanza.

Juan Pedro rezaba, y la oración es el supremo alimento de las almas arrepentidas.

Esperaba también ver á don Benigno, con quien comía todos los días y hablaba durante dos ó tres horas, porque el gran señor, el sacerdote

irrepreensible, el ministro del altar, no se desdeñaba de acompañar al asesino y ladrón de la hacienda ajena.

¡Oh maravilloso poder de la caridad cristiana!

¡Aquella mano que cada día elevaba á Dios en el altar; aquella mano aristocrática, perfumada y blanca, servía al miserable criminal á quien había sacado de los abismos de la culpa!

Sin embargo, la salud de Juan Pedro era muy mala, y decaía cada vez más.

El peso de su falta le oprimía.

Sentado en un sillón de vaqueta, había visto pasar todos sus recuerdos uno á uno, ya lúgubres, ya hermosos y rientes.

A la vista de su hija mayor, á la que conducía Teresa, hizo un esfuerzo supremo, y levantándose del sillón corrió á recibirla.

—Hija mía—le dijo,—te perdono por haberme abandonado, y tu madre te perdonó también antes de morir; tu madre, que hace ya un año ha fallecido, pero cuyo luto llevaré mientras viva. Ahora bien: yo no puedo darte más que un solo consejo; pero éste te le doy con toda mi autoridad: no te separes de la senda del bien, por muchas que sean las penas que encuentres en ella y muchos los halagos que te ofrezca la del mal: ¡sólo hay en el mundo una dicha positiva, única, inmutable! ¡La tranquilidad de la conciencia! Ya no tenéis padre, porque voy á partir para una tierra muy lejana: voy á Roma, donde estaré reclu-

so en un convento hasta la Semana Santa, que es cuando el gran penitenciario absuelve á los grandes criminales como yo, y después de mi absolución, la penitencia será proporcionada á la culpa, y tal vez ya no podré veros nunca; pero pensad en el triste ejemplo que os he dado y procurad que no sea perdido. Mi extravío ha causado la ruína de todos vosotros: la mujer que se apoderó de mi ánimo, se avino mal con mi honrada pobreza y me condujo al asesinato y al robo; luego os fuísteis todos vosotros como ovejas descarriadas, y si habéis podido salvaros, ha sido únicamente por la misericordia de Dios y la de su digno y santo ministro.

Lucía lloró desconsoladamente, al parecer; pero se despidió de su padre para volver á su casa, á fin de activar todos los preparativos de su boda.

La despedida fué hasta la otra vida.

La débil Lucía no comprendía que, aun sujeto á la más dura y áspera penitencia, podía dejar de ver á su padre.

Los tupidos velos de la vanidad se hallaban corridos ante sus ojos.

La hija de Juan Pedro pensaba en su boda, en su dicha futura; todo lo demás era para ella de menos importancia y cosa secundaria.

Dos días después, don Benigno y Juan Pedro partieron para la ciudad santa.

Teresa quedó en casa de la florista.

El casamiento de su hermana tuvo lugar de una manera muy triste y silenciosa.

La madre del novio rehusó asistir á él.

A las instancias de don Benigno, que dió la bendición nupcial á los desposados para que su prima no dejase de concurrir, respondió ésta:

— Cuando ya sea esa mujer la esposa de mi hijo, procuraré que mi fortaleza me consienta tratarla por cumplir con la política: hasta que llegue este caso, no quiero verla.

Lucía, herida en su amor propio, rehusó ir á ver á la madre de su esposo después de la ceremonia, y el mismo Conde dijo que no había para qué darse prisa en hacerlo.

Teresa fué la que presencié el casamiento desde un rincón del oratorio, y derramó muchas lágrimas acordándose de Tiburcio.

¿Qué sería de él?

¿Habría cumplido la amenaza que le había hecho de casarse con María, la hija del herrero?

En medio de aquella pompa y de aquella grandeza, que, á pesar del silencio con que se llevaba á efecto, rodeaba el casamiento de su hermana, el corazón de Teresa volaba á su aldea, á su humilde iglesia, á la fuente donde cada tarde veía á Tiburcio, á la misa que él ayudaba y que ella oía con tanto fervor.

¡Pobre Teresa!

Después de la ceremonia, los recién casados salieron del oratorio del palacio de Revilla para

ir á la bella casa de Lucía, que era la que debían habitar.

El padre de la novia no asistió tampoco al casamiento: un voto solemne le separaba del mundo y de todas sus alegrías hasta después de expiado su crimen.

En vano la nueva Condesa trató de persuadir á su hermanita para que se quedase con ella. Teresa se obstinó en volver al lado de su padre, y lo verificó acompañada de un criado, pues era ya muy tarde.

Dos días después, partía Juan Pedro con don Benigno.

— Padre mío—dijo Teresa en el momento de marchar,— cuando usted vuelva, búsqume en la casa donde me deja: allí estaré, y sea la que quiera la suerte de usted, si me necesita, yo participaré de ella y no le abandonaré jamás.

Después de la partida de su padre, Teresa se instaló, en efecto, en casa de su maestra, y se puso á trabajar asiduamente, llegando á ganar al cabo de dos meses un jornal muy regular, gracias á su habilidad y perseverancia en el gracioso arte á que se había dedicado.

Teresa armaba con una rara perfección las flores del campo.

La margarita, la violeta, el no-me-olvides, tenían en ella una tan fiel como graciosa imitadora.

En uno de los primeros instantes de descanso

que tuvo, escribió á la madre de Tiburcio una tierna carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Mi buena é inolvidable señora Andrea: Ahora es cuando conozco lo bueno que es para mí el haber aprendido á leer y á escribir con Tiburcio, y lo mucho que se lo debo agradecer. A no ser por él, no podría ahora dar á usted noticias mías.

»Mi padre se fué, y no espero que venga en algunos meses, pues el señor cura va á pasar la Semana Santa en Roma y quiere que le acompañe.

»Mi hermana se ha casado con el Conde de Revilla, y es una de las grandes señoras de Madrid más bellas y envidiadas.

»De mi hermano no sé nada, y Lucía ha dejado también de verle. Quizá haya marchado á América con el objeto de probar fortuna.

»Si es así, Dios bendiga sus esfuerzos; y si no, ¡ojalá que no le abandone su misericordia!

»En cuanto á mí, señora Andrea, he aprendido un oficio, y lo he aprendido bien para que, en caso de necesidad, me sirva de recurso, es decir, en adelante, pues ahora ya me está sirviendo. Gano ocho reales diarios: doy cuatro por mi hospedaje á la maestra, que me tiene en su casa como si fuera su hija, y los otros cuatro los voy guardando. No es mucho; pero como nada gasto, al fin del año harán mis ahorros una suma regular.

»Mi oficio es muy bonito y entretenido. Soy florista, y las flores que hago con más gusto y

mejor son las que ahí se hallan en medio de los campos: las que me cogía Tiburcio para hacerme con ellas lindos ramilletes.

»¡Ay, mi querida señora Andrea! ¡Esos ramilletes eran la única felicidad que yo tenía cuando vivía tan triste y tan desgraciada!

»Ahora no estoy alegre tampoco, señora Andrea: pienso en usted y en mi Tiburcio.

»¡Ahl Y á propósito de Tiburcio, ¿sigue aún en su idea de casarse con María la hija del herrero? Eso me dijo al venirme, porque se quedó enojado conmigo... Diga usted si tienen relaciones los dos, pues me alegraría de saberlo. Ya ve usted: los amigos de la niñez—y lo son los dos,—interesan siempre.

»Adiós, señora Andrea. Estoy en la calle de Hortaleza, tienda de flores, número 29, á donde si gusta escribirme, me dirigirá su carta. Yo, al recibirla, tendré una inmensa alegría.»

Seguía la firma, y luego, en posdata, las expresiones para todos los conocidos.

Pocos días después llegó la respuesta escrita en papel grueso y moreno y con letra clara y redonda por mano de Tiburcio, aunque á nombre de su madre.

El corazón de Teresa palpitó al ver aquella carta.

La joven la abrió presurosa y leyó lo que sigue:

«Mi querida Teresita: Me alegraré que al reci-

bo de ésta te halles con la cabal salud que yo deseo para mí.

»Nosotros buenos, á Dios gracias, echándote mucho de menos, y también al señor cura.

»Sabrás cómo Tiburcio quedó muy sentido y muy triste con tu ausencia, y se resolvió á cortejar á María, la hija del herrero; pero no podía olvidarte y se iba quedando flaco. Al fin, como no es de despreciar, tanto ella como su familia le buscan y le hacen mil zalamerías, y al cabo no sé lo que sucederá. Hiciste demasiado por tu padre, que nunca hizo nada por tí, y muy poco por él, que tanto te quería.»

—¡Esta carta no la ha visto su madre!—exclamó Teresa llorando y dejando caer el papel sobre sus rodillas,—porque una madre no me diría que he hecho demasiado cumpliendo mis deberes de hija! ¡Ah! siempre he sido juzgada con dureza, y no es ahora cuando debía yo esperar justicia.

Teresa dejó correr sus lágrimas por algunos instantes; sin embargo, en su interior, una voz celestial le decía como un himno de consuelo:

—Has cumplido con tu deber, y para tí hay un premio en el cielo y una verdadera é inmutable justicia que todo lo resarce, que todo lo ve y lo premia. ¡Allí está la recompensa de tu valor!

XVI

Como un año después de estos sucesos, y en una noche en que la maestra florista se hallaba, acompañada de Teresa, terminando una obra importante, llamaron á la puerta de la calle.

Eran ya las doce.

Teresa, por un movimiento maquinal, quiso levantarse para ir á ver quién llamaba; pero la dueña del taller la detuvo y le dijo:

—Es muy tarde; yo abriré.

Y acercándose á la puerta, preguntó en alta voz:

—¿Quién llama?

—Gente de paz,—respondió una voz de hombre, evidentemente anciano, pues estaba muy cascada.

Teresa se estremeció al oír aquel acento, dejó su labor y se levantó.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el ama de la casa.

—¿No hay aquí una joven que se llama Teresa?

—¡Mi padre!—gritó ésta.—¡Abra usted, señora, abra usted por Dios!

La florista recorrió el cerrojo, y un anciano,

bo de ésta te halles con la cabal salud que yo deseo para mí.

«Nosotros buenos, á Dios gracias, echándote mucho de menos, y también al señor cura.

»Sabrás cómo Tiburcio quedó muy sentido y muy triste con tu ausencia, y se resolvió á cortejar á María, la hija del herrero; pero no podía olvidarte y se iba quedando flaco. Al fin, como no es de despreciar, tanto ella como su familia le buscan y le hacen mil zalamerías, y al cabo no sé lo que sucederá. Hiciste demasiado por tu padre, que nunca hizo nada por tí, y muy poco por él, que tanto te quería.»

—¡Esta carta no la ha visto su madre!—exclamó Teresa llorando y dejando caer el papel sobre sus rodillas,—porque una madre no me diría que he hecho demasiado cumpliendo mis deberes de hija! ¡Ah! siempre he sido juzgada con dureza, y no es ahora cuando debía yo esperar justicia.

Teresa dejó correr sus lágrimas por algunos instantes; sin embargo, en su interior, una voz celestial le decía como un himno de consuelo:

—Has cumplido con tu deber, y para tí hay un premio en el cielo y una verdadera é inmutable justicia que todo lo resarce, que todo lo ve y lo premia. ¡Allí está la recompensa de tu valor!

XVI

Como un año después de estos sucesos, y en una noche en que la maestra florista se hallaba, acompañada de Teresa, terminando una obra importante, llamaron á la puerta de la calle.

Eran ya las doce.

Teresa, por un movimiento maquinal, quiso levantarse para ir á ver quién llamaba; pero la dueña del taller la detuvo y le dijo:

—Es muy tarde; yo abriré.

Y acercándose á la puerta, preguntó en alta voz:

—¿Quién llama?

—Gente de paz,—respondió una voz de hombre, evidentemente anciano, pues estaba muy cascada.

Teresa se estremeció al oír aquel acento, dejó su labor y se levantó.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el ama de la casa.

—¿No hay aquí una joven que se llama Teresa?

—¡Mi padre!—gritó ésta.—¡Abra usted, señora, abra usted por Dios!

La florista recorrió el cerrojo, y un anciano,

con un hábito de peregrino, apareció á los ojos de las dos mujeres.

Llevaba una barba blanca, y se apoyaba en el bordón con aire fatigado, pero radiante y feliz.

Teresa corrió á echarse en sus brazos.

—Ya estoy aquí limpio de mi culpa, hija mía —dijo Juan Pedro.—El gran penitenciario me ha absuelto, y vengo á pie para cumplir la primera parte de mi penitencia. Ahora que ya no soy un malvado, permítame que te bendiga, hija mía, ¡ángel de mi guarda, consuelo de todas mis penas! Esta noche pasaré algunas horas á tu lado, y mañana te dejaré para cumplir el resto de mi expiación.

—¡Dejarme! ¡Yo no quiero abandonar á usted, padre mío! —exclamó la joven;— ¡yo quiero seguirle por todas partes!

—Es imposible, hija mía, que me sigas á donde voy.

—A donde quiera que sea, iré con usted, padre mío.

—Te repito...

—Pero ¿qué terrible sitio es ese?

El peregrino paseó en torno suyo una mirada para ver si le escuchaba la florista; pero ésta había salido de la tienda con el objeto de no turbar al padre y á la hija.

—Teresa—dijo Juan Pedro dejándose caer en una silla que la joven le había aproximado,—tengo que volver á nuestra aldea.

Los ojos de Teresa brillaron de alegría; la pobre gritó:

—¡Iré con usted!

—¡No, hija de mi alma! Allí he de cumplir mi penitencia. Durante tres años, he de pedir limosna á la puerta de la casa de tu abuela, donde cometí el crimen; no he comer otro pan que el de la caridad, y he de dormir en el suelo en todo tiempo y á la misma puerta, rezando una parte de rosario cada noche á las doce, en cuya hora murió la infeliz anciana.

—Padre—dijo Teresa sin vacilar un instante,—iré con usted: á su lado me verán los que le den limosna; comeré con usted el pan de la caridad, y por la noche rezaré con usted por el alma de mi abuela.

—Hija, ¿qué dices?—exclamó el peregrino,—¿á qué conduce ese inútil sacrificio? Tú eres un ángel, yo soy un pecador: déjame expiar mi culpa, y pasados tres años, si aún vivo, iré á habitar á tu lado. ¿Aún no sabes que he de hacer el camino pidiendo limosna?

—Pidiendo limosna iremos los dos.

—¡Imposible, Teresa, imposible!

—¿Por qué?

—Porque no quiero que participe de mi suerte.

—Y yo quiero participar de ella, y á pesar suyo, le seguiré á usted. ¿Cómo le había de abandonar cuando va á verse más desgraciado que nunca, puesto que ahora se va á saber su crimen?

—Por eso no quiero que me sigas. Hasta hoy, era desconocido el asesino de tu abuela y ladrón de su fortuna; ahora, al verme á la puerta de su casa, después de haber estado en Roma, todos sabrán que soy yo, y mi infamia caerá sobre tí... ¡Oh, eso, hija mía, jamás!

—Yo acepto esa infamia antes que dejar á usted abandonado—repuso con resolución la heroica joven.—Poco me costará—añadió con los ojos llenos de lágrimas:—la única persona cuya estimación hubiera yo anhelado conservar, estará ya casada con otra.

—¿Esa persona era Tiburcio?—preguntó el peregrino.—Ten esperanza, hija mía, porque Dios colma á los buenos hijos como tú de prosperidades aun en este mundo.

Al rayar la luz del alba, Teresa hizo un lío de su ropa; puso en una bolsita de seda sus ahorros de un año, y dando el brazo á su padre tomó con él, á pié y mendigando, el camino de su aldea.

Cuánto sufrió aquella pudorosa, delicada y sensible joven, no es fácil explicarlo.

Cuando llegó á Cabañas, ya no era su semblante el mismo que poco antes ostentaba tan rara y exquisita belleza.

La palidez le cubría y parecía abrumado de dolor y de fatiga.

Don Benigno, que desde pasadas las fiestas de la Semana Santa había regresado á la aldea, salió á recibir al padre y á la hija, y los abrazó con su acostumbrada paternal ternura.

—No es tan pesado el castigo como usted supone, amigo Juan Pedro—dijo al oído del penitente:—he obtenido del bondadoso Pontífice que implore la caridad pública durante tres años, no á la puerta de la casa de Lorenza, sino á la puerta de la casa de Dios. Pasará usted ese tiempo en el pórtico de la iglesia: de ese modo, su nombre y el de sus hijos queda libre de la infamia, y aquella desgracia sumergida en el secreto más profundo.

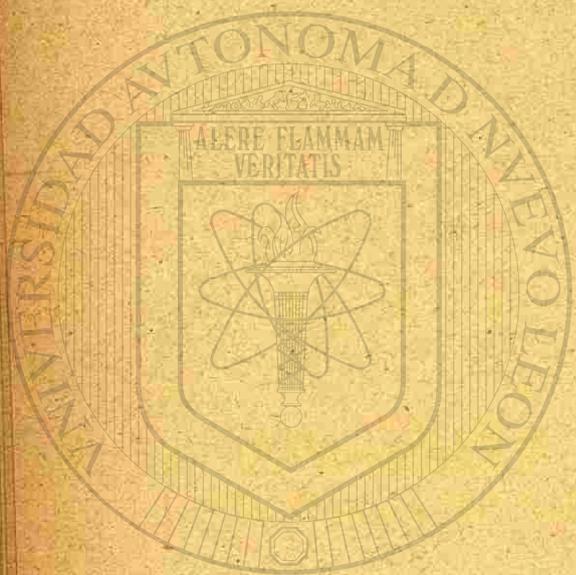
—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Teresa.—El ver sufrir á mi padre el desprecio de las gentes, era superior á mis fuerzas.

—¿Y Tiburcio?—preguntó Juan Pedro mirando á su hija.

—Se fué á cumplir su suerte de soldado, á pesar de mi deseo de libertarle.

—¡Soldado!—repitió dolorosamente Teresa;—¡y si le matan!... ¡Ah! ¡más quisiera hallarle casado con María!

—¡Mentirosilla!—murmuró don Benigno estrechando la mano de Teresa.—Soldado y en América, puede volver con mucha fortuna; porque le espero; he buscado el secreto para los extravíos de tu padre; espera tú también y recuerda que Jesucristo ha dicho: *Pedid, y se os dará.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVE LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

Como un año más tarde, un pobre entierro salía de una casita situada en uno de los barrios del Norte de Madrid.

El ataúd iba conducido por cuatro pobres de San Bernardino; algunos otros alumbraban, y detrás del cadáver caminaba, cubierta de luto y llorando, una hermosa joven.

A su lado, acompañándola y consolándola con palabras dulces, que pronunciaban en voz baja, iban dos mujeres del pueblo cubiertas con sus mantillas.

—Vamos, Anastasia, hija, que es ofender á Dios el desconsolarse así—dijo una de ellas:—todos hemos de morir.

—¡Mi pobre madre!—sollozó la joven.—¡Más valía que Dios me hubiera llevado á mí!

—No ha sido esa su voluntad, y es necesario consolarse y conformarse con lo que ha dispuesto—observó la vecina del otro lado:—Yo no sé, pobrecita, por qué te has obstinado en venir hasta el cementerio.

—No he querido dejar á mi madre hasta depositarla en tierra, señora. La pobre no tiene á nadie que la llore más que á mí.

En aquel instante, un joven vestido modestamente pasó junto al féretro, y vió á la joven que iba detrás.

—¡Anastasia!—exclamó,—¿quién va ahí?

—¡Mi madre!—respondió la joven redoblando el llanto.

—¡Ah! ¡infeliz!—dijo aquél echando á andar á su lado.—¿Se ha quedado usted sola?

—Sola, amigo mío.

—¿Por qué ha rehusado usted la oferta que le hice de partir mis pobres recursos? Sólo soy un escribiente; pero ahora no quedaría usted sin amparo ni socorro... porque ese hombre ningún apoyo moral ni material podrá darle.

Anastasia inclinó la cabeza.

—Ya sabrá usted la verdad—prosiguió su pretendiente, que era el escribiente de loterías que cada mañana la acompañaba al taller:—el que se había fingido soltero es casado y mal esposo, pues su mujer pasa con él el purgatorio.

—¿Qué dice usted?—exclamó Anastasia como herida por el rayo.

—¿No lo sabía usted? ¡Perdón, amiga mía, perdón!

—¡No, dígalo usted todo!—repuso la pobre huérfana con una impaciencia febril.—¿Luis es casado?

—No se llama Luis. Se llama Federico, y es el Conde de Revilla. Se casó hará unos dos años.

—¡Ah! ¡Era ante las cenizas de mi madre, cuyos consejos desoí, donde yo debía llevar este horrible desengaño!—exclamó la joven.—¡Hágase en todo la voluntad de Dios!

—Mi interés por usted me ha obligado á averiguar quién era ese hombre—prosiguió el joven.—Yo pensé que de antes estaría usted ya desengañada; ahora siento haberle dicho á usted nada.

Anastasia no tuvo fuerzas para responder.

El joven guardó silencio también, respetando aquel mudo y doble dolor.

Así que llegaron al cementerio, se depositó el cadáver en una humilde fosa, en la que el sacerdote clavó una cruz de madera negra.

Anastasia vió con ojos secos cómo llenaban de tierra el lecho mortuorio de su madre; arrodillóse después sobre la sepultura, y rezó fervorosamente durante algunos instantes.

Luego salió de la mansión de los muertos, al parecer tranquila, y se encaminó á su cuartito acompañada de las vecinas.

Pero no bien llegó á él, la sobrecogió un frío nervioso y tuvieron que acostarla.

Aquella noche se le declaró un ataque cerebral, y, dos días después, dormía al lado de su madre en el cementerio.

Habían muerto en un día su madre y su dicha. Anastasia no pudo resistir á la pérdida de todo lo que tenía de caro en el mundo.



XVIII

Durante tres años, los vecinos de Cabañas vieron cada día al viejo Juan Pedro, vestido de peregrino, á la puerta de la iglesia, y al lado de éste á su hija Teresa, que hacía flores sentada en una sillita; delante tenía una mesilla con los útiles de su oficio, y algunos ramos y guirnaldas terminados.

De todos los pueblos cercanos iban á comprarle flores para engalanar las imágenes y los altares, y la buena hija no tenía bastante tiempo para complacer á sus parroquianos.

—¿Por qué pide usted limosna, buen hombre? —preguntaban al peregrino.

—Por penitencia, — respondía éste con humildad.

—¿Y es por mucho tiempo?

—Por el término de tres años.

Los buenos vecinos de la aldea pensaban que aquella dura expiación había sido impuesta á Juan Pedro en castigo del abandono en que había dejado á su casa, á su pobre mujer loca y á sus hijos, en particular á Teresa, que se había criado en una miseria espantosa.

Sólo don Benigno sabía la verdad.

Cada uno de los vecinos del pueblo iba cada día á dar una moneda al peregrino; el pecador arrepentido era para ellos tan simpático, como lo había sido Juan Pedro en los días en que, antes de conocer á la tabernera, era modelo de padres y esposos.

El señor cura se detenía todas las mañanas para verle y consolarle.

Por la noche, el padre se acostaba en el duro suelo, y la hija se envolvía en un gran pañuelo, se sentaba en su silla y permanecía á su lado.

En vano la habían querido persuadir el señor cura y la señora Andrea de que ella podía y debía dormir bajo cubierto; ella lo rehusaba siempre y decía:

—¿Cómo podría yo dormir en una buena cama, sabiendo que mi padre duerme en el suelo?

—Pues él bien dormía cuando, siendo tú pequeña, dormías en un camaranchón y en un jergón roto,—le respondían las personas entremetidas, que en ninguna parte faltan y menos en los pueblos.

—Eso no es cuenta mía—observaba suavemente Teresa.—No quiero ser juez de mi padre, sino solamente una buena hija suya.

Así pasaron dos años y algunos meses; ya sólo faltaban dos para llegar al término de la penitencia de Juan Pedro.

Una apacible tarde, después de rezar el *Angelus*,

el padre y la hija empezaron á hablar del porvenir.

—Ya falta poco para que se acabe la terrible prueba, padre mío—dijo Teresa;—ya pronto podrá usted habitar conmigo una casita y descansar. Mis flores darán para los dos.

—No quiero ocultarte, hija mía, que si hubiera podido dejarte colocada, mi más vivo deseo hubiera sido retirarme á un convento,—dijo Juan Pedro.

—¡A un convento, padrel ¿Y á dónde?

—A Roma. Quisiera acabar mis días haciendo penitencia por tu hermano, que debe llevar muy mala vida. Aún no soy muy viejo, y aún podría hacer algo por él: á mi edad, todavía puede el hombre prometerse larga vida para rogar á Dios.

Teresa inclinó tristemente la cabeza y no respondió.

El padre tendió hacia Oriente una mirada en la que parecía brillar un ardiente deseo de silencio y oración.

¡Cosa extraña!

Desde que Juan Pedro había estado en Roma, sus facciones, antes toscas y vulgares, se veían animadas por la luz augusta de una suprema inteligencia, de un talento extraordinario.

—¿Quién viene por aquel camino?—dijo de repente y señalando á una senda que, á través de los campos, entraba en el pueblo como una cinta de plata.

—Es un hombre,—repuso Teresa mirando también.

—Sí, un hombre... Trae vestido de militar... un morral á la espalda y una venda en los ojos.

—¡Tiburcio!—gritó Teresa.

—¡Teresa!—exclamó éste abriéndole los brazos,—¡qué consuelo es para mí el verte al volver á este pueblo! Pero tú estás más hermosa que nunca, y yo vuelvo con un ojo de menos.

—¿Traes tu licencia?—preguntó con ansia la joven.

—¡Ay, sí! ¡La absoluta! ¡Sólo he llegado á los galones de sargento! Pero dime, ¿te has casado?

—No,—respondió Teresa colorada de alegría.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Le habrás dejado en Madrid?

—Tampoco.

—Vamos á casa de mi madre—dijo Tiburcio que parecía aliviado de un enorme peso.—Aún no he abrazado á tu padre... venga un apretón, señor Juan Pedro; pero ¿qué significa ese traje?

—Es el sayal de la penitencia, Tiburcio,—contestó el mendigo.

—Vamos, vamos, allí hablaremos. Teresa, ve á prevenirla de mi llegada, porque nada sabe, y yo te seguiré con tu padre.

—No puedo moverme de aquí para ir tan lejos, Tiburcio—dijo Juan Pedro.—En tanto que va

Teresa á decirle á tu madre que has llegado, yo te diré las causas.

Teresa corrió á casa del señor cura y avisó como Dios le dió á entender la llegada de Tiburcio, al que corrió á abrazar su madre.

Al despedirse del mendigo y de su hija, dijo Tiburcio á ésta:

—Teresa, dentro de dos meses, que es cuando acaba tu padre su penitencia, si no te da vergüenza casarte con un hombre que tiene un ojo de menos, serás mi mujer.

—¿No tendrás á menos de casarte tú con la hija de un mendigo, y que es, además, contrahecha?—preguntó Teresa con emoción.

—Más ilustre eres á mis ojos, acompañando y consolando á tu padre en la humillación de pedir limosna en el pueblo donde ha nacido, que la más rica y poderosa princesa de la tierra.

—Hubo un día en que me culpabas porque te dejaba por él.

—Ahora admiro tu valor al hacerlo, porque tú... me querías: ¿verdad, Teresa?

—¡Más que á la luz de mis ojos!

—¡Ay!—exclamó Tiburcio tristemente.—Una oftalmía tenaz me ha hecho perder uno de los míos, ¡y quizá se pase al otro!... ¿Y si quedase ciego, Teresa?

—Yo sé hacer flores—repuso la joven sonriéndose.—trabajaré para tí, y, en último caso, mendigaré el pan de cada día. La suerte me ha ense-

ñado á sufrir, que es en la tierra la misión de la mujer.. . . .

Dos meses después, y terminada la penitencia de Juan Pedro, tuvo lugar la boda de Teresa y de Tiburcio en casa del señor cura.

El mismo don Benigno dió la bendición nupcial á los jóvenes ante el altar de Nuestra Señora de la Esperanza, que se hallaba primorosamente adornado de flores por la mano de Teresa.

Al día siguiente su padre se encaminó á Roma de nuevo.

—Hijos míos—dijo á los jóvenes al despedirse,—voy á consagrarme á Dios; recibiré las sagradas órdenes y velaré por mis dos hijos mayores cuando vuelva á España: su suerte me tiene muy inquieto. Si no encuentro á Antonio en Madrid, á donde volveré tan pronto como pueda, pasaré á las misiones de América, donde tal vez podré hallarle. Rogad á Dios por mí y por ellos.

Teresa había ya llegado al puerto de paz tras de tan larga borrasca.

Había padecido tanto durante toda su vida, que la tranquila y dulce felicidad que disfrutaba casi le daba miedo.

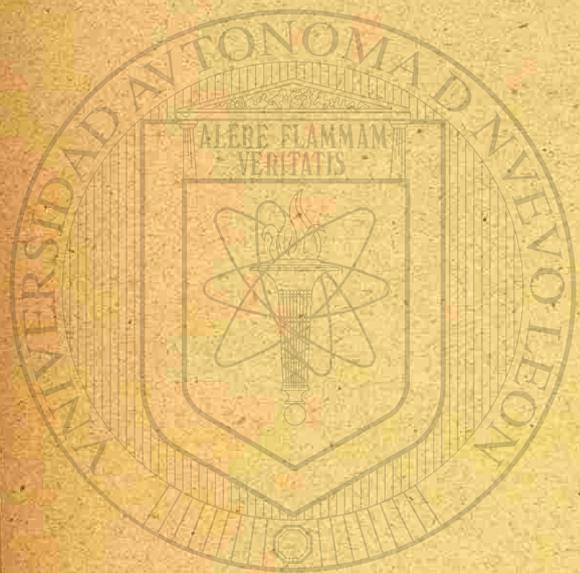
Sin embargo, su alma grande jamás perdió su celestial tranquilidad; humildemente se había doblado ante los decretos de la Providencia, y humildemente aceptaba la dicha que ésta le enviaba.

Los temores de su marido acerca del estado de su vista no eran vanos: la enfermedad que adquirió en América y que le hizo perder un ojo, invadió el otro.

Teresa le llevó á Madrid, sacrificando para ello todos sus ahorros de florista; se acomodó con su marido en una modesta casa de huéspedes y llamó á uno de los doctores de más fama, que le quitó toda esperanza de salvación, y le aseguró que le pobre Tiburcio se quedaría ciego sin remedio.

Este último golpe no aterró á la joven, que dió á su marido, con mil precauciones, la terrible nueva de su próxima ceguera.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo el antiguo sacristán,—¡y bendita sea por haberte colocado al lado mío!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

Era una lúgubre noche de invierno, como un año y medio después de los sucesos que quedan referidos.

En una casa de huéspedes de modesta apariencia, se hallaban hospedados tres misioneros que acababan de llegar de Roma de paso para América.

En otra casa había otros tres, pues eran seis los que debían marchar juntos á Cádiz para tomar allí un buque que se iba á dar á la vela.

Los tres de que primero se ha hecho mención se hallaban haciendo una humilde colación junto á una mesa, bajo la cual había un consolador brasero; el ama de la casa les servía con deferencia y respeto.

Llevaban hábitos negros de sayal, una cruz blanca en el pecho, sandalias y medias gruesas de lana blanca.

Uno era ya bastante anciano; los otros dos estaban cercanos á la vejez.

Sus largas barbas blancas caían sobre su pecho; sus cabezas rasuradas mostraban un cerquillo asimismo de cabellos canos.

En la fisonomía de aquellos valerosos soldados de Cristo había una extrema dulzura, unida á una perfecta dignidad.

Habían ya predicado los tres en Santo Tomás y en San Isidro, edificando á los oyentes con la santidad de sus doctrinas y hechizándoles con la persuasión y suavidad de su lenguaje.

Uno de ellos, sin embargo, tenía mejor fama: era uno de los dos más jóvenes, aunque aparentaba unos cincuenta años.

Se llamaba el padre Juan.

Su elocuencia persuasiva y encantadora parecía el don de los ángeles, y no había pecador endurecido que, al oírle, no sintiese su corazón deshecho en arrepentimiento.

—Padres, me voy con la pena de que han cenado ustedes muy poco y mal—dijo la huéspeda. —¡Dios mío, sólo lentejas y ensalada! ¡Y á la edad de ustedes... y con las fatigas que van á sufrir!

Los religiosos se sonrieron.

—Voy á traerles, á lo menos, un poco de vino generoso,—dijo la huéspeda.

—¡Vaya por el vino generoso!—contestó el más anciano.—Algo hemos de hacer para contentar á la buena señora Josefa: beberemos un poco á la salud de usted y de su excelente esposo.

La huéspeda salió.

Ya empezaba á subir la escalera que conducía á la cocina y á la despensa, cuando sonó el aldabón de la puerta.

—¿Quién es?—preguntó deteniéndose.

Su marido, que se hallaba en el piso bajo, abrió, y un hombre, calado de agua, pues llovía furiosamente, entró en el portal.

—¿Hay aquí unos misioneros que han llegado de Roma?—preguntó.

—Sí, por cierto,—respondió el huésped.

—¿Los que han predicado la Cuaresma?

—Los mismos.

—¿Está aquí el padre Juan?

—Sí, señor.

—Pues tiene que venirse conmigo, porque le llama el bandido que han traído de la serranía de Ronda y que tenemos en capilla.

—¿El terrible *brazo de hierro*?

—El mismo; pero, por Dios, vamos á avisar al padre. Soy un empleado de la cárcel: mire usted la orden del alcaide. Ahí abajo quedan cuatro soldados y un cabo para su resguardo. ¡Pronto, pronto, que el infeliz condenado ha tomado un veneno, está espirando y le llama!

El huésped y el enviado de la cárcel llegaron á donde se hallaban los religiosos y expusieron la petición.

—Vamos ahora mismo—dijo el padre Juan.— Hermanos, rezad por el pobre sentenciado.

Los otros dos misioneros se pusieron de rodillas y empezaron á orar.

A la puerta había un coche: el padre Juan subió á él para llegar más presto; el mensajero se

colocó á su lado, y el carruaje se puso en movimiento, escoltado por los soldados.

Llegaron á la cárcel. Todas las puertas se abrieron ante la orden del alcaide, que llevaba el padre Juan, y éste entró en la capilla.

Sentado en uno de los sillones forrados de vaqueta verde, que la adornaban, había un hombre que, á primera vista, más parecía un cadáver.

Era de elevada estatura y formas robustas; su barba y cabellera, completamente negras, hacían resaltar la lividez de su semblante; estaba cargado de hierro con grillos y esposas.

Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos pesadamente cerrados y la respiración angustiada, parecía agobiado de una fatiga mortal.

Su traje era á la vez ordinario, extraño y pintoresco: se componía de unos anchos calzones de paño verde como los de los maragatos, sujetos á la rodilla por medio de unas grandes botas barnizadas, y de un redingote muy ancho del mismo color de los calzones.

Era un temible bandido apresado hacía pocos días en la serranía de Ronda y conducido á Madrid, donde debía sufrir la última pena por muchos robos en despoblado, acompañados de asesinatos, cometidos en el espacio de algunos años.

A la derecha del reo y en un pequeño recodo que formaba la capilla, había colocada una banqueta donde estaban sentados los hermanos de la Paz y Caridad.

Aquellos hombres benéficos no hallaban, sin embargo, un solo instante de reposo: se levantaban, se aproximaban al reo, y uno de ellos le enjugaba el sudor frío que corría por su frente, en tanto que otro humedecía sus labios secos y cárdenos con una esponjita muy fina y empapada en un calmante.

Los demás veían hacer á sus compañeros, mirándose con una ansiedad profunda.

En uno de estos instantes se oyeron los pasos del religioso y de sus acompañantes.

—¡Valor, hijo mío!—dijo uno de los hermanos que sostenía la cabeza del bandido.—Aquí está ya el padre Juan.

E hizo una seña al religioso, retirándose al lugar más lejano de la estancia.

El padre Juan se aproximó; se inclinó hacia el reo, y le dijo á media voz con acento dulce y lleno de suavidad:

—¡Aquí estoy, hijo mío! Valor, que Dios es todo misericordia y amor.

Al oír tan consoladora voz, abrió el reo sus grandes ojos negros y los fijó en el rostro del que le hablaba; se incorporó con un supremo y doloroso esfuerzo; con sus manos sujetas por las esposas, entreabrió el hábito de sayal del religioso, y á través de la camisa de lana que éste vestía, buscó con ansiedad algo en su pecho.

Su vista tropezó con un lunar grande que se extendía sobre su corazón.

Al verlo, llevó el bandido las manos encadenadas hacia su frente, como si hubiera deseado ocultarse el semblante, y exclamó:

—¡Padre!

—¡Hijo! ¡hijo mío! ¡Antonio, te hallo aquí! ¡Y en qué estado! ¡Ah, justicia de Dios!

Y el misionero cayó sin color, sin voz y sin sentido á los pies del sillón en que yacía el reo, chocando su calva frente con los hierros que sujetaban los pies de su hijo.

Los hermanos de la Paz y Caridad, que, al ver los esfuerzos con que el reo procuraba ver el pecho del religioso, habían acudido, levantaron del suelo al padre Juan, que en breve abrió los ojos y los volvió con ansia hacia su hijo.

Los hermanos salieron de la estancia y se retiraron á la inmediata para dejarlos solos.

—¡Cuánto te he buscado!—exclamó el religioso;—¡cuánto te he buscado, hijo mío!

—Padre—repuso Antonio, cuyas fuerzas había agotado la conmoción terrible que había sufrido, —acordándome de que era nacido de sangre honrada, no he querido acabar mis días en el cadalso: ¡Perdóneme usted como padre temporal y como ministro de Dios!

—¡Perdóname tú á mí, hijo mío! ¡perdóname por haber sido causa de tu ruina!—exclamó sollozando el infeliz padre.—Yo, en vez de darte buen ejemplo, te arrojé de mi lado, y tú huíste de mí.

—¡Dios le perdone á usted como le perdono

yo!—murmuró el reo.—¡Dios nos perdone á los dos! ¡Y ahora... su bendición... su bendición... porque me muerol...

El misionero se levantó: toda emoción había desaparecido de su semblante, dando lugar á la expresión de una calma tranquila.

—¿Sabías quién era yo al reclamar mi auxilio, pobre pecador?—preguntó á Antonio.

—No, padre mío—respondió éste:—le llamé á usted porque había llegado hasta mí la fama de su elocuencia cristiana.

—¡Para tí sólo soy desde ahora el sacerdote que consuela tu alma en el umbral de la eternidad! ¡Arrepiéntete y espera en Dios! ¡Tu padre te lo ha perdonado: que un arrepentimiento sincero haga que igualmente te perdone el Señor de todo lo creado!

—¡Yo creo en Dios!... ¡le amo... y espero en Él!...—murmuró el reo con voz apagada.

—¡Yo te absuelvo en su nombre!—dijo el sacerdote haciendo sobre su frente la señal de la cruz.

Los hermanos de la Paz y Caridad presentaron al misionero la santa Unción preparada sobre el altar.

Apenas tuvo el reo fuerza para recibirla: abrió sus ojos, los fijó en su padre de una manera suprema, y espiró.

La primera luz entraba por las ventanas de la capilla.

Al levantar el cadáver, cayó de entre sus vestidos un pomito de oro guarnecido de piedras preciosas y de gran tamaño.

Era el que contenía el veneno que había dado la muerte al desgraciado Antonio, víctima del mal ejemplo y de la ociosidad, que casi siempre conducen al crimen.

¡Oh, santa ley del trabajo!

¡Yugo de flores que conduces á las regiones de la paz, de la prosperidad, del bienestar y de la dicha!

¡Bendito seas!

¡Tú eres el mayor de los beneficios que debemos á la bondad de Dios!

XX

Diez años después, el que hubiera pasado, al caer una hermosa tarde de Junio, por delante de la iglesia del pueblecito de Cabañas, se hubiera detenido ante una deliciosa escena.

Al lado del templo, y á la puerta de una casita entoldada de parras, se hallaban sentados el señor cura, su anciana ama la señora Andrea, Teresa y su marido.

Dos niños, de ocho y nueve años, jugaban sobre la hierba á poca distancia de ellos.

Teresa estaba aún joven y bella, á pesar de la imperfección de su espalda.

Su marido estaba ciego; pero si se veía en su semblante alguna melancolía, en cambio se veía también en él la más completa tranquilidad y una expresión marcada de envidiable bienestar.

Al lado de Teresa, y sobre una mesa cubierta con un paño muy blanco y fino, había una hermosa y variada colección de flores: era el puesto donde las vendía, y donde acudían á comprarlas de todos los pueblos del contorno.

—Buena venta ha habido hoy, ¿verdad, hija mía?—preguntó el señor cura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—Cinco duros ha valido, señor vicario,—respondió Teresa.

—Pero, mujer, ¿por qué trabajas tanto?—interrogó el ciego.

—Para cuando seamos viejos, Tiburcio—contestó su mujer,—y para dar á cada uno de nuestros hijos un oficio que les produzca con qué atender á su subsistencia.

—¿No los tienes ya el uno con el carpintero y el otro con el tejedor?

—Sí; pero algo necesitan para poner cada uno su tienda.

—¡Y no poder hacer yo nada para ayudarte!—suspiró Tiburcio.

—Ya haces mucho.

—¿Qué hago yo? Servirte de una carga.

—¡Amarme! Lo que nadie más que tú ha hecho en el mundo. ¡Alentarme... consolarme! ¡Ser mi constante compañía! ¿Te parece poco? Tiburcio, á tu lado, al de nuestros hijos, al del señor cura, al de tu madre y junto á las cenizas de la mía y de mi padre, que, aunque muerto muy lejos, mandó que sus restos fuesen trasladados á este pueblo, sólo tengo una pena.

—¿Cuál?

—La de ignorar la suerte de mi hermana. Ya sabes que escribí á mi maestra, pidiéndole informes de ella, hace ya dos años, y que me respondió que se hallaba separada de su marido. ¿Qué será de Lucía? ¿Dónde estará?

En aquel instante, una mujer, vieja y cubierta de harapos, apareció al fin de la senda que moría junto á la iglesia, y se acercó á la familia.

Teresa la miró, y sintió que su corazón palpitaba aceleradamente.

Creía haber reconocido á la pobre mujer: se levantó y salió á su encuentro.

La que llegaba apresuró el paso tanto como sus escasas fuerzas se lo permitían.

Cuando se vieron de cerca, ambas arrojaron un grito y se abrazaron:

—¡Lucía!

—¡Teresa!

—¡Ahora mismo te estaba nombrando y Dios te envía á mí!—exclamó la hermana menor;— ¡pero en qué estado!

—¡Vengo, mendigando, á pedirte un asilo—repuso llorando Lucía.—Despreciada de mi marido, he recorrido una corta, pero borrascosa senda; la ley le ha separado de mí: estoy enferma, tengo algunos años más que tú y veo de cerca á la vejez que me asusta. ¡Ah, Teresa! ¡Qué triste fin el de todos nosotros! ¡Tú sola, rama joven y sana de un tronco envenenado, alzas tu copa llena de savia y de flores! ¡No, Dios no es injusto, y su eterna sabiduría premia y castiga aun en este mundo!

—Ven á mi casa, á mi mesa, á mi hogar—dijo Teresa tomando la mano de su hermana.—Tienes razón: yo soy la única feliz de nuestra desgraciada familia, porque he podido hacer algo por

todos aquellos á quienes amaba. Me ha sido dado endulzar y consolar algunos días de la vida de mi madre; acompañé á mi padre hasta que halló el camino de la paz; he sido el apoyo, compañía y consuelo del hombre que me amó, y puedo tenerte una mano protectora y calmar tus pesares. Sólo por nuestro pobre hermano no pude hacer nada, y cada día rezo una hora por el descanso de su alma.

—¡Cielos! ¿tu marido está ciego?—exclamó Lucía.

—¡Ciego, sí! Ya hace once años.

—¡Cuál es, pues, tu misión en la tierra, pobre hermana mía?

—La que le toca casi siempre á la mujer: la de sufrir, amar y perdonar.

—¡Dios mío! ¿No tiene otra en el mundo?

—Casi nunca, hermana mía—respondió Teresa;—pero debe aceptarla y no vivir sólo para el placer y corriendo tras él; llore si Dios la destina para eso, que de sus lágrimas nace muchas veces el árbol frondoso de la felicidad.

FIN

INDICE

	Páginas.
I.	1
II.	11
III.	27
IV.	35
V.	61
VI.	69
VII.	79
VIII.	85
IX.	95
X.	101
XI.	109
XII.	117
XIII.	129
XIV.	145
XV.	149
XVI.	157
XVII.	163
XVIII.	167
XIX.	175
XX.	183

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

